

**LOS HECHOS, LA FE
Y NUESTRA EXPERIENCIA**

Watchman Nee

CONTENIDO

1. Los hechos, la fe y nuestra experiencia

PRIMERA SECCION: LOS HECHOS

2. La certeza de nuestra salvación
3. La cruz con respecto al tiempo: su vigencia eterna

SEGUNDA SECCION: LA FE

4. Vivir por fe (porción seleccionada)
5. La fuente de la fe
6. La fe llevada a la práctica
7. Pláticas sobre la fe
8. La fe
9. Adenda al artículo: “La fe de Abraham”
10. La fe y la obediencia
11. Vivir por fe
12. Vivir por fe y el recorrido necesario para tomar posesión de una verdad

TERCERA SECCION: NUESTRA EXPERIENCIA

13. Las dos naturalezas: una plática con los creyentes jóvenes
14. Lo tocante a ser sinceros, poseer conocimiento espiritual y no ser engañados
15. Una mente serena
16. Experiencias espirituales prestadas
17. Lo que es esencial y lo que no lo es
18. Sobornar nuestra conciencia
19. La condescendencia del Señor Jesús
20. Los dos aspectos de la verdad: el subjetivo y el objetivo

PREFACIO

A lo largo de toda su vida de ministerio al servicio del Señor, Watchman Nee demostró haber hallado el equilibrio apropiado entre conocer objetivamente las verdades bíblicas y experimentar subjetivamente las realidades contenidas en la revelación divina. En los inicios de su ministerio, él publicó un artículo titulado: “Los hechos, la fe y nuestra experiencia”. Entre 1925 y 1934, durante los primeros años de su ministerio, el hermano Nee impartió numerosos mensajes sobre estos temas. En ellos él habla acerca de ciertos hechos divinos, tales como la certeza y seguridad de la salvación, la vigencia eterna de la obra que Cristo efectuó en la cruz y el papel que juega la fe en la aprehensión de estas realidades divinas. Además, mediante estos mensajes, nuestro hermano nos provee también de discernimiento y dirección para experimentar y disfrutar los logros obtenidos por Cristo.

Este libro comienza con el artículo titulado: “Los hechos, la fe y nuestra experiencia”. Las siguientes secciones contienen mensajes relacionados con cada uno de estos temas. El mensaje final, titulado: “Los dos aspectos de la verdad: el subjetivo y el objetivo”, sirve adecuadamente como conclusión para esta compilación de mensajes, pues nos muestra el equilibrio que conseguimos en nuestra vida cristiana cuando las realidades contenidas en la Biblia, que son objetivas para nosotros, adquieren vida por medio de la fe y comienzan a operar eficazmente en nuestra experiencia. Estos mensajes son simples y muy apropiados para nuevos creyentes pero, al mismo tiempo, contienen revelaciones profundas que son de gran ayuda para creyentes más maduros.

CAPITULO UNO

LOS HECHOS, LA FE Y NUESTRA EXPERIENCIA

En la era presente de la gracia, todo se efectúa “por gracia” (Ef. 2:8). Que todo sea efectuado por gracia significa que todo es realizado por Dios. El hombre no necesita hacer nada para ser salvo, puesto que, “al que obra no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda” (Ro. 4:4). Debido a que Dios se relaciona con el hombre conforme a la gracia, hay ciertos hechos que debemos reconocer.

LOS HECHOS

Dios ya lo hizo todo a favor del hombre. Debido a que todo ya ha sido realizado, existen ciertos “hechos”, ciertos logros divinos. Y ya que existen tales hechos o realidades vigentes, no es necesario que el hombre haga nada, pues la obra realizada por Dios es completa.

Sin embargo, la gracia de Dios es justa. Por ello, juntamente con los “hechos”, existe la necesidad de la cooperación humana. ¿Qué clase de cooperación es ésta? No consiste en agregar algo a lo que Dios ya realizó, sino en hacer que el hombre tome conciencia de que todo lo que Dios ha efectuado, es real, o sea, que es un hecho. En esto consiste la fe.

LA FE

La fe consiste en reconocer que todo lo que Dios ha dicho y hecho, es una realidad. La fe consiste en aceptar los hechos, esto es, en reconocerlos como hechos.

La fe es un “hacer efectivo” algo. Uso la expresión “hacer efectivo” en el sentido de hacer efectivo un cheque en el banco. Supongamos que alguien le da a usted un cheque. Que el banco tiene el dinero es un hecho. Hacer efectivo ese cheque implica reconocer el hecho de que el banco posee la suma especificada en el cheque. Así pues, se requiere de fe para “hacer efectivo” el cheque. Con fe, uno puede hacer efectivo el cheque y tener el dinero en mano para usarlo. Ahora bien, gastar el dinero equivale a “experimentarlo”. Que contamos con dinero en el banco es un “hecho”, hacer efectivo el cheque representa “la fe”, y “nuestra experiencia” equivale a gastar ese dinero. Según la gracia de Dios, todas las cosas realizadas por Dios en beneficio nuestro, son hechos consumados. No obstante, el hombre aún necesita experimentar estos hechos.

NUESTRA EXPERIENCIA

Experimentar la gracia de Dios consiste en reclamar por fe todos los hechos que Dios ha realizado en beneficio del hombre. Estos hechos ya han sido efectuados por Dios. Así pues, lo que el hombre necesita es fe. Los hechos le corresponden a Dios, mientras que la experiencia le corresponde al hombre. Por tanto, la fe no es sino los hechos divinos

convirtiéndose en experiencias humanas. Por tanto, lo que la Biblia nos muestra es simplemente: “los hechos, la fe y nuestra experiencia”.

RESUMEN

Sabemos que el Señor Jesús es el Verbo hecho carne. El es la consumación de todas las virtudes divinas y la suma total de todas las perfecciones. La vida que El llevó es la que Dios mismo llevó, ya que El es Dios. Cristo efectuó nuestra salvación en la cruz. Todos los que aceptan al Señor Jesús sinceramente como su Señor y Salvador, en el momento en que creen, son aceptados por Dios *de la misma manera en que El aceptó* al Señor Jesús. En ese instante, todas las virtudes divinas y todos los logros del Señor Jesús son impartidos en el creyente. A los ojos de Dios y delante de El, los creyentes son iguales que el Señor Jesús. Es decir, que al ver a cada cristiano, Dios ve a Cristo. Por el hecho de estar unidos a Cristo, los cristianos poseen todo lo que el Señor ha realizado y logrado. Este es el “hecho” que Dios ha otorgado en posesión a los cristianos; este “hecho” fue realizado por Cristo en beneficio de ellos. Este hecho consiste en que, por la unión que existe entre Cristo y Sus creyentes, todo aquello que pertenece a Cristo, ahora pertenece también a los creyentes. Esto fue realizado única y exclusivamente por Dios mismo, y los creyentes no tienen ninguna participación en la realización de tal hecho.

La Biblia muestra este hecho con suma claridad. El escritor del libro de Hebreos se vale de un ejemplo particularmente sencillo para mostrarnos lo realizado por Dios en beneficio nuestro. En Hebreos 9:5-17 se usa el ejemplo de una persona que hace su testamento, para ilustrar aquello que el Señor Jesús hizo por nosotros. Un testamento es la promesa de una “herencia” para los beneficiarios del mismo. Pero antes de que ocurra la muerte del testador, dicho testamento no puede entrar en vigencia. Sin embargo, una vez que esa persona muere, los beneficiarios del testamento pueden recibir la herencia dejada por el autor de dicho testamento. El Señor Jesús es Aquel que hizo el testamento. El ha muerto y, por ende, todo cuanto nos había prometido pasa inmediatamente a estar a nuestro nombre. Este es “el hecho” que nosotros hemos recibido de El. Aun cuando no hayamos tomado posesión inmediata de la herencia, ni disfrutemos de los beneficios y el sostén que la misma provee, aún así, la herencia *es* ciertamente nuestra; *nos pertenece*, y ya *está* a nuestro nombre. Este es un hecho inmovible. Ahora bien, una cosa es *poseer* tal herencia, y otra muy distinta es *disfrutarla*. El “hecho” es que poseemos tal herencia, pero el disfrute de la misma es lo que constituye nuestra “experiencia”. Podemos contar con el hecho de que esta herencia nos pertenece, no debido a nosotros mismos, sino por causa de Aquel que nos ha dejado tal legado. La posesión del hecho viene primero, y el disfrute del mismo viene después.

La enseñanza que se desprende de este ejemplo es muy sencilla. El Señor Jesús ha muerto y nos ha legado toda Su justicia, Sus virtudes divinas, Sus perfecciones, Sus victorias, Su hermosura y mucho más. Por medio de todos estos legados, somos hechos iguales a El delante de Dios, y Dios nos acepta del mismo modo que acepta al propio Señor. Esto es lo que El nos ha legado. Todas estas cosas constituyen *hechos* para nosotros desde el momento mismo en que llegamos a ser cristianos. En lo que a los hechos concierne, nosotros somos tan perfectos como lo es el Señor Jesús. Pero en lo que a nuestra

experiencia se refiere, tal vez esto no sea así. Lo que el “hecho” representa no es otra cosa que la gracia que Dios nos dio y que Él logró en beneficio nuestro por medio del Señor Jesús. Esta gracia nos ha sido dada por medio de nuestra unión con el Hijo de Dios. Es posible que tomemos conciencia del hecho de haber *heredado* o recibido esta herencia, pero que no tengamos la experiencia de *disfrutar* de dicha herencia. Existe una gran diferencia entre los hechos consumados y nuestra experiencia concreta. Son muchos los creyentes que, según los hechos, son extremadamente ricos debido a que todo lo de Dios les pertenece y que, sin embargo, en cuanto a su experiencia personal, son extremadamente pobres, porque en la práctica no hacen uso de sus riquezas ni las disfrutan. El hijo mayor mencionado en Lucas 15 es un buen ejemplo de esto. *En lo que a los hechos concierne*, él era el hijo al cual el padre dijo: “Tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas” (v. 31). *Pero en lo que concierne a su experiencia*, él le dijo al padre: “Nunca me has dado ni un cabrito para regocijarme con mis amigos” (v. 29). En cuanto a los hechos, él era el hijo de un hombre rico; ésta era su posición. Aún así, era posible que él no hubiera disfrutado ni siquiera de un cabrito. Esta era la condición en la que él se encontraba, es decir, ésta era su experiencia personal.

Debemos entender claramente la diferencia que existe entre los hechos y nuestra experiencia. Se trata de dos aspectos que difieren entre sí. En el primer caso, se trata de lo que *Dios* ha logrado en beneficio nuestro; es la posición que *Dios* nos ha dado. En el segundo caso, se trata de lo que *nosotros* practicamos; es *nuestro* disfrute de aquello que Dios nos dio. En la actualidad, los creyentes tienden a caer en uno de los dos extremos. Algunos (en realidad, la mayoría) no conocen las riquezas que poseen en el Señor Jesús. Ellos no saben que todo cuanto el Señor Jesús ha logrado ya *les pertenece*. Así pues, ellos hacen planes e idean estrategias a fin de obtener la gracia. Ellos procuran realizar toda clase de obras justas por sus propios esfuerzos a fin de cumplir con lo que Dios exige, y así satisfacer las inclinaciones propias de su nueva vida. Hay otros (y no son pocos) que creen entender muy bien lo que es la gracia de Dios. Ellos piensan que el Señor Jesús ya los ha exaltado a una posición incomparable. Así que, ellos se sienten satisfechos y no les interesa poner en práctica, en términos de su propia experiencia, la gracia que recibieron del Señor Jesús. Ambas clases de personas están equivocadas. Aquellos que sólo se fijan en su propia experiencia y olvidan los hechos, están bajo la obligación de la ley. Y aquellos que sólo prestan atención a los hechos y menosprecian su experiencia personal, toman la gracia como una excusa para vivir desenfrenadamente. Por una parte, un cristiano debe comprender, por medio de las Escrituras, cuán elevada es su posición en el Señor Jesús; por otra, debe examinar a la luz de Dios si su andar diario corresponde o no a la gracia de su llamamiento.

Dios nos ha puesto en la posición más elevada. Debido a nuestra unión con el Señor Jesús, poseemos todo cuanto el Señor logró y todas Sus victorias son nuestras. De hecho, ésta es nuestra posición. Ahora, el asunto es cómo experimentar todo lo que el Señor Jesús ha logrado así como todas Sus victorias. Entre el hecho y nuestra experiencia, es decir, antes de que el hecho pase a formar parte de nuestra experiencia, antes de que los logros de Dios formen parte de nuestra práctica diaria, es necesario un paso más: el paso de la fe.

Este paso, el paso de la fe, no es otra cosa que *hacer uso* de la herencia o *administrarla*. El Señor nos ha legado un testamento. Él ha muerto y ahora ese testamento ha entrado en

vigencia. Por tanto, no deberíamos mantener más una actitud indiferente ni despreocupada. En lugar de ello, deberíamos *hacer uso* de la herencia que hemos recibido, a fin de que disfrutemos, o experimentemos, la bendición de nuestra herencia. Ya somos hijos de Dios. Así que, todo lo que Dios posee es ahora nuestro (1 Co. 3:21-23). No debemos ser como el hijo mayor en la parábola, quien había recibido en vano las promesas, pues no las había disfrutado. Debido a su insensatez e incredulidad, él no se había apropiado de ninguna de las promesas, ni tampoco había hecho uso de las mismas. Por consiguiente, no tenía nada. Si él hubiera pedido, haciendo uso de su derecho como hijo, habría obtenido no sólo un cabrito, ¡sino miles de ellos!

Lo que necesitamos ahora es *hacer uso*, por fe, de todo lo que Dios nos ha prometido; debemos *hacer efectivo* por la fe todo lo que Dios ha preparado para nosotros en el Señor Jesús. La persona que ha de recibir una herencia tiene que hacer dos cosas para poder disfrutar y experimentar dicha herencia. Primero, tiene que *crear* que existe tal herencia. Segundo, tiene que disponerse de todo corazón a administrar dicha herencia. Por supuesto, si alguien no cree que exista tal herencia, no se dispondrá para administrarla. Por tanto, nosotros primero debemos *reconocer* que verdaderamente Dios hizo que el Señor Jesús fuera nuestra “sabiduría: justicia y santificación y redención” (1 Co. 1:30) y debemos reconocer que todas las victorias y logros obtenidos por el Señor *son* nuestras victorias y nuestros logros. No creer esto, no sólo nos impediría tener *jamás* experiencias espirituales, sino que además, ¡estaríamos pecando contra Dios y dudando de Su obra! Segundo, los que son del mundo administran una herencia valiéndose de sus propias fuerzas físicas. Pero nosotros debemos administrar nuestra herencia espiritual con nuestras fuerzas espirituales, esto es, con nuestra fe. Puesto que esta herencia espiritual ya es nuestra, debemos dar un paso más por medio de la fe y “hacer efectiva” nuestra herencia en el Señor Jesús, es decir, hacer uso de ella y administrarla.

En el Antiguo Testamento podemos ver otro ejemplo de la relación que existe entre los hechos, la fe y nuestra experiencia. Vemos este ejemplo en la historia de los israelitas que ingresaron en Canaán. En tiempos antiguos, Dios prometió la tierra de Canaán a los israelitas. El dijo esto a Abraham, a Isaac, a Jacob e incluso a las decenas de millares de personas que salieron de Egipto. Según Dios, la tierra ya les había sido otorgada a los israelitas. Dios les prometió combatir a favor de ellos y les aseguró que vencerían a todos sus enemigos. Era un *hecho* que Dios ya les había dado a los israelitas tanto el territorio de Canaán como los pueblos que en él habitaban. Si bien este hecho era una realidad, los israelitas aún no lo experimentaban. En cuanto al hecho en sí, la tierra ya les pertenecía; pero en cuanto a su experiencia, ellos aún no poseían ni un solo centímetro de aquel territorio. Es por eso que tuvieron que disponerse a subir y tomar “posesión de ella”, pues podían afirmar: “Más podremos nosotros que ellos” (Nm. 13:30). Sin embargo, debido a su incredulidad, y a pesar del hecho de que Dios ya les había dado la tierra, en términos de su experiencia ellos no fueron capaces de poseerla. Después de otra generación, Dios dijo a Josué: “Yo os he entregado, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie” (Jos. 1:3). Ellos habrían de poseer, con la planta de sus pies, la tierra que Dios les había dado por heredad. Finalmente, ellos subieron y heredaron la tierra.

Esto nos muestra el secreto para dar sustantividad a la perfección de Cristo. Dios ya nos ha dado todo lo que Cristo “es”, lo que Cristo “tiene” y lo que Cristo “ha realizado”; todo esto

ya nos pertenece. Ahora, lo que nosotros tenemos que hacer es experimentar todo lo que El es, lo que El posee y lo que El ha realizado. No hay otra forma de experimentar esto sino comprobando que la tierra de Canaán ciertamente es buena; si cada centímetro de la tierra de Dios es hecho real para nosotros al ser pisada por la planta de nuestros pies, entonces verdaderamente estaremos heredando la tierra que Dios nos dio. Es Dios el que da; nosotros creemos y recibimos. Estos son los hechos, la fe y nuestra experiencia.

DEFINICIONES

Los hechos

Podemos considerar como hechos las promesas de Dios, la redención que El efectuó, las obras realizadas por El y los dones que El otorga gratuitamente.

La fe

La fe se refiere a la manera en que el hombre cree en Dios, confía en Su obra y en Su redención, y reclama las promesas de Dios para sí. La fe, pues, es cierta acción y actitud por medio de la cual los hechos realizados por Dios, vienen a formar parte de la experiencia del hombre.

La experiencia

La experiencia es el vivir apropiado de los creyentes, el cual ellos obtienen al creer en Dios. La experiencia es la expresión de la vida de Cristo, practicada por los creyentes en su vida diaria. Así, la experiencia consiste en que todas las victorias de Cristo y Sus logros llegan a ser reales para nosotros en nuestro vivir. La experiencia es la aplicación concreta, la manifestación y nuestra vivencia cotidiana de los hechos divinos. Todas las historias registradas en la Biblia que relatan las vidas de los santos, pertenecen a esta categoría.

No sólo los maestros bíblicos sino todos los creyentes deben conocer la relación que existe entre los hechos, la fe y la experiencia. De otro modo, estarán confundidos no sólo respecto a sus propias vidas cotidianas, sino también en cuanto a lo que enseñan. Aún más, al leer la Biblia, habrán de encontrar muchas contradicciones y desacuerdos aparentes.

Temo que hasta aquí no les he presentado las enseñanzas bíblicas claramente. Por eso, quiero mostrarles como evidencias de todo lo dicho hasta este punto, algunas de las más importantes verdades en la Biblia.

Los cristianos hemos creído en la muerte vicaria del Señor Jesús y hemos experimentado Su obra redentora. La redención es una experiencia reservada para *los pecadores*; nosotros *los cristianos* ya fuimos redimidos. Para nosotros, la redención es una experiencia que pertenece al pasado. Pareciera incluso que ya no necesitamos hablar más al respecto. Sin embargo, a fin de ilustrar mejor la relación que hay entre los hechos, la fe y nuestra experiencia, así como para mostrar la vigencia de estos tres elementos y la importancia que ellos revisten, primero usaré como ejemplo una experiencia que nosotros ya hemos tenido.

LA REDENCION

La redención es una verdad de gran importancia, por lo cual debemos entenderla cabalmente. La redención, efectuada por el Señor Jesús, es vigente para todo el mundo. Contamos con los siguientes versículos para comprobar esto:

“¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del *mundo*! (Jn. 1:29).

“Porque de tal manera amó Dios al *mundo*, que ha dado a Su Hijo unigénito...” (Jn. 3:16).

“Y El mismo es la propiciación ... por los de todo el *mundo*” (1 Jn. 2:2).

“El cual se dio a Sí mismo en rescate por *todos*” (1 Ti. 2:6).

“...Es el Salvador de *todos* los hombres” (1 Ti. 4:10).

Al leer estos versículos, comprendemos que Jesús efectuó la redención para todo el mundo. Así que, todos los hombres pueden ser salvos, puesto que la redención efectuada por Jesús es un hecho consumado.

Sin embargo, la Biblia afirma que *no todos* en el mundo son salvos. Si una persona no ha entendido claramente la enseñanza con respecto a la “fe”, podría pensar que aunque alguien crea o no en la muerte vicaria del Señor, de todos modos es salvo. A esta persona podría parecerle que ya que Jesús murió por todo el mundo, los hombres ya no tienen que morir, y por lo tanto, no hay necesidad de preocuparnos por si una persona cree o no en el Señor. Esto puede parecer bastante lógico, pero en realidad no es razonable, pues implicaría que todos los pecadores quedan absueltos de toda responsabilidad. Y si éste fuera el caso, ya no habría necesidad de que los creyentes predicaran el evangelio.

Si bien la Biblia afirma que Cristo murió por todo el mundo, también proclama que sólo aquellos que creen, serán salvos. Los siguientes versículos dan testimonio de esto:

“Para que todo aquel que en El *crea*...” (Jn. 3:15).

“El que en El *crea*... pero el que no *crea*...” (Jn. 3:18).

“*Cree* en el Señor Jesús...” (Hch. 16:31).

“...Por medio de la *fe* de Jesucristo para todos los que creen” (Ro. 3:22).

“...Justifica al que es de la *fe* de Jesús” (Ro. 3:26).

“...Vuestros pecados os han sido perdonados por causa de Su nombre” (1 Jn. 2:12).

Podríamos citar muchos otros pasajes, pero los mencionados arriba son suficientes para demostrar que el hombre tiene que creer. Esto quiere decir que si bien Cristo murió por

todos los hombres, aún es necesario que ellos apliquen la muerte de Cristo y la tomen como su propia muerte. De otra manera, no habría vínculo alguno entre ellos y la muerte de Cristo. Si bien las Escrituras dicen: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito”, la Biblia no se detiene allí, sino que añade: “Para que todo aquel que en El *cree*, no perezca, mas tenga vida eterna”. En 1 Timoteo 4:10 dice: “...El Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres”. Dios envió a Su Hijo al mundo para morir por todos los hombres. Por tanto, El puede ser el Salvador de todos los hombres. El es el “Salvador ... mayormente de los que *creen*”. Esto hace referencia a aquellos que han creído.

Después de creer, viene la experiencia. Si uno cree en los hechos divinos, ciertamente experimentará tales hechos. Tomemos en cuenta los siguientes versículos:

“El que en El cree, *no es condenado*; pero el que no cree, *ya ha sido condenado*” (Jn. 3:18).

“El que ... cree ... *tiene vida eterna*” (Jn. 5:24).

“...Todo aquel que en El cree, *no perezca, mas tenga vida eterna*” (Jn. 3:16).

“*Justificados*, pues, por la fe...” (Ro. 5:1).

Por tanto, cuando el hombre cree que la salvación que Dios preparó para él es un hecho, y cuando el hombre aplica dicha salvación, entonces es salvo.

MORIR JUNTAMENTE CON EL SEÑOR

Explicemos ahora estos tres factores —los hechos, la fe y nuestra experiencia— con relación a morir juntamente con el Señor. Para los creyentes, conocer este asunto tiene tanta importancia como la que tiene para los incrédulos conocer acerca de la redención.

El hecho: Cuando Cristo murió en la cruz, El no solamente murió por los pecadores sino que, además, los pecadores *murieron juntamente con El*. Así pues, El no solamente murió por los pecados sino que, además, trajo la muerte a los pecadores. Es un hecho que, en Dios, los pecadores han muerto juntamente con Jesús en la cruz. Los siguientes pasajes de las Escrituras lo demuestran:

“...Uno murió por todos, por consiguiente *todos murieron*” (2 Co. 5:14).

“Sabido esto, que nuestro viejo hombre *fue crucificado juntamente con El*” (Ro. 6:6).

“...Los que hemos *muerto* al pecado” (Ro. 6:2).

Al leer estos versículos, podemos darnos cuenta de que, a los ojos de Dios, los creyentes ya han sido crucificados juntamente con Cristo en la cruz. Si un creyente no está consciente de este hecho, tratará de crucificarse día tras día y descubrirá que, no importa cuánto se esfuerce por morir, no lo conseguirá. ¡Qué lejos está de darse cuenta de que ya hemos

muerto en Cristo! Así que, no tenemos que crucificarnos a nosotros mismos; más bien, simplemente tenemos que aplicar la muerte de Cristo por medio de la *fe* y contar Su muerte como la nuestra. El bautismo es la demostración y el reconocimiento de la fe, pues mediante el bautismo reconocemos y manifestamos el hecho consumado. Romanos 6:3 dice que “hemos sido bautizados en Su muerte”. Por tanto, ser “sepultados juntamente con El en Su muerte por el bautismo” (v. 4) es la demostración y el reconocimiento de nuestra aplicación, por medio de la fe, de dicha muerte.

Estamos muertos, hemos sido crucificados juntamente con El, y tanto nuestra muerte como nuestra crucifixión juntamente con El son hechos consumados; sin embargo, la Palabra de Dios nos insta, diciéndonos: “Consideraos muertos al pecado” (Ro. 6:11). Este acto de considerarnos muertos es un acto de fe. No nos consideramos muertos porque hacer esto es imposible para nosotros. Tal vez nos esforcemos día y noche por considerarnos muertos, pero ¿cómo podríamos en realidad considerarnos muertos? Cuanto más lo intentamos, más nos damos cuenta de que estamos vivos y que somos capaces de pecar, incluso que somos propensos a pecar. La única manera de lograr esto es considerarnos muertos en Cristo. La muerte de Cristo es nuestra muerte. Si creemos esto, tendremos *la experiencia* de morir juntamente con el Señor. En la Biblia, Pablo es un buen ejemplo de una persona que experimentó morir juntamente con el Señor. El declaró: “...La cruz ... por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gá. 6:14). El también dijo: “A fin de conocerle ... y la comunión en Sus padecimientos, configurándome a Su muerte” (Fil. 3:10) y nuevamente dijo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado” (Gá. 2:20). Si un creyente ha de tener la experiencia —la experiencia de vida— de morir juntamente con el Señor, no lo conseguirá valiéndose de sus propios métodos; la única manera de lograrlo es seguir el camino dispuesto por Dios, es decir, seguir el camino de los hechos, la fe y la experiencia.

Es un hecho que los creyentes han sido crucificados juntamente con Cristo en la cruz. ¿Creen ustedes en tal hecho? ¿Están dispuestos a aceptar este hecho y considerarse muertos? Si creen, tendrán la misma experiencia que Pablo tuvo en cuanto a morir juntamente con el Señor.

Todas las enseñanzas de la Biblia respecto a la manera en que Dios se relaciona con el hombre, se ajustan a este orden: los hechos, la fe y la experiencia. Todo cuanto Dios ha realizado es perfecto. La manera en que El se relaciona con el mundo es que realiza todo cuanto el mundo necesita, de tal manera que los hombres no tengan que valerse de métodos humanos sino, más bien, únicamente reciban y reclamen por fe los hechos ya consumados. Ya que ahora Dios se relaciona con el hombre por medio de la gracia, Dios no requiere ninguna obra de parte de los hombres (Ro. 4:4). Este mismo principio se aplica a verdades tan cruciales como la “santificación” y la “victoria”.

LA SANTIFICACION

La santificación no es algo que nosotros realizamos. La santificación es realizada por Dios en beneficio nuestro. La Biblia dice: “...Para santificar al pueblo mediante Su propia sangre” (He. 13:12). “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (10:14). La santificación es, pues, un hecho consumado. Debido a que Jesús

ha muerto, todos nosotros hemos sido santificados. No obstante, en 1 Pedro 1:16 se nos exhorta a ser “santos”. ¿Por qué se nos exhorta de esta manera? La razón para ello es que, si bien los creyentes ya han sido santificados, tal santificación es simplemente un hecho ante Dios; aún no forma parte de la experiencia cotidiana de los creyentes. A fin de ser santificados, tenemos que aplicar la santificación lograda por medio de la muerte de Jesús y hacerla nuestra. Sólo entonces habremos de llevar vidas santificadas.

LA VICTORIA SOBRE EL MUNDO

Lo mismo es cierto con respecto a la victoria sobre el mundo. Primero, tenemos la obra que Cristo realizó, la cual constituye un hecho divino. Jesús dijo: “Yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33). Segundo, tenemos nuestra fe, puesto que “...ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Jn. 5:4). Cuando un hombre toma la victoria de Cristo como suya, vence al mundo. Esta experiencia en vida ocurre una vez que hemos creído. Los hechos son las obras de Dios; la fe es nuestra confianza en las obras realizadas por Dios; mientras que la experiencia consiste en los hallazgos espirituales durante nuestra vida. No sólo la santificación sigue este principio, sino que muchas otras verdades centrales con respecto a la manera en la que Dios se relaciona con el hombre, también se conforman a este principio.

Todos los hechos divinos son las obras efectuadas por Dios mismo; ninguno de ellos proviene del esfuerzo humano. Los hechos divinos, tales como la santificación y la victoria, no pueden ser realizados mediante las oraciones, el trabajo, el rechazo del yo, la santidad, las donaciones caritativas ni la planificación por parte de los creyentes. Los hechos divinos son realizados únicamente por Dios. Dios ha confiado todas sus empresas a *Cristo*. Solamente por la fe podemos apropiarnos de estos hechos; no hay otra manera.

Veamos ahora un ejemplo para comprender la gran diferencia que existe entre los hechos divinos y la experiencia humana. Según los hechos realizados por Dios, la iglesia en Corinto había sido santificada en Cristo (1 Co. 1:2). Ella era templo del Espíritu Santo (6:19) y había sido lavada (v. 11). No obstante, en términos de su experiencia, era un completo “fracaso”, pues dichos creyentes habían agraviado y defraudado (vs. 7-8) y pecaban contra Cristo (8:12). La causa de todo esto era que ellos no habían aplicado la gracia (el hecho) que Dios les había provisto. El resultado de ello fue una gran pérdida. La posición tan elevada en la que nos encontramos no ha sido lograda por nuestro propio esfuerzo, diligencia, disciplina ni resoluciones propias. No obtenemos esta experiencia valiéndonos de nuestros propios esfuerzos. A fin de experimentar la realidad de los hechos realizados por Dios en beneficio nuestro, lo único que tenemos que hacer es ejercitar nuestra fe para reclamar lo que el Señor ha realizado por nosotros y considerarlo nuestro. La fe *genuina* y perfecta es aquella que diariamente *reconoce* las obras (los hechos) realizadas por Dios. Aquí, reclamar significa reconocer diariamente como válido todo cuanto el Señor ha realizado a nuestro favor; esto es, reconocer que todos Sus logros tienen efecto en nosotros. Entonces, cuando la tentación nos acose, *viviremos* estos logros *como habiendo ya* conseguido la posición (el hecho) en la cual el Señor nos ha colocado. Si hacemos esto, nuestra experiencia vendrá a continuación.

Un creyente que obtiene logros espirituales elevados, no los obtiene por sí mismo, sino que los reclama para sí. Las experiencias espirituales de los creyentes no constituyen asuntos aislados. Con esto queremos decir que hay cierta base para dichas experiencias; ninguna de estas experiencias existe por sí misma ni se desarrolla en función de sí misma. Las experiencias en la vida espiritual de los creyentes están totalmente basadas en lo que Dios ha hecho en beneficio de ellos. Estos hechos son el cimiento, la experiencia de estos hechos constituye el resultado, y el proceso requerido para lograr esto es la fe. En otras palabras, los hechos son la causa, la fe es el camino, y la experiencia es el resultado. Así pues, la experiencia de la vida espiritual de los creyentes es simplemente el resultado, el logro final. A fin de que los creyentes lleven una vida espiritual verdaderamente elevada, es indispensable que primero se haya efectuado la obra perfecta del Señor Jesús como la fuente de dicho vivir. Es absolutamente imposible que un creyente, valiéndose de sus propios esfuerzos, sea santificado, venza o muera juntamente con Cristo. La santificación, la victoria, la muerte y demás logros, son experiencias que no se producen como fruto de nuestro propio esfuerzo. Más bien, se producen: (1) al reconocer como válidas en el Señor Jesucristo nuestra santificación, victoria y muerte del yo, y (2) al practicar o aplicar estos hechos creyendo que estamos unidos al Señor Jesús en la vida divina y que, por tanto, *estaremos* muertos al yo y *seremos* santos y victoriosos, al igual que el propio Señor Jesús. El Señor Jesús ya ha experimentado todas y cada una de las realidades que nosotros hemos obtenido y que obtendremos. Así pues, reclamar los hechos por fe equivale a reconocer como nuestro todo cuanto el Señor Jesús posee, y *aplicar* con una actitud y conducta de fe, todo cuanto consideramos como gracia.

Acerca de esto, nunca debemos olvidar la función que desempeña el Espíritu Santo. ¿Por qué los hechos divinos pasan a formar parte de nuestra experiencia por medio de la fe? Esto se debe a la obra del Espíritu Santo. Si creemos en los hechos divinos revelados en la Biblia y los reclamamos como nuestros, el Espíritu Santo habrá de aplicar a nuestro ser todas las gracias que, en beneficio nuestro, Dios en Cristo ha realizado, haciendo que ellas sean reales para nosotros en nuestra vida diaria. De este modo, los hechos divinos llegan a ser nuestras experiencias personales. Así pues, la fe que reconoce y reclama tales hechos, abre la puerta al Espíritu Santo para que El obre y aplique en nuestras vidas todo lo que el Señor Jesús ha logrado, de modo que obtengamos las experiencias concretas. La obra del Espíritu Santo, pues, está basada en los hechos realizados por Dios. El Espíritu Santo no realiza ningún hecho en beneficio nuestro; El simplemente hace real y práctico en nuestras vidas todo lo que ya ha sido logrado. En Cristo, Dios lo hizo todo y realizó todos los hechos. Lo único que nosotros tenemos que hacer es reconocer y reclamar estos hechos, confiando en que el Espíritu Santo habrá de aplicar en nuestras vidas lo que Dios ha logrado, a fin de que tengamos tales experiencias espirituales.

CAPITULO DOS

LA CERTEZA DE NUESTRA SALVACION

Siempre que visito un lugar para predicar el evangelio de la gracia de Dios, les hago una pregunta a los cristianos de esa localidad. Estoy persuadido de que todos aquellos que me responden claramente: “Sí”, son personas que están disfrutando gozosamente de la gracia de Dios. La pregunta que les hago es: “¿Ya son salvos?”. En otras palabras, ¿saben con toda certeza que son salvos? De cada mil personas, apenas encuentro dos o tres que están seguras de ser salvos. En ocasiones, en toda una congregación, uno no puede encontrar una sola persona que sepa que es salva. Entonces les pregunto: “Ustedes han recibido al Señor Jesús y le han aceptado como su Salvador personal. Han confiado en que la sangre derramada en Su cruz los limpia de pecado. ¿Por qué entonces no tienen la certeza de que son salvos? Si un hombre cae al agua y otro lo saca, después que el primer individuo recobra los sentidos, ciertamente sabrá si todavía está en el agua o si se encuentra a salvo en tierra firme. Del mismo modo, ustedes deben saber si han de perecer o si son personas salvos que han obtenido la gracia de Dios”. Muchos no responden de manera clara y audible pero, casi siempre, su respuesta parece ser: “Yo no sé si soy salvo o no. ¿Cómo puedo afirmar que soy salvo mientras continúe viviendo en esta tierra?”.

¡Creo que incluso muchos de los que leen este mensaje responderían de este modo! Precisamente en esto consiste nuestro error. Nuestra fe en el Señor Jesús no es un juego de azar en el que ganamos si tenemos suerte y perdemos si no la tenemos. La salvación que recibimos al creer en la crucifixión del Señor Jesús está plenamente garantizada. No tenemos que esperar hasta morir para saber si somos salvos; podemos saberlo ahora mismo. Esta es la clara enseñanza de la Biblia. Por favor lean los siguientes versículos:

“Sabed, pues, varones hermanos, que por medio de El se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en El es justificado todo aquel que cree” (Hch. 13:38-39).

No podemos ser justificados por Dios mediante nuestras propias obras. Ciertamente hemos cometido muchos pecados, los cuales entristecen nuestro corazón cada vez que los recordamos, y estos nos hacen pensar que no somos salvos. Pero aunque nosotros fallemos, el Señor Jesús sigue siendo digno de confianza. Si creemos en El, nuestros pecados serán perdonados. Todos los que creen en El, serán justificados. ¡Cuán grande es la salvación de Dios! La Palabra de Dios nos dice: “Sabed...”. ¿Qué es lo que debemos saber? Debemos saber que una vez que creímos en el Señor Jesús, nuestros pecados fueron perdonados y nosotros fuimos justificados. ¡Ustedes ciertamente son salvos! Si Dios dice: “Sabed”, es porque podemos saber si somos salvos o no. No debemos rechazarle; más bien, debemos entregarle nuestros pecados al Salvador y creer en la salvación que El obtuvo para nosotros. Entonces, seremos salvos.

“Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque éste es el testimonio que Dios ha testificado acerca de Su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de Su Hijo. Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en Su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna” (1 Jn. 5:9-13).

El que tiene al Señor Jesús, tiene la vida. Aquel que no lo tiene a El, no tiene la vida. ¿Ha aceptado usted al Señor Jesús como su Salvador? Si es así, usted ya tiene la vida eterna y es salvo. El propio Señor Jesús dijo: “El que cree, tiene vida eterna” (Jn. 6:47). Dios ha testificado acerca de Su Hijo: El nos ha dado vida eterna. Este pasaje de las Escrituras afirma que si no creemos el testimonio que nos dice que tenemos vida eterna, entonces hacemos a Dios mentiroso. Dios ha dicho que todos aquellos que han confiado en el Señor Jesús y le han aceptado tienen vida eterna. ¿Mentiría Dios? Debemos tener fe de que, quienes hemos sido lavados por Su sangre, ya somos salvos. Dios dijo, por medio del apóstol Juan, que El escribió estas palabras para que sepamos que somos salvos.

La Biblia testifica que sí podemos saber con certeza que somos salvos. Esto no es algo que podamos saber sólo después que hemos fallecido; no tenemos que esperar hasta la era venidera para saber esto. Mientras vivimos en la tierra podemos saber si somos salvos o no. Si no somos salvos, debemos creer en Jesucristo y acudir a Dios confiando en Su obra salvadora realizada en beneficio nuestro. Y si somos salvos, debemos agradecer la gracia de Dios y vivir como personas salvas. “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2 Co. 6:2). Dios nos acepta ahora y nos salva ahora, no después de que hayamos fallecido.

En ocasiones, cuando pregunto a alguien si es salvo, me contesta: “Me estoy esforzando al máximo por hacer el bien y servir a Dios, con la esperanza de llegar a ser salvo”. Pero ¡ay!, esto también es erróneo. Esto significa que tal persona no ha entendido la manera en que somos salvos. ¿Piensa usted que podrá ser salvo en el futuro por medio de esforzarse al máximo en hacer el bien y servir a Dios? Tenemos que saber que ninguno de nuestros méritos ni obras son aceptables ante Dios. “Todas nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia” (Is. 64:6). ¿Piensa usted que sus méritos y obras pueden salvarlo? ¡No! ¡Diez mil veces no! La Biblia claramente afirma que “habéis sido salvos ... y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8-9). Somos salvos al confiar en el Señor Jesús, “quien llevó El mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero” (1 P. 2:24), “el Justo por los injustos, para llevaros a Dios” (3:18). El realizó la obra de salvación. Ahora, todo lo que uno tiene que hacer es creer y obedecerle. “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu casa” (Hch. 16:31). No traten de salvarse por sus propias obras. No importa cuán buenas sean sus obras, ellas no los podrán salvar, pues “habéis sido salvos ... no por obras” (Ef. 2:8-9). Si usted confía en lo que la muerte vicaria del Señor Jesús logró en la cruz, será salvo. Si no acepta al Señor Jesús como su Salvador, no tendrá esperanza de ser salvo debido a que usted no puede salvarse a sí mismo. Pero si acepta al Señor Jesús como la ofrenda por el pecado, no tiene que aferrarse a la esperanza de llegar a ser salvo, puesto que ya tiene la vida eterna desde ahora.

Se espera únicamente aquello que todavía no se ha recibido. Si algo ya se posee, no es necesario esperar por ello. Cuando un padre sale de su casa, su hijo anhela el regreso de su padre; y cuando el padre retorna, el hijo se pone muy contento. Si la madre le preguntara al hijo: “¿Todavía tienes la esperanza de volver a ver a tu padre?”, el hijo le respondería: “Estoy con mi padre. ¿Por qué habría de esperar volver a verlo?”. Si ya hemos obtenido algo, no necesitamos esperar por ello. Sólo hay dos opciones: o creemos en Jesús y somos salvos poseyendo la vida eterna, o no somos salvos y habremos de perecer. No hay territorio neutral entre estas dos opciones. La Biblia dice: “Para que todo aquel que en El cree, tenga vida eterna ... pero el que no cree, ya ha sido condenado” (Jn. 3:16-18). La Biblia divide a la humanidad en dos grupos: aquellos que son salvos y aquellos que habrán de perecer. No existe una tercera categoría conformada por aquellos que abrigan la esperanza de ser salvos. Si usted ha creído en Jesucristo como su Salvador y ha creído que El murió en la cruz, que El tomó nuestro lugar y llevó nuestros pecados a la cruz, entonces usted ya es salvo. No es necesario que siga abrigando la esperanza de ser salvo algún día. Si alguien le preguntara a una persona que acaba de ser salvada de ahogarse: “¿Qué deseas?”. ¿Habría de responderle esta persona: “Quisiera llegar a la orilla”? ¿Sería ésta una respuesta lógica? Si usted ha creído en el Señor Jesús, ya tiene la vida eterna. ¿Por qué sigue dudando? Ya la recibió. ¿Por qué habría de abrigar la esperanza de obtenerla? En lugar de eso, ¡simplemente alabe al Señor!

Otras personas, cuando les pregunto acerca de su salvación, me responden: “Mientras esté en la tierra, ciertamente confío en la obra consumada de redención que efectuó el Señor Jesús. Pero no me atrevería a afirmar que soy salvo. Tengo que esperar hasta el día de mi muerte, cuando vaya a comparecer ante el Padre para ser juzgado, ya sea como un cabrito o como una oveja. Si El dice que soy una oveja, entonces seré salvo y estaré muy feliz. Pero si El dice que soy un cabrito, entonces pereceré e iré miserablemente al infierno”.

¡Ay! Semejante futuro, ¿no es lamentable? Para serles sinceros, si yo no supiera con certeza que soy salvo, estaría tan temeroso que no podría comer ni dormir. ¡Doy gracias al Padre por haberme aceptado y haberme dado la vida eterna! ¿Cree usted verdaderamente en el mérito de la redención efectuada por el Señor Jesús? Si hemos creído en El, ¿acaso tendremos que esperar hasta morir para saber si seremos salvos o si pereceremos? Por favor, escuchen atentamente las palabras de la Biblia. No hay palabras dignas de más confianza que las palabras del propio Señor.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El cree, no perezca, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16). ¿No es acaso éste un versículo muy claro? “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito”. Esto es lo que Dios hizo. El amó y dio. Dios dio al Señor Jesús al mundo para que muriese por el mundo y efectuara la salvación en la cruz, a fin de que todos cuantos crean en el Señor Jesús obtengan la vida eterna y jamás perezcan. Si usted ha creído en el Señor Jesús, ya tiene la vida eterna y no perecerá jamás. Juan 3:16 es el versículo que más personas han memorizado, pero a pesar de ello, la mayoría no conoce bien este versículo. Juan 3:16 afirma claramente que en cuanto uno cree en el Señor Jesús, ya no perecerá, sino que tiene vida eterna. No obstante, ¡muchos creyentes alteran Juan 3:16! Si ellos han creído en el Señor como su Salvador pero, aún así, consideran que todavía no son salvos, ¡están

alterando Juan 3:16! ¡Lo alteran por no conocerlo cabalmente! Ellos alteran Juan 3:16, haciendo que diga algo así como:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El cree, probablemente no perezca, sino que quizás tenga vida eterna después de un mes, dos meses, un año, diez años, unas cuantas décadas o después de morir”.

¡Gracias a Dios que la Biblia no fue escrita de esta manera! La Biblia no dice eso. Más bien, la Biblia establece una clara relación entre las frases “todo aquel que en El cree” y “no perezca, mas tenga vida eterna”. Cuando creemos en el Señor Jesús y nuestros pecados son lavados por la sangre, en ese mismo momento, lejos de perecer, obtenemos la vida eterna. “Para que todo aquel que en El crea ... tenga vida eterna” (Jn. 3:16), sin que haya necesidad de esperar a morir para obtenerla.

Durante muchos siglos la iglesia ha interpretado de forma errónea la parábola de los cabritos y las ovejas, pues ésta ha sido aplicada equivocadamente a los creyentes. El uso del término “naciones” en Mateo 25:32 hace referencia a los gentiles. Dios ha dividido el mundo en judíos, griegos y la iglesia de Dios (1 Co. 10:32). La iglesia ya no tiene vínculo alguno con los gentiles. El juicio de los cabritos y las ovejas se refiere al juicio de las naciones gentiles cuando el Señor Jesús regrese con Sus santos. Nosotros los creyentes no habremos de ser juzgados allí.

Aquellos que han creído en el Señor Jesús no serán juzgados con respecto a la salvación o a la perdición. En Su crucifixión, el Señor Jesús llevó sobre Sí el juicio que los creyentes merecían por sus pecados. El sufrió el castigo por los pecados de ellos. El, pues, ha resuelto el problema del pecado en beneficio de los creyentes. Aquellos que han creído en El, le han aceptado como su sustituto. El fue juzgado y murió en lugar de ellos; por lo tanto, ellos ya no han de ser juzgados ni morirán nunca más. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1). Por favor lea nuevamente las palabras contenidas en Juan 5:24: “De cierto, de cierto os digo: El que oye Mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no está sujeto a juicio, mas ha pasado de muerte a vida”.

¡Cuán dulces son las palabras del Señor! ¡Nadie puede hablar como El! Estas palabras tan claras son como música a los oídos del pecador. Puesto que El dijo: “De cierto, de cierto os digo”, ¿podrían ser falsas estas palabras? Ciertamente eso no es posible. El Señor Jesús dice que aquel que oye y cree, “tiene vida eterna”. Esta afirmación del Señor es algo que El “de cierto, de cierto” declara. El afirma que dichas personas no están sujetas “a juicio”. Por supuesto, esta declaración es también algo que El “de cierto, de cierto” nos dice. El Señor también afirma que dicha persona “ha pasado de muerte a vida”. Tal declaración también es una afirmación que El “de cierto, de cierto” nos dice. Así pues, cuando El afirma que tal persona “ha pasado”, ciertamente quiere decir que “ha pasado”. En el uso cotidiano que hacemos de esta expresión, ¿en qué ocasiones la utilizamos? ¿Acaso la expresión “ha pasado” no se usa para dar a entender que algo ya ha sido realizado de manera concluyente? El Señor afirma que una persona que ha creído en El “ha pasado de muerte a vida”. Entonces, ¿por qué habríamos de decir que tenemos que esperar hasta morir para saber si somos salvos? Hermanos, aquellos que han creído en El, ya han pasado de muerte a vida, incluso durante esta era. ¡Esto es el evangelio! De cierto, de cierto les digo, una persona

que ha creído “ha pasado de muerte a vida”. Aquel que no cree, “ya ha sido condenado” (Jn. 3:18). Las dos veces en las que se usa el auxiliar “ha”, tanto en Juan 5:24 como en 3:18, se refiere a algo que ya ocurrió, que ya se ha decidido definitivamente.

Quizás, habiendo leído todo cuanto hasta aquí hemos expuesto, usted, al igual que muchos otros creyentes, se pregunte: “¿No sería demasiado arrogante de mi parte afirmar que ya soy salvo? En cuanto a mi conducta, no soy mejor que los demás. ¿Cómo podría entonces afirmar tal cosa?”.

Queridos lectores, el hecho de que nosotros sepamos que somos salvos no significa que seamos arrogantes. La forma verbal usada en la expresión “somos salvos” es la voz pasiva, y ella muestra que somos el objeto sobre el cual se ejerce la acción. ¿De qué podríamos sentirnos orgullosos entonces? Si afirmáramos que no necesitamos ser salvos o que no tenemos necesidad de la salvación, ciertamente estaríamos siendo arrogantes; esto sí sería considerarnos mejores que otros. Pero afirmar que somos salvos pone de manifiesto que fuimos pecadores y que íbamos a perecer, pero que ahora, *hemos sido salvados por el Señor* al confiar en El. Esto muestra cuán profunda es la gracia del Señor para con nosotros y cuán inmensa es la obra de salvación efectuada por el Señor. Esto pone en evidencia cuán grande es el poder del Señor, y de ninguna manera constituye una exaltación de nosotros mismos. Ciertamente, si sabemos que hemos recibido gracia y que somos salvos, tendremos más motivos para alabar al Señor. El hecho de que en nuestros cantos hablemos del Señor Jesús todo el tiempo, exalta al Señor y no constituye ninguna jactancia propia. Cuanto más veamos la profundidad de nuestros pecados y la inmensidad del perdón que el Señor nos otorga, habremos de amar más al Señor. Nosotros, como el apóstol Pablo, deberíamos decir: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Co. 15:10).

Dios afirma que ya poseemos la vida eterna: que ya somos salvos. Por tanto, el hecho que yo diga que soy salvo no constituye jactancia alguna; más bien, equivale a tener fe y reconocer que Dios está en lo cierto. A Dios siempre le ha complacido que tengamos fe en Su palabra. Así pues, debemos creer la Palabra de Dios.

Es cierto que, en cuanto a nuestras obras, no somos superiores a los demás; pero también es cierto que no somos salvos debido a nuestras buenas obras. El Señor Jesús no vino a salvar a justos, sino a pecadores. “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10). “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Ti. 1:15). Pablo dijo que él era el primero entre los pecadores, pero que le había sido concedida misericordia. Si el ser salvos dependiera de nosotros, no seríamos capaces de afirmar que somos salvos; tampoco en el mundo podríamos encontrar una sola persona digna de ser salva. Si la salvación dependiera de nuestra excelencia y méritos, no habría posibilidad de que fuéramos salvos. Aquellos que confían en sus propias obras se encuentran en una condición precaria todo el tiempo. Algunas veces su conducta es bastante buena y, por ello, abrigan la esperanza de ser salvos. Pero otras veces su conducta es muy mala y, entonces, piensan que habrán de perecer. Dichas personas nunca han confiado plenamente en Cristo. Queridos lectores, no somos salvos debido a nuestras buenas obras. Somos salvos debido a que Cristo nos salvó. ¡Cuán inmensa es Su gracia!

Muchos dicen: “Yo sé que si uno confía en lo que el Señor Jesús ha logrado en la cruz, es salvo. Pero yo *no siento nada*. ¿Acaso somos salvos de una manera tan sencilla?”.

¡Hermanos! La Biblia no dice: “A vosotros los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, os *doy estos sentimientos de felicidad* para que *sepáis* que tenéis vida eterna”. Si la Biblia dijera esto, uno no sería salvo si no tuviera tales sentimientos. Pero la Biblia afirma: “*Estas cosas os he escrito* a vosotros los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que *sepáis* que tenéis vida eterna” (1 Jn. 5:13).

“Estas cosas”. ¿Qué son estas cosas? Son las palabras contenidas en la Biblia, las palabras del Padre. Sabemos que tenemos vida eterna y que somos salvos, no por la manera en que nos sentimos, sino porque la Palabra de Dios así lo dice. La Biblia afirma que los que hemos creído en el Señor Jesús, somos salvos. Por tanto, con toda seguridad somos salvos. Si Dios afirma que somos salvos, ciertamente lo somos, ya sea que sintamos que somos salvos o no. Nosotros creímos en el Señor Jesús y la sangre de Jesús lavó nuestros pecados. Por tanto, somos salvos porque la Palabra de Dios así lo asegura.

Por ejemplo, supongamos que un individuo es tan pobre que no puede solventar todos sus gastos y tiene que vivir padeciendo sufrimientos extremos; así que, decide escribir una carta pidiéndole ayuda a uno de sus amigos, quien vive holgadamente. Después de algunos días, al no recibir respuesta, tal vez piense que su amigo lo menosprecia y que no está dispuesto a ayudarlo; por lo tanto, su corazón se llena de ansiedad. Cuanto más piensa en ello, más improbable le parece que su amigo vaya a brindarle ayuda. Entonces, él decide contarle estas cosas a sus vecinos. Algunos de sus vecinos le dicen que un verdadero amigo tiene la obligación de ayudar cuando uno se encuentra en dificultades financieras y que, sin duda alguna, su amigo no dejaría de cumplir con tal obligación. Otros, tal vez le digan que esto no necesariamente es así, debido a que nos encontramos en una era muy despiadada. Así pues, al escuchar palabras alentadoras, esta persona se regocija; pero, cuando escucha comentarios desalentadores, se angustia. Al día siguiente, este individuo recibe a un mensajero portador de la respuesta de su amigo; mientras abre el sobre, su corazón da saltos, pues no sabe si esa carta contiene alguna promesa. Después de leer la carta, él le grita a su familia: “¡Todo está resuelto! Mi amigo me dice en su carta que de ahora en adelante él cubrirá todos nuestros gastos. ¡Qué bueno! Esta cuestión finalmente se decidió. Ya no importa si *otros* piensan que la situación es alentadora o no. Mi amigo ha declarado personalmente que él habrá de asumir todas las responsabilidades que contraje. Ahora, puedo vivir en paz”.

¿Acaso no hay muchos creyentes que son como este pobre hombre? ¡Qué pena que tantos hijos de Dios presten atención a lo que dicen otras personas y a sus propios sentimientos! Tales creyentes, un día avanzan y el otro retroceden. Tal como este pobre hombre obtuvo la certidumbre después de haber recibido las palabras de su amigo, los hijos de Dios también obtienen tal certeza cuando la palabra de Dios les es impartida. Dios mismo afirma que si creemos en Jesucristo, habremos de ser salvos. El mismo dijo esto y, por tanto, ¡todo está resuelto! ¿De qué podríamos preocuparnos ahora? ¿Qué importancia podríamos darle a nuestros propios sentimientos? ¿Qué valor podrían tener las ideas que los hombres opinen al respecto? Si Dios afirma que somos salvos, eso es suficiente. Su Palabra es el veredicto

final. Puesto que Dios, según Su gracia, nos ha declarado Su fidelidad, debemos aceptar Su palabra sin tener ninguna duda al respecto.

Quizás algunos respondan: “Probablemente lo que dice sea cierto. Pero temo que mi fe no sea perfecta y, por lo tanto, no puedo ser salvo”.

La única distinción que la Biblia establece es entre “creer” y “no creer”. La Biblia no sabe lo que es una fe incompleta. Debemos entender que nuestra fe en el Señor Jesús no constituye mérito alguno. Dios no nos salva porque hayamos conseguido creer y porque tal logro constituya un mérito nuestro. ¡Nada más lejano de la verdad! Creer es recibir (Jn. 1:12). Juan 3:16 afirma que Dios nos “*dio*” a Su Hijo. Cuando le “recibimos”, todo está hecho. Uno es el que da, y otro es el que recibe. Esto no tiene nada que ver con ningún mérito de parte del pecador. La salvación es efectuada íntegramente por el Señor Jesús.

¿Quién entre nosotros no es un pecador? Todos estábamos muertos en nuestros delitos y pecados. ¡Eramos dignos de lástima! Entonces, el Espíritu Santo vino a nosotros e hizo que nos percatáramos de nuestros pecados. ¡Cuán terrible es el castigo por el pecado! Uno no puede sino temblar cuando contempla el porvenir; y esta situación es aún más lamentable cuando nos damos cuenta de que no podemos salvarnos a nosotros mismos. ¡Anteriormente estábamos revolcándonos en el lodo y no había manera de salvarnos a nosotros mismos! ¡Qué sufrimiento tan indecible! ¡Gracias y alabanzas sean dadas al Cordero inmolado! El vino y murió por nosotros en la cruz. El tomó el lugar que nos correspondía por ser pecadores. Nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros. Siendo aún pecadores, El murió por nosotros. El efectuó la obra de salvación. Al morir, proclamó: “¡Consumado es!” (Jn. 19:30). ¡Cuán preciosa es esta palabra! ¡Oh, Señor! ¡Nunca podré agradecerle lo suficiente por Tu inmensa gracia! Creer en el Señor Jesús se refiere simplemente a cierta *disposición* de parte de nosotros, pecadores desamparados y miserables, a ser salvados por el Señor. El vino a salvarnos, y cuando estamos dispuestos a ser salvos, todo está resuelto. No es cuestión de una fe completa o incompleta.

El propio Señor dijo: “Al que a Mí viene, por ningún motivo le echaré fuera” (Jn. 6:37). Puesto que hemos acudido a El, ahora cabe una sola pregunta: “¿Habrás El de echarnos fuera?”. ¡Alabado sea Dios, pues Cristo es fiel y digno de confianza! ¡No se halla engaño en Su boca! Jesús nunca echará fuera a los que acuden a El. El salvará a todos los que reconocen sus pecados y están dispuestos a aceptarlo como su Salvador. El dijo: “Venid a Mí todos los que trabajáis arduamente y estáis cargados, y Yo os haré descansar” (Mt. 11:28). “Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba” (Jn. 7:37). Esta es la invitación que el Señor nos hace.

Hermanos, no es en virtud de nuestra fe que somos salvos; más bien, es en virtud de Su gracia y fidelidad. Dios desea salvarnos. El ha de concedernos gracia. ¿No le creeremos? ¿Qué duda podemos abrigar? ¡El amor del Señor debiera inundar nuestros corazones y echar fuera todos nuestros pensamientos vacilantes!

Después de haber entendido esta verdad, quizás a algunos les asalte una duda: “Si los hombres saben que son salvos, que poseen la vida eterna y que tienen el cielo garantizado, ¿no habrían ellos de pecar a su antojo? Puesto que de cualquier forma ya son salvos, ¿no

habrían de pensar que por ello pueden dar rienda suelta a sus concupiscencias y pecados? ¿Acaso no habrían de pensar que, puesto que ya son salvos, no importa si pecan o no?”.

Esto es sólo una hipótesis. Muchos piensan que si obtienen la certeza de ser salvos, entonces desearán pecar. Pero se trata únicamente de una *hipótesis*. En *realidad*, sucede exactamente lo contrario. Cuando un hombre sabe que es salvo, ya no deseará pecar, e incluso sus pensamientos y su conducta adquirirán características celestiales. Les puedo dar un ejemplo. Actualmente, China envía cada año cientos de personas a cursar estudios en el extranjero. La gran mayoría viaja a los Estados Unidos. Supongamos que un padre desea enviar su hijo a dicho país. ¿Cómo debería vestirse su hijo? ¿Debería acaso vestir las túnicas chinas y seguir la moda imperante en China? ¿Debería acaso aprender la etiqueta y los modales chinos? ¿Tendría necesidad de conocer todo lo relativo a la cultura china? Ciertamente no. Su viaje a los Estados Unidos es inminente y no es necesario que él aprenda más acerca de China; más bien, él necesita aprender las costumbres y modas prevalecientes en los Estados Unidos. Deberá aprender a comer utilizando tenedor y cuchillo, a dar apretones de manos y a quitarse el sombrero cortésmente. También deberá estudiar en detalle los gustos, las preferencias y aversiones de los estadounidenses, así como el comportamiento habitual de ellos. Además, deberá analizar la mentalidad y características propias de los que viven en Estados Unidos. Cuando hable el inglés, deberá hacerlo con acento estadounidense, incluso deberá caminar como uno de ellos. En lo que concierne a su ropa y a su manera de vestir, deberá procurar conformarse a la moda estadounidense. En otras palabras, todos aquellos que están a punto de viajar a los Estados Unidos, tienen la tendencia natural de procurar conducirse y actuar como lo haría un estadounidense. Si un creyente sabe que ya tiene vida eterna y que, por ello, es un ciudadano celestial, ciertamente aprenderá a conformarse a la norma celestial en todo aspecto, tanto en su manera de hablar como en su manera de conducirse y comportarse. Aquellos que no saben si son salvos, habrán de imitar al mundo y tratarán de conformarse a él. Hermanos, ciertamente no existe el peligro de que aquellos que saben que son salvos vayan a pecar despreocupadamente. Al contrario, quienes saben que son salvos, diariamente habrán de ocupar su mente en las cosas de arriba. Esto halla confirmación plena en las experiencias espirituales de los creyentes. Del mismo modo en que los que han de viajar a los Estados Unidos procuran comportarse como estadounidenses, aquellos que se encaminan hacia las alturas ciertamente aprenderán a ser personas celestiales.

¡Queridos hermanos! Ustedes ya han creído en el Señor Jesucristo. No hay nada más importante que ello en esta tierra. Además, ¡ésta es la más grande bendición en la eternidad para el hombre! Deben saber que el Señor les salvó. ¡Qué consuelo y gozo representa saber que somos personas que poseen la vida eterna! “Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lc. 10:20). ¡Qué mensaje tan precioso! Ciertamente éstas son las *buenas* nuevas. En esta era, ¡podemos saber que somos salvos! Antes, éramos pecadores; pero ahora, hemos recibido gracia. ¿No deberíamos regocijarnos por ello? Cuánta gratitud y afecto sentimos al darnos cuenta de que el Señor nos ha salvado de la perdición eterna y nos ha concedido la vida eterna. Si sabemos esto, con mayor razón alabaremos a Dios. Sabemos que no podemos salvarnos a nosotros mismos. Como resultado de ello, ahora y por siempre, ¡toda autoridad, riqueza, sabiduría, poder, honor, gloria y alabanza serán para el Cordero inmolado!

¡Ahora pueden comprender cuánto nos ama Dios! Puesto que El nos amó y nos salvó, debemos amarle inspirados por un sentimiento de gratitud, y habremos de vivir en esta tierra como personas salvas. El ha comenzado una buena obra en nuestro corazón, y ciertamente la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús (Fil. 1:6). Nosotros no podemos complacerlo a El por nosotros mismos, pues “los que están en la carne no pueden agradar a Dios” (Ro. 8:8). Lo único que podemos hacer es permitir que Su Espíritu opere en nosotros, lo cual hará que llevemos una vida santa. Si bien algunas veces, lamentablemente, fracasamos, esto no significa que habremos de perecer nuevamente. El Señor nos ha dado vida *eterna*. Si fracasamos, no debemos sentirnos desalentados. Antes bien, debemos volver a levantarnos y pedirle al Señor Su perdón. Con toda seguridad, El nos conducirá hacia adelante.

En cierta ocasión me encontraba predicando acerca de esto en un lugar. Después que un hermano hubo comprendido esta verdad, me dijo: “Antes, no sabía que era salvo. Como resultado de ello, llevaba mi vida en el mundo, sin importarme las consecuencias. Temía que si renunciaba a todo en esta vida por causa del Señor, al llegar el tiempo de Su juicio, El me asignaría como mi porción la perdición eterna; mi situación habría de ser como la descrita en ese proverbio chino que dice: ‘Perdió su caso tanto ante el magistrado como ante el mandarín’. ¡Temía no obtener ni el gozo de este mundo ni la bendición celestial! Pero ahora conozco esta verdad; el cielo me está garantizado. Puesto que ahora sé que soy un ciudadano celestial, ya no quiero llevar una vida de necedad en este mundo”. Si sabemos que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, ciertamente habremos de fijar nuestra mente en las cosas de arriba. ¡Cuán maravilloso es esto! Tenemos un Salvador maravilloso y hemos recibido una salvación maravillosa. ¿No es esto causa de gran regocijo? Cantemos: “¡Aleluya!”.

CAPITULO TRES

LA CRUZ CON RESPECTO AL TIEMPO: SU VIGENCIA ETERNA

¡Siempre que consideramos la cruz, nos provoca admiración! Siempre que recordamos la redención que el Señor Jesús efectuó, nuestro corazón se llena tanto de dolor como de gozo. Para nosotros, la cruz del Señor no es simplemente una cruz de madera, sino un símbolo de Su obra completa de redención y de la salvación completa efectuada por medio de tal obra.

Después de haber recibido al Señor, me preguntaba frecuentemente cómo podían ser salvos los hombres del Antiguo Testamento, puesto que ellos existieron en épocas anteriores a la crucifixión del Señor. En aquella época, yo era apenas un bebé en el Señor y me encontraba bastante perplejo ante esta cuestión.

Además, con respecto a nuestros días, muy pocas veces he visto manifestado el fresco poder de la cruz en las vidas de los creyentes. Pareciera que para ellos la muerte del Señor es un evento ocurrido hace mucho tiempo, más de diecinueve siglos atrás, y que como tal, ya no tuviera poder alguno.

Doy gracias al Padre porque El recientemente me mostró la vigencia eterna de la cruz. Debido a los dos conceptos arriba mencionados, me parece necesario que los santos de Dios conozcan bien la verdad con respecto a “la vigencia eterna” de la cruz. Si comprendiéramos que la cruz conserva extrema frescura y novedad, ¡cuán impresionados seríamos por ella!

LA RELACION EXISTENTE ENTRE LA MUERTE DEL SEÑOR Y LOS PACTOS, TANTO EL ANTIGUO COMO EL NUEVO

Primero, debemos leer Hebreos 9:15-17: “Y por eso es Mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo una muerte para remisión por las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna. Porque donde hay un testamento [lit., *pacto*], es necesario que conste la muerte del testador. Porque el testamento [lit., *pacto*] se confirma sólo en caso de muerte; pues no es válido mientras el testador vive”. Estos versículos nos muestran la relación que existe entre la muerte de Cristo en la cruz y los pactos, tanto el antiguo como el nuevo. Bajo el pacto antiguo, los hombres pecaban de la misma forma en que lo siguen haciendo en nuestros días. Puesto que el pecado estaba presente, había necesidad de un Salvador. Si una persona ha pecado y no ha obtenido el perdón de Dios, tendrá que ser juzgada por su propio pecado. Dios no puede perdonar el pecado simplemente basado en Su misericordia. De hacerlo, El no sería justo. Por este motivo, a fin de redimirnos, Dios preparó el camino de la sustitución. Bajo el antiguo pacto, Dios se valía de sacrificios y ofrendas para hacer propiciación por los pecados de los hombres. Puesto que muchos animales murieron en lugar del hombre, éste recibió el justo perdón de Dios. En hebreo, la palabra que se traduce “propiciación” significa “cubrir”. Bajo el antiguo pacto, hacer propiciación consistía en *cubrir* los pecados

del hombre con la sangre de los animales, ya que la Biblia claramente dice: “Porque es imposible que la sangre de toros y de machos cabríos quite los pecados” (He. 10:4). Por esta razón, en la plenitud del tiempo, Dios envió a Su Hijo al mundo a morir por los hombres. Por medio del sacrificio de Sí mismo, se logró la salvación eterna que corresponde a la obra de redención. Los pecados, los cuales no eran quitados mediante la sangre de toros ni machos cabríos en el Antiguo Testamento, ahora son quitados por medio de la muerte del Hijo, puesto que El es “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). La muerte de Cristo constituye un momento decisivo en la historia. Su muerte divide la era antiguotestamentaria de la era neotestamentaria. Antes de Su muerte, transcurría la era del Antiguo Testamento, pero después de Su muerte, se dio inicio a la era del Nuevo Testamento. El pasaje de las Escrituras que mencionamos al inicio de este párrafo trata de este tema.

Estos tres versículos hablan acerca de los dos vínculos que ligan la muerte del Señor con los pactos, tanto el antiguo pacto como el nuevo. Hebreos 9:15 muestra que El es el Mediador, y los versículos 16 y 17 muestran que El es el Testador.

Ya vimos que bajo el primer pacto, todos eran pecadores. Si bien esos pecadores ofrecían animales a Dios para hacer propiciación por sus pecados, tales pecados sólo eran cubiertos, pero no eran quitados. En aquel tiempo, Dios perdonó sus pecados debido a que, mediante la sangre de muchos sacrificios, Dios podía ver, a distancia, la sangre de Su Hijo y la eficacia de la misma. Sin embargo, si el Señor Jesús no hubiera muerto, bajo el primer pacto Dios no hubiera podido dar resolución definitiva al conflicto que representaba el pecado. El pecado tenía que ser quitado de en medio. Cuando Cristo murió, el pecado que bajo el primer pacto había permanecido, fue quitado. Ahora podemos ver desde otro ángulo la relación que existe entre la muerte del Señor y el primer pacto. Todo pacto tiene sus propias condiciones. El pacto antiguo también tenía sus propias exigencias; y cuando el hombre no cumplía con tales exigencias, pecaba. Ahora bien, el castigo por el pecado es la muerte. Es por esta razón que el Señor Jesús tenía que morir en lugar de los que estaban bajo el primer pacto, y así, hacer remisión por sus pecados. El cumplió con todas las exigencias del primer pacto, dando fin al mismo, y dio inicio al nuevo pacto.

Por medio de Su muerte, Cristo redimió al hombre de los pecados que éste había cometido estando bajo el primer pacto, y además se convirtió en el Mediador de un nuevo pacto, basado en la remisión de pecados que El efectuó en favor de los que estaban bajo el primer pacto. Originalmente, al hombre le correspondía recibir la herencia eterna que le había sido prometida. Sin embargo, por causa del pecado, fue privado de heredarla. Ahora, el Señor Jesús ha muerto; en virtud de ello, el hombre ha sido redimido del pecado, y los llamados han sido hechos aptos para recibir la herencia eterna. Por tanto, el Señor Jesús se convirtió en el Mediador por medio de Su muerte en la cruz. Por una parte, El quitó los pecados que, bajo el pacto antiguo, permanecían. Por otra, El trajo la bendición del nuevo pacto. Todos estos asuntos están relacionados con el hecho de que El es el Mediador.

Ahora, consideremos lo que El es en calidad de Testador. En el lenguaje del texto original, la palabra “testamento” significa también “pacto”. Ya examinamos, anteriormente, la ley correspondiente al pacto. Todos aquellos que transgredían la ley, habían de morir. Pero Cristo murió a fin de redimirnos del pecado. Ahora podemos examinar el testamento que

corresponde al pacto. Un testamento implica que el testador ha hecho ciertos arreglos para que sus posesiones pasen a propiedad de su heredero en el momento en que el testador muere. El Señor Jesús es el Testador, quien hizo el testamento. Todas las bendiciones de esta era y de la siguiente, le pertenecen a El. Puesto que El estuvo dispuesto a llevar sobre Sí mismo los pecados de aquellos que estaban bajo el primer pacto, El también desea transferir a ellos todo cuanto fue prometido en este pacto (o testamento). A fin de redimir al hombre de sus pecados, el Señor Jesús tenía que morir; y para que el hombre pudiera heredar lo especificado en el testamento, El también tenía que morir. Si el testador no muere, el testamento hecho por él no entra en vigor, o sea, no tiene efecto. El testador debe morir antes que el heredero pueda recibir la herencia. Aquí podemos ver la profunda relación que existe entre la muerte de Cristo y los pactos, tanto el nuevo pacto como el antiguo. En resumen, sin la muerte de Cristo, no existiría el antiguo pacto ni el nuevo. Sin la muerte de Cristo, el Antiguo Testamento no habría concluido, pues lo exigido por la ley en conformidad con dicho testamento no habría sido cumplido. Sin la muerte de Cristo, tampoco podría existir el Nuevo Testamento, porque no habría manera de que la bendición correspondiente a este testamento fuera transferida a los llamados. Pero el Señor ha muerto. El ha dado fin al primer pacto y ha promulgado el segundo pacto. De hecho, el Nuevo Testamento fue promulgado por Su sangre.

¿COMO FUERON SALVOS LOS HOMBRES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO?

Si la sangre de los toros y de los machos cabríos no podía quitar el pecado, tal como dijimos anteriormente, ¿cómo fueron salvos entonces los hombres del Antiguo Testamento? Fue por medio de la cruz. *El hombre* había pecado. Por lo tanto, sólo *un hombre* podía efectuar la redención para libertar al hombre del pecado. Si bien los animales eran inocentes y sin defecto, ellos no podían redimir al hombre de sus pecados. ¿Por qué entonces Dios, en Levítico 17, prometió que la sangre de tales criaturas podría redimir a alguno de su pecado? Esto debe esconder algún significado profundo. Sabemos que las cosas de la ley son “sombra de lo que ha de venir; mas el cuerpo es de Cristo” (Col. 2:17). Así que, los sacrificios y ofrendas del Antiguo Testamento se refieren, todos ellos, a Cristo. Aunque en los tiempos del primer pacto Cristo todavía no había muerto, Dios quiso que todos los sacrificios ofrecidos durante aquel tiempo fueran un tipo de Cristo. Así pues, la muerte de esos animales era tomada como la muerte de Cristo. Por medio de la sangre de muchos animales, Dios veía la sangre de Su Hijo amado. A través de tantos toros y ovejas, El veía al “Cordero de Dios”. A través de los muchos sacrificios, El podía ver la muerte vicaria de Cristo. Cuando Dios aceptaba tales ofrendas, era como si El estuviera aceptando el mérito de la muerte de Su Hijo. Debido a esto, el hombre pudo ser redimido de sus pecados. Dios aceptó a los toros y machos cabríos como representación de Su Hijo amado. Por ello, pudo perdonar a los pecadores basándose en los sacrificios que ellos ofrecían. Cada vez que se realizaban los sacrificios, éstos hacían alusión al sacrificio venidero del Hijo de Dios como la ofrenda por el pecado en el Gólgota, y a la obra eterna de salvación que El efectuó. Debido a que el Señor es un hombre, El puede redimir al hombre de sus pecados; y debido a que El es Dios, El puede hacer remisión por los pecados de todos los hombres que existieron, ya sea en el pasado o en el presente.

Aquellos que durante el tiempo del Antiguo Testamento ofrecían sacrificios, estaban depositando su fe, ya sea que estuvieran conscientes de ello o no, en un Salvador venidero que sería crucificado. El propósito de todos los sacrificios que ellos presentaban era dirigir su atención al Salvador que vendría. Si bien en aquel tiempo el Señor Jesús aún no había nacido, la fe de ellos no se apoyaba en lo visible. Su fe veía desde lejos a un Salvador vicario y confiaba en El. Cuando llegó el tiempo, el Hijo de Dios vino al mundo y murió por los hombres. Lo que había sido solamente una cuestión de fe, llegó a ser un hecho.

¿COMO SON SALVOS LOS HOMBRES EN EL NUEVO TESTAMENTO?

Sabemos que hoy estamos en la era del Nuevo Testamento. ¿Cómo es que somos salvos en esta era? Cristo ha muerto, y la salvación ya ha sido realizada. Si creemos en el Señor Jesús, lo cual significa que por fe le recibimos como nuestro Salvador, seremos salvos. A algunos se les hace difícil comprender cómo es que Cristo pudo haber muerto por ellos, incluso antes de que ellos hubieran nacido. Ciertamente esto representa un problema para nuestros sentidos físicos; sin embargo, para nuestra fe, esto constituye una verdad gloriosa.

En primer lugar, debemos comprender que el tiempo no puede limitar o restringir a Dios. Para nosotros los mortales, unas cuantas décadas constituyen mucho tiempo. Pero nuestro Dios es el Dios eterno. Para El, incluso mil años no significan tanto. Si bien el tiempo es un factor que nos restringe, no puede restringirlo a El. Así pues, hoy somos salvos cuando creemos en Aquel que hace muchos años murió por nosotros una vez para siempre.

La Biblia afirma que el Señor Jesús se ofreció a Sí mismo una vez para siempre, llevando así a cabo la obra de redención (He. 7:27). El es Dios. Es por ello que El trasciende la barrera del tiempo y redime a aquellos que existieron miles de años antes que El viniera al mundo, así como a quienes nacieron muchos años después de que El viviera en la tierra. El no solamente puede redimir a aquellos que vivieron miles de años antes que El estuviera en la tierra, sino que, si el mundo continuara millones de años más, Su redención seguiría vigente. Una vez que El concluyó Su obra, ésta perdura para siempre. Si un pecador busca ser salvo ahora, el Señor no necesita morir por él nuevamente. Para ser salvo, este individuo solamente tiene que aceptar el mérito obtenido por el Señor cuando El se ofreció a Sí mismo una vez y para siempre. Nuestra fe tampoco es restringida por el tiempo. La fe, por ende, es capaz de introducirnos a la realidad de la eternidad. Al igual que los hombres en el Antiguo Testamento confiaron en un Salvador venidero y fueron salvos, de la misma manera, nosotros confiamos en un Salvador que vivió en una época pasada y así somos salvos. El hecho de que esto haya ocurrido en el pasado no significa que su vigencia haya caducado; más bien, significa que es un hecho consumado. Los hombres en el Antiguo Testamento miraron hacia adelante; nosotros, en el tiempo presente, miramos hacia atrás. La fe hizo que aquellos en el Antiguo Testamento aceptaran a un Salvador venidero. ¿Acaso nuestra fe no podrá hacer que aceptemos a un Salvador que vino en el pasado?

Si al leer Hebreos 9:12-15 vinculamos entre sí las tres veces que se usa el adjetivo “eterno”, descubriremos que tal relación es bastante significativa. El Señor efectuó la redención eterna al ofrecerse a Dios por medio del Espíritu eterno, y así obtuvo para nosotros una herencia eterna. Por tanto, toda vez que el hombre cree en El, recibe dicha redención.

Tenemos que comprender que el valor de la cruz no es determinado por el hombre; más bien, su valor es determinado por Dios. Dios considera que la redención obtenida en la cruz es eterna. Por consiguiente, nosotros, que somos pecadores y que no poseemos justicia propia, debemos reconocer como verdadera la palabra de Dios y actuar conforme a Su palabra al tener fe en la cruz de Su Hijo y ser salvos.

LA ETERNA VIGENCIA DE LA CRUZ

Este aspecto es el más crucial. Aunque la Biblia dice que el Señor Jesús ofreció el sacrificio por los pecados una sola vez, también señala que “habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado *para siempre...*” (He. 10:12). En este versículo la expresión “un solo” da a entender que el sacrificio que el Señor ofreció por los pecados fue perfecto; es decir, que El requería redimir al hombre de sus pecados una sola vez. Sin embargo, éste único sacrificio ofrecido por los pecados es *para siempre*. ¡Es un eterno sacrificio por los pecados! Esto quiere decir que *no solamente* es eterno el efecto de este sacrificio por los pecados, sino que el sacrificio en sí es eterno. Aunque Cristo ha resucitado y vive para siempre, ¡Su cruz continúa existiendo! ¡Oh, que podamos comprender la eterna vigencia de la cruz! No se trata de un evento que ocurrió en el pasado, hace diecinueve siglos. La cruz sigue siendo actual hoy en día.

Apocalipsis 13:8 menciona al: “Cordero que fue inmolado *desde la fundación del mundo*”. Nuestro Señor es el Cordero inmolado desde la fundación del mundo hasta nuestros días y para siempre. Para El, la cruz no es meramente un evento ocurrido en cierta época, en un determinado día, mes y año. Más bien, para El, la cruz es algo que ha existido desde la fundación del mundo y que continúa existiendo en el presente. Cuando Dios creó al hombre, El conocía de antemano el precio de la redención venidera. El creó al hombre con Su poder, y lo redimió con Su sangre. Es como si El hubiera sido crucificado desde el principio cuando creó al hombre. Durante miles de años, El sufrió el suplicio prolongado de la cruz. Aquella muerte única en el Gólgota, simplemente dio a conocer la pena profunda que embargaba al Espíritu de Dios durante mucho tiempo. ¡Qué gracia es ésta! ¡Qué asombro nos causa! No tenemos palabras para expresar el significado de este versículo. Antes de dejar el cielo, estando todavía en gloria, el Señor Jesús ya conocía el sufrimiento de la cruz. El supo de este sufrimiento durante los miles de años que transcurrieron antes de Su venida. El sabía de esto en el tiempo de la creación. Desde la eternidad pasada, la cruz estuvo en el corazón de Dios. Si consideramos que desde la eternidad pasada Dios sabía que iba a crear al hombre y que éste habría de caer, nos daremos cuenta, hablando en términos humanos, de cuánto habrá sufrido en Su corazón por ello. Debido a que El amó tanto al hombre, dispuso desde antes de la fundación del mundo que Cristo habría de morir en beneficio nuestro (1 P. 1:20). Aunque Cristo se manifestó una sola vez en los postreros tiempos por causa de nuestros pecados, en virtud de Su amor por el mundo El estuvo siendo afligido y herido desde la fundación del mundo, ¡como si ya hubiera sido crucificado mil veces! Cuán lamentable es el hecho de que mucha gente hoy en día le sigue causando congoja, como si lo estuvieran crucificando nuevamente. Cuando nos percatamos de semejante amor, ¡no podemos sino maravillarnos y quedarnos asombrados ante El! ¡Este es el corazón de Dios! Si nos percatamos de ello, ¿no habremos de amar a Dios aún más? Por tanto, si bien en términos humanos los hombres del Antiguo Testamento creyeron en la cruz venidera mientras que los del Nuevo Testamento creen en una cruz del pasado, en

realidad, en cuanto a la cruz no cabe distinguir tiempos ni períodos. La cruz del Antiguo Testamento es una cruz del presente, y la cruz del Nuevo Testamento es también una cruz del presente. ¡Que el Señor abra nuestros ojos para que podamos ver la eterna vigencia de la cruz!

LA ETERNA NOVEDAD Y FRESCURA DE LA CRUZ

Las personas del Antiguo Testamento ya han muerto. Por tanto, prestaremos atención a todos aquellos en la era presente. Son muchos los que ubican la cruz unos mil novecientos años atrás y la consideran vieja, caduca y obsoleta. Si bien es cierto que el mundo considera el sacrificio de Cristo en el Gólgota como un evento histórico, de acuerdo con la experiencia espiritual de los creyentes, la cruz de Cristo sigue siendo un evento nuevo y fresco. No es algo antiguo, caduco ni obsoleto. Al respecto, podríamos considerar unos cuantos versículos.

Hebreos 10:19 y 20 dicen: “Así que, hermanos, teniendo firme confianza para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús, entrada que El inauguró para nosotros como camino nuevo y vivo a través del velo, esto es, de Su carne”. A fin de comprender estos dos versículos, tenemos que entender las cosas mencionadas en el Antiguo Testamento. En tiempos antiguos, el tabernáculo estaba dividido en dos secciones. La primera sección se llamaba el Lugar Santo, y la segunda, el Lugar Santísimo. Estas dos secciones estaban divididas por un velo. Quienes entraban al Lugar Santísimo tenían que pasar a través del velo. La gloria de Dios se manifestaba dentro del Lugar Santísimo. Ninguna persona común podía ingresar al Lugar Santísimo; únicamente el sumo sacerdote podía entrar allí una sola vez al año. Antes de entrar, el sumo sacerdote debía primero ofrecer sacrificios y hacer propiciación por sí mismo y por el pueblo y, al entrar, tenía que hacerlo con la sangre de los toros y los machos cabríos. Ahora, nosotros entramos al Lugar Santísimo por medio de la sangre del Señor Jesús. Esto alude a la cruz. Antiguamente, el sumo sacerdote entraba al Lugar Santísimo una sola vez al año. Pero ahora, por medio de la cruz del Señor Jesús, todos nosotros podemos entrar al Lugar Santísimo en cualquier momento. ¿Qué significa entrar al Lugar Santísimo? Significa que acudimos a Dios para confesar nuestros pecados, tener comunión con El y estar en Su presencia.

Quienes entraban al Lugar Santísimo tenían que pasar a través del velo. El velo representa el cuerpo del Señor Jesús. Cuando El fue crucificado, el velo del templo se rasgó por la mitad, de arriba hacia abajo. Si el velo no hubiese sido rasgado, los hombres no habrían podido pasar a través de él. Si el Señor Jesús no hubiera muerto y Su cuerpo no hubiera sido quebrantado, el hombre no podría pasar a través de El ni entrar en el Lugar Santísimo. En el presente, nos acercamos a Dios en virtud de la muerte del Señor Jesús. Esto también es simbolizado por la cruz.

La Biblia dice que el camino a través del velo fue abierto por el Señor Jesús. El gustosamente entregó Su vida a fin de redimirnos.

Debemos prestar atención al hecho de que este camino es *nuevo* y *vivo*. En el texto original, la palabra “nuevo” hace alusión a algo fresco que es ofrecido o que acaba de ser sacrificado. ¡Aquí podemos ver la eterna novedad y frescura de la cruz! El sumo sacerdote

no podía confiar en las ofrendas o sacrificios ofrecidos en años anteriores. El debía contar con ofrendas frescas y nuevos sacrificios. Era únicamente en virtud de la sangre de aquellos animales que el sumo sacerdote podía entrar, con toda confianza, al Lugar Santísimo. ¿Y qué acerca de nosotros? Nosotros nos acercamos a Dios en virtud de la sangre del Señor y a través de Su cuerpo. Cada vez que nos acercamos a Dios, no tenemos que ofrecer sacrificios nuevamente. ¡Nuestro sacrificio es nuevo y fresco para siempre! La cruz del Señor Jesús no envejece al pasar los años. Su frescura es la misma hoy y para siempre, tal como lo fue en el día de Su crucifixión. Cada vez que nos acercamos a Dios, podemos percibir la frescura de la cruz del Señor. En tiempos antiguos, si el sacerdote no llevaba consigo la sangre fresca de los sacrificios cuando entraba al Lugar Santísimo, caía muerto delante del Señor. El sacrificio ofrecido años atrás no podía hacer remisión por los pecados cometidos en ese año. Si Dios no considerara que el sacrificio redentor del Señor fuera eternamente nuevo y fresco, nosotros hace mucho que hubiésemos perecido. Damos gracias al Señor que para El, la cruz es eternamente nueva y fresca. Así pues, el Señor considera la crucifixión como algo realizado recientemente.

Este camino también es un camino *vivo*. El término usado aquí también se puede traducir como “siempre vivo”. Este camino que ha sido “recientemente ofrecido”, también es “siempre vivo”. Cristo murió y resucitó; el realizó nuestra salvación y nos ha conducido a Dios. Debemos saber que Cristo ha resucitado y que Su resurrección permanece vigente hasta el día de hoy. También debemos saber que Cristo ha muerto y que Su muerte vicaria permanece vigente hasta hoy. Los eventos más importantes de la vida terrenal de Cristo son Su muerte y Su resurrección. Ninguno de ellos es un evento pasado ni caduco. Aún hoy siguen siendo frescos. Puesto que contamos con un Salvador nuevo y fresco que nos redime, debemos recibirlo y acercarnos a Dios por medio de El, a fin de recibir el perdón y la bendición de Dios.

Apocalipsis 5 narra cómo Juan vio al Señor Jesucristo en los cielos. El dijo: “Y vi en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, un Cordero en pie, como *recién* inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete Espíritus de Dios enviados por toda la tierra” (v. 6). Este versículo muestra un cuadro con respecto al futuro. Cuando Juan vio al Señor en los cielos, habían pasado muchos años desde Su sacrificio en el Gólgota. Aún así, el Señor estaba como *recién* inmolado. La expresión “como recién inmolado” también puede traducirse “que acaba de ser inmolado”. En los cielos, cuando seamos introducidos en la eternidad, ¡el Señor seguirá siendo Aquel que acaba de ser inmolado! ¡Oh, la eterna frescura y novedad de la cruz! ¡Verdaderamente la cruz trasciende todas las eras y permanece fresca! Si la cruz ha de ser nueva y fresca en los cielos aquel día, ¿cómo podríamos considerar que es vieja hoy en día? En el futuro, cuando la gloria celestial sea manifestada, ¡la gloria de la cruz demostrará ser inmarcesible! Cuando los redimidos asciendan a los cielos, ¡descubrirán que la redención efectuada por la cruz es tan fresca y nueva como siempre!

Cierto asunto merece nuestra atención. En el Antiguo Testamento, Cristo es llamado el Cordero en dos ocasiones (Is. 53:7; Jer. 11:19). En los Evangelios y en Hechos, se le llama el Cordero tres veces (Jn. 1:29, 36; Hch. 8:32). En las epístolas se le llama el Cordero solamente una vez (1 P. 1:19). Sin embargo, en el libro de Apocalipsis se le llama el Cordero *¡veintiocho veces!* ¡El resplandor de la gloria de la cruz del Señor superará todas

las eras! Deliberadamente, Dios llamó a Su Hijo *el Cordero* en este libro que trata sobre la eternidad. Y aquí vemos al Cordero como recién inmolado. ¡Todavía podemos ver Sus heridas! Esas llagas eternas garantizan nuestra eterna salvación. La crucifixión del Cordero llega a ser nuestra conmemoración eterna. Dios jamás podrá olvidar esto. Los ángeles jamás podrán olvidar esto, y las personas salvas y que ascendieron, jamás podrán olvidar la redención obtenida en la cruz. ¿Quién recibirá esta salvación eterna? La cruz es el único lugar inmovible, al cual todos los pecadores deben acudir.

LA CRUZ COMO CONMEMORACION

Dios mismo conoce el valor eterno de la cruz de Su Hijo. El puso de manifiesto ante todos la eterna frescura de la cruz de Su Hijo. Ahora, El desea ganar por completo a los redimidos a fin de que ellos también conozcan este hecho. Llegar a comprender la frescura eterna de la cruz, nos reviste de poder. Llegar a comprender la frescura eterna de la cruz, nos inspira amor. Llegar a comprender la frescura eterna de la cruz, trae victoria. Llegar a comprender la frescura eterna de la cruz, otorga longanimidad. Si verdaderamente conocemos la novedad y frescura de la cruz, ¡cuán inspirados seremos por ella! ¡Cuán motivados seremos por ella! Si la cruz no es vieja para nuestro corazón, ciertamente disfrutaremos de una íntima comunión con nuestro Señor. Si un creyente ha olvidado la cruz, quiere decir que ha olvidado al Señor.

El Señor desea que Su cruz permanezca siempre fresca en nuestro espíritu y en nuestra mente. Es por ello que dijo: “Haced esto todas las veces que la bebáis, en memoria de Mí” (1 Co. 11:25). La expresión *todas las veces* implica que esto es algo que se realiza frecuentemente. El Señor estableció Su cena a fin de que Sus santos lo recuerden siempre en Su muerte. El sabía de antemano que muchos habrían de considerar Su cruz como obsoleta. Es por eso que El les encargó a Sus discípulos que al celebrar la cena del Señor, recordaran Su muerte. El sabía que las preocupaciones mundanas, las distracciones y las tentaciones habrían de venir y, sutil e imperceptiblemente, habrían de privarnos de la frescura de la cruz. Por ello, El nos encargó celebrar la cena con frecuencia y recordarlo a El. ¡Cuán fresca era la cruz para nosotros cuando creímos por primera vez! Pero, al pasar algún tiempo, la cruz parece haberse vuelto vaga y borrosa. La primera vez que comprendimos la victoria de la cruz, ¡cuán fresca era ella para nosotros! Pero luego de haber mencionado su gloria tantas veces, la cruz parece haberse hecho común. Sin embargo, el Señor no desea que dejemos de percibir la frescura de la cruz. El anhela que hagamos memoria de la cruz con frecuencia y que siempre tengamos presente la muerte del Señor.

Es una pena que hayamos perdido la inspiración que la cruz del Señor Jesús nos provee. La crucifixión del Señor Jesús debe ser claramente presentada ante nuestros ojos todo el tiempo (Gá. 3:1). Nunca deberíamos considerar la cruz del Señor como un mero símbolo histórico.

El libro de Gálatas es una epístola que trata acerca de la cruz. Cuando la cruz fue claramente presentada a los gálatas, ¡cuánta libertad disfrutaban ellos! Pero cuando éstos buscaron recibir el Espíritu Santo al guardar la ley o se esforzaron por ser perfeccionados mediante las obras de la carne, entonces dejaron de disfrutar la frescura de la cruz. Uno

puede discernir la condición espiritual de cualquier creyente observando la actitud que éste tiene con respecto a la cruz. Si él considera la cruz como algo viejo, esto muestra que ha sido separado de su fuente de poder.

LA CRUZ Y LA ESPIRITUALIDAD

¿Cuáles son los beneficios de conocer la frescura de la cruz? Los beneficios son innumerables. Sabemos que el hombre es fácilmente atraído por todo lo que sea nuevo, mientras que los eventos ocurridos hace mucho tiempo dejan de conmoverlo. Si la cruz del Señor fuera presentada ante nuestros ojos claramente todos los días, ¡cuán conmovidos seríamos por ella! En tiempos antiguos, José estaba dispuesto a ser discípulo de Cristo solamente en secreto, y Nicodemo sólo se atrevía a visitar al Señor durante la noche. Pero cuando ellos vieron la crucifixión del Señor, fueron grandemente conmovidos. Como resultado de ello, se arriesgaron a ofender a las multitudes y pidieron que les fuera dado el cuerpo del Señor para sepultarlo. La cruz puede hacer del hombre más cobarde, un valiente. Cuando estos dos hombres vieron a Jesús en la cruz y contemplaron la manera en que El sufrió y fue vituperado por los hombres, ellos fueron inspirados y conmovidos por el amor manifestado en la cruz. Así que, si tenemos siempre presente la cruz de Cristo, seremos conmovidos de la misma manera en que ellos lo fueron. Entonces, seremos fortalecidos por la cruz.

“¿Permaneceremos en el pecado para que la gracia abunde?” (Ro. 6:1). Tenemos que saber cómo responder a esta pregunta. Si verdaderamente tenemos presente la cruz del Señor todo el tiempo, si verdaderamente hemos contemplado Sus sufrimientos en la cruz, si podemos ver las heridas en Sus manos y Sus pies así como la corona de espinas sobre Su cabeza, si vemos cómo Su amor se mezcló con Su sangre y consideramos Su sufrimiento y congoja, ¿no habríamos de ser profundamente conmovidos? ¿Acaso no dejaríamos de hacer aquellas cosas que no le agradan al Señor o que le causan dolor? Es debido a que carecemos de la revelación fresca y eterna de la cruz, y a que no la tenemos presente, que menospreciamos el amor del Señor.

Si la cruz en la que el Señor murió por nosotros permanece siempre fresca para nosotros, nuestra *crucifixión con El* también será una experiencia inalterable y constante. Si día a día recibimos una revelación fresca de la cruz, habremos de ganar muchas experiencias nuevas y frescas de fe con respecto a morir juntamente con El. Debido a que no tenemos presente la cruz *diariamente*, experimentamos con frecuencia que *el pecado resucita en nosotros*. Si percibimos la frescura eterna de la cruz, así como su naturaleza inmutable, nuestra experiencia de morir al pecado también habrá de ser incommovible y constante. Muchos hijos de Dios fracasan porque no han comprendido que la muerte de la cruz, lejos de ser un evento ocurrido en el pasado, está presente con nosotros todo el tiempo.

Muchas veces pecamos sin estar conscientes de ello. Damos gracias a Dios el Padre que El no nos rechaza a causa de esto. La Biblia dice que “la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7). El no nos lavó solamente una vez; más bien, la sangre de Su Hijo sigue limpiándonos constantemente. En el texto original, el verbo traducido *limpia* alude a una actividad continua. Esta es la obra perpetua de la cruz. ¡Qué maravilloso es que Dios nos haya provisto de semejante salvación! Si hemos tropezado y nos acercamos a El a

confesarle nuestros pecados, El nos perdonará y la sangre de Su Hijo nos limpiará de todo pecado. ¡Qué frescura eterna posee la cruz!

LA SALVACION ETERNA

Si comprendemos esto, prorrumpiremos en alabanzas a Dios el Padre. Lamentablemente, mucha gente no sabe que es salva para siempre. Hay dos alternativas: o no somos salvos, o lo somos para siempre. Si en una ocasión *verdaderamente* aceptamos el sacrificio del Señor por el pecado, y si una vez *verdaderamente* confiamos en el mérito de Su cruz, entonces, Su cruz hablará a nuestro favor para siempre. Levítico 6:9 dice: “Esta es la ley del holocausto: el holocausto estará sobre el fuego encendido sobre el altar *toda la noche*, hasta la mañana; el fuego del altar *arderá* en él”. El holocausto tipifica a Cristo, y el altar tipifica la cruz. La noche representa la era actual, la cual no tiene a Cristo. Es la misma noche descrita en Romanos 13:12. Desde que el Sol de justicia (el Señor Jesús) partió de este mundo, el mundo se ha convertido en las tinieblas mismas. Y seguirá siendo noche hasta que El venga de nuevo. ¡El holocausto deberá arder hasta el alba! En la era presente, ¡los méritos de la obra redentora del Señor continuamente interceden por nosotros! Durante la noche, es probable que los israelitas hubieran permanecido murmurando en el campamento, ¡pero el holocausto sobre el altar continuamente intercedía por ellos! Debemos darnos cuenta de que, de la misma manera, la sangre intercede por nosotros. Una vez que hemos aceptado la cruz, ¡ella habla a nuestro favor continuamente! En esto consiste la salvación eterna.

En el futuro, cuando veamos la cruz en los cielos, ésta no habrá envejecido a causa de las épocas transcurridas. Por esta razón, la salvación que hemos recibido no se convertirá con el tiempo en un mero símbolo conmemorativo. La eternidad no consistirá en una vida monótona e insípida. Antes bien, aunque la eternidad será muy prolongada, ello no hará desvanecer la gloria de la cruz. En la eternidad, Dios nos mostrará poco a poco toda la gloria de la cruz. ¡Señor, enséñanos a apreciar la eterna frescura de la cruz!

¿Por qué motivo las huestes celestiales alaban al Señor? La Biblia dice: “El Cordero que fue inmolado es digno de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la bendición” (Ap. 5:12). En aquel tiempo, nosotros también alabaremos al Señor por siempre, a causa de Su cruz. Hoy en día, el tema de la Biblia es la cruz. Y en el futuro, la cruz será la causa de la alabanza en gloria.

¡Hermanos, cuán fresca y nueva es la cruz! La cruz no conoce el tiempo, no conoce vejez alguna. ¡Que seamos conmovidos constantemente por ella! ¡Oh, que podamos perdernos en la cruz por el resto de nuestros días! ¡Oh, que la cruz nunca deje de ejercer su poder en nosotros ni siquiera por un día! ¡Oh, permitamos que la cruz haga en nosotros una obra cada vez más profunda cada día! Quiera el Padre abrir los ojos de nuestro entendimiento para que comprendamos el misterio escondido en la cruz de Su Hijo. “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gá. 6:14).

CAPITULO CUATRO

VIVIR POR FE

(Porción seleccionada)

“Mas el justo por la fe tendrá vida y vivirá” (Ro. 1:17). Esta es la norma que rige en la vida de los creyentes. Tenemos la tendencia de vivir motivados por lo que nos causa un gozo visible y por las bendiciones evidentes, pero la palabra de Dios nos dice que “el justo por la fe tendrá vida y vivirá”. Muchos creyentes anhelan recibir la revelación de Dios; ellos aspiran a una noble transformación y a experiencias del “tercer cielo”. Si bien algunos habrán de tener tales experiencias ocasionalmente, aún así, el justo deberá vivir por *fe*. La experiencia que tuvo madame Guyón respecto a su unión con Cristo en la vida divina, fue algo que se ve muy rara vez en la era presente. Ella pudo afirmar que su experiencia era tal, que para ella era simplemente imposible vivir ajena a la vida de Cristo. Ella pudo alcanzar tal nivel personal por medio de la fe y la negación de sí misma.

Muchos creyentes sufren debido a que no sienten la presencia de Dios. Como resultado de ello, claman a Dios con todo su ser, tal como un ciervo brama por las corrientes de las aguas. Pero la fe no consiste en percibir la presencia de Dios; tampoco significa amar a Dios de una manera emotiva, ni expresarse de forma exuberante. El justo por la fe tendrá vida y vivirá; únicamente por la fe.

Así pues, la fe es como un ancla, que da estabilidad a quien la tiene. La fe es real; la fe “da sustantividad”. La fe, además, es “la convicción de lo que no se ve”; por tanto, es palpable.

Es posible que quienes anden por fe experimenten un gozo externo. Pero no están en busca de ello, ni esto constituye su meta. Los sentimientos de gozo son simplemente las flores que sobresalen sobre las muchas hojas de un verde frondoso que cubre el sendero de la fe.

La fe puede lograr cosas que no se lograrían de ninguna otra manera. En primer lugar, la fe puede complacer a Dios: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios” (He. 11:6). Así fue la vida de nuestro Señor Jesús, pues El dijo: “Yo hago siempre lo que le agrada [al Padre]” (Jn. 8:29).

En segundo lugar, la fe produce fruto: “Que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron valientes en la guerra, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección...” (He. 11:33-35). Sin embargo, si bien se logran ciertos resultados, uno debe perseverar por fe. Uno debe creer en Dios y tener fe, ya sea *en luz o en oscuridad*. Uno

debe cumplir con su deber, avanzando de una tarea a otra. Se debe avanzar en el camino de la fe, aun cuando éste no sea un sendero extraordinario. Mientras uno avanza con dificultad en medio de la oscuridad, todavía deberá vivir —*vivir y laborar incesantemente*— por fe.

Si uno hace esto, la gloria lo rodeará. Sin embargo, aquellos que viven por fe no verán esta gloria ellos mismos. Muchas de las lecciones de la fe son muy profundas e intrínsecas. Moisés no se dio cuenta de que su rostro resplandecía, pero aquellos que vieron su gloria fueron bendecidos.

Cierta vez, una misionera volvió a su país vistiendo prendas muy opacas y desteñidas. Cuando una jovencita la vio vestida así, sintió lástima por la misionera. Esta misionera se volvió y miró a la jovencita, quien al ver su rostro, de inmediato fue llevada a pensar en Dios, aunque la misionera no le dijo ni una sola palabra. Aquella jovencita nunca pudo olvidar aquel momento. Se trataba de una joven muy brillante, que se había propuesto obtener muchos títulos académicos; pero, a la postre, cambió de opinión y se convirtió en una servidora de Cristo. ¡El Señor es victorioso! Esa joven ahora está en Africa, cooperando en la salvación de muchos. Aunque aquella misionera no podía ver su propio rostro, las demás personas lo vieron y el Señor operó en ellas.

Es un hecho inalterable que aquellos que viven por fe tienen su mirada puesta en el Señor Jesús. Dios nos insta a poner nuestros ojos en el Señor Jesús, el Autor y Perfeccionador de nuestra fe. Si uno hace esto, habrá de reflejar —mediante sus palabras, actitud y semblante— a Aquel a quien está mirando. Tal vida es indescriptible; simplemente podemos afirmar: el justo vivirá por fe.

CAPITULO CINCO

LA FUENTE DE LA FE

La fe tiene una fuente. Esta fuente no se haya en los santos, sino en Dios. Si la fuente de la fe se hallara en los creyentes, sería una fe muy frágil. ¿Quién puede tener fe? Muchos hijos de Dios se entristecen por no poseer una fe mayor. Algunos de ellos no sólo carecen de una fe mayor sino incluso carecen de un poco de fe. A menudo reconocemos que carecemos de fe. Constantemente anhelamos tener más fe, a fin de confiar en Dios y lograr que El realice grandes milagros en beneficio nuestro. Anhelamos poseer una fe de carácter práctico, que nos permita encomendar todas las cosas a Dios fácilmente y con tranquilidad. Muchas veces pensamos: “Si tan sólo pudiera tener mayor fe, entonces todo estaría bien”. Frecuentemente exclamamos con admiración: “Si tan sólo tuviera la fe de Fulano o Mengano, entonces todo estaría en buen orden”. ¿Cuántas veces le hemos pedido al Señor que aumente nuestra fe? Entonces, ¿por qué seguimos careciendo de fe? ¿Acaso esta fe es sólo para un grupo privilegiado de creyentes? ¿Será verdad que no podemos tener una fe mayor? En el Señor, sí existe una manera; pero sólo aquellos que anhelan fe, podrán obtenerla.

Hoy en día, muchos santos claman por obtener una fe mayor. Pero, ¿de dónde viene tal fe? Los santos aspiran a tener una fe mayor *por sí mismos*. ¿Será éste un error? Sí, el error de ellos es que buscan obtener esta fe *en sí mismos*. Así pues, buscan fe en la fuente equivocada. ¡No es ninguna sorpresa que nunca la obtengan!

Todos nosotros nos preguntamos: “¿Tengo yo fe?”. “¿Puedo yo confiar en Dios con respecto a tal o cual asunto?”. “¿Es mi fe suficiente?”. La respuesta a estas preguntas siempre ha sido “No” y “¡No puedo!”. ¡Este es un gran sufrimiento! Pero nosotros no deberíamos hacernos tales preguntas. *Nosotros no somos la fuente de la fe*, así que *no debemos* esperar hallar en nosotros mismos una fe mayor. Cuantas más preguntas nos hacemos al respecto y más escudriñamos y examinamos en nuestro interior, ¡más sentimos que no tenemos fe o que nuestra fe es muy pequeña! ¿A qué se debe esto? Esto se debe a que nosotros no somos la fuente de la fe. Ya que la fuente de la fe no está en nosotros, no podremos obtenerla si la buscamos en nosotros mismos. Por tanto, debemos aprender esta lección: que la fe no se origina en nosotros. Por ello, si nos analizamos a nosotros mismos, jamás podremos percibir o sentir que tenemos fe.

La Palabra de Dios nos dice cuál es la fuente de la fe: “...Por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Ef. 2:8). Este versículo de la Biblia es muy claro: la fe nos es dada por Dios. Encontramos palabras parecidas en Hechos 3:16: “La fe que viene por medio de El”. Por tanto, debemos saber que la fe se origina en Dios y no en nosotros. Esto quizás pueda parecernos una verdad bastante común y ordinaria, con la cual todos nosotros estamos bien familiarizados. Pero en realidad, son pocos los que verdaderamente están conscientes de la importancia de conocer cuál es la fuente de la fe. Si en verdad entendiéramos que Dios mismo es la fuente de nuestra fe, nunca nos preguntaríamos:

“¿Tengo suficiente fe?” o “¿Tengo fe?”. Estas preguntas indican que aún no hemos entendido que *Dios* es la fuente de nuestra fe, pues, si realmente entendiéramos esto, no haríamos tales preguntas.

Dios es el dador de la fe; El es la fuente de la fe. Aún así, el hecho de que Dios sea la fuente de la fe no significa simplemente que El nos da la fe; más bien, significa que los hombres obtienen la fe o que su fe aumenta, por medio de Dios, ya que Dios es la fuente de la fe. En otras palabras, la razón por la que los hombres tienen fe u obtienen más fe se debe a que Dios es de una naturaleza tal, que resulta fácil para los hombres confiar en El.

¿Qué quiere decir esto? Esto significa que no tenemos que preguntarnos: “¿Tenemos fe?” o “¿Tenemos suficiente fe?”. Estas no son las preguntas cruciales. Dichas preguntas nos mantendrán en tinieblas y desalentados. Más bien, debiéramos preguntarnos: “¿Es *Dios* confiable? ¿Es *El* honesto? ¿Es *Dios* digno de confianza? ¿Quebrantaría *El* Sus promesas? ¿Son reales el poder y el amor de *Dios*?”. Debido a que siempre estamos pensando en nosotros mismos, cuanto más nos escudriñamos, más descubrimos que en nosotros mismos no tenemos fe. Pero si en lugar de ello nos centramos en Dios, descubriremos que la fe surge espontáneamente. La fe no se origina en nosotros mismos. ¡No debe sorprendernos entonces, que cuando nos examinamos a nosotros mismos no encontramos nada de fe! Definitivamente, la fe se origina en Dios. Así que, cuanto más fijemos nuestra mirada en Dios, cuanto más contemplemos a Dios y meditemos en El, más fe tendremos.

Quizás un ejemplo nos ayude a entender mejor esta lección. En cierta ocasión, unos hermanos acudieron a mí para conversar acerca de este tema, el tema de la fe. Ellos sentían que tenían muy poca fe. Pero yo les dije que su fe no era pequeña, sino que *su Dios* era muy pequeño; si querían una fe mayor, necesitaban un Dios más grande. Les dije que tener fe significa que encomendamos nuestro ser y todos nuestros asuntos a otra persona. Así pues, creer en Dios significa entregarnos a Dios y encomendarle a El nuestros asuntos, confiando en que El habrá de encargarse de tales asuntos por nosotros. Les pregunté: “Cuando ustedes le encomiendan sus asuntos a otra persona, se preguntan acaso: ¿Tengo yo fe como para confiar en esta persona? ¿Será *mi* fe suficiente como para confiar en ella?”. No, nunca se hacen esta clase de preguntas. Más bien, se preguntan: “¿Puedo fiarme de esta persona?”, y no: “¿Tengo yo fe en ella?”. Supongamos que usted es dueño de una tienda y contrata un administrador a quien le encarga su negocio. Cuando usted contrata a dicha persona, *no* se pregunta: “¿Tengo yo fe en esta persona? ¿Será *mi* fe demasiado pequeña? ¿Necesito yo tener más fe en esta persona?”. En lugar de ello, usted se pregunta: “¿Puedo fiarme *de esta persona*? ¿Es *ella* honesta? ¿Es *esta persona* leal y confiable?”. Puesto que encuentra que esa persona es honesta, digna de confianza y leal, usted *espontáneamente* le encomienda su negocio. Usted no tiene que preguntarse si tiene fe o si su fe es lo suficientemente grande.

Debemos confiar en Dios de la misma manera. No tenemos que preguntarnos: “¿Tengo fe? ¿Es mi fe lo suficientemente grande? ¿Cuánto deberá aumentar mi fe?”. Más bien, lo que tenemos que preguntarnos es lo siguiente: “¿Es *Dios* honesto? ¿Es *Dios* fiel? ¿Es *El* digno de confianza? ¿Se arrepentirá *Dios* de Su promesa y no cumplirá Su palabra?”. Si *Dios* es honesto, fiel y digno de confianza, y si *El* promete y cumple Sus promesas, entonces, ciertamente no necesitamos escudriñarnos ni examinarnos a nosotros mismos para ver si tenemos fe; más bien, espontáneamente nos entregaremos completamente a Dios y

encomendaremos todos nuestros asuntos a El. En esto consiste la fe. La fe no se origina en nosotros mismos. La fe es la confianza que surge del hecho de que *la otra persona* es honesta, estable, digna de confianza y fiel. Por lo tanto, lo que hace falta no es una fe más grande, sino un Dios *más grande*.

La mayor parte del tiempo no nos atrevemos a entregarnos a Dios ni a encomendarle nuestros asuntos, con el pretexto de que nuestra fe es muy pequeña. En realidad, la razón por la que no nos atrevemos a encomendarnos a Dios, no es ni la falta de fe ni lo escaso de ésta. Antes bien, lo que sucede es que pensamos que Dios no es confiable. Si Dios es fiel, ¿por qué no confiamos en El? Si Dios es digno de confianza, ¿por qué no depositamos nuestra confianza en El? Si Dios es leal, ¿por qué no dependemos de El? Si Dios siempre cumple Su palabra, ¿por qué no confiamos en El según Su promesa? Abrigamos el temor de que Dios sea una persona contradictoria, desleal, deshonesto y que no cumple Sus promesas. Este es el verdadero motivo por el cual no tenemos fe. Es tiempo de confesar nuestros pecados. Sabemos que el banco es honesto y confiable y por ello depositamos allí nuestro dinero. La pregunta que hacemos es si el *banco* es honesto; no preguntamos si *nosotros* tenemos fe en el banco. Cuando un bebé está en peligro, él se calma y su temor termina en cuanto toca la mano de su padre o reconoce el rostro de su madre. El no confía en ninguna otra persona, porque nadie más es digno de su confianza. El bebé confía en sus padres porque ellos son dignos de confianza.

¡La fe es algo natural y espontáneo! Surge *espontáneamente* y sin vacilar debido a que ponemos nuestra confianza solamente en aquellos que consideramos dignos de confianza. No necesitamos una fe más grande, sino que necesitamos conocer la fidelidad y lealtad de nuestro Dios. Si entendemos que Dios es la fuente de nuestra fe, ya no buscaremos fe en nosotros mismos. En lugar de ello, levantaremos nuestra mirada hacia Dios y procuraremos conocerle. Cuando nos demos cuenta de que Dios es absolutamente digno de confianza, nuestra fe espontáneamente crecerá. Si sabemos que Dios es fiel, confiaremos en El. Pero si consideramos que Dios no es de fiar, no pondremos nuestra confianza en El.

Nuestra fe tiene fundamento sólido debido a que se basa en Dios. No depositamos nuestra fe en nosotros mismos, sino en Dios. Tenemos que hacer la siguiente distinción: no creemos en *nuestra* fe, sino en Dios. El error que cometen algunos creyentes es que creen en sus propios sentimientos de fe más que en Dios mismo. Si ellos sienten que no tienen fe, entonces no confían en Dios ni le encomiendan nada. Y si ellos sienten que tienen fe, entonces con toda confianza le entregan sus asuntos a Dios. ¿Qué es esto? Esto no es creer en Dios. ¡Ellos creen en su propia fe! No debíamos tomar en cuenta tal fe. No debíamos inquirir o escudriñar para ver si tenemos fe, ni tampoco debíamos confiar en Dios únicamente cuando sentimos que tenemos fe. Más bien, debemos preguntarnos si nuestro Dios es digno de confianza. Si El es fiel —y ciertamente lo es—, ¿por qué no confiamos en El? Si razonamos de la siguiente manera: “En este momento no temo, porque tengo fe”, esto indica que estamos confiando en nuestra propia fe y no en Dios. Del mismo modo, si decimos: “No le puedo encomendar estos asuntos a Dios porque me falta fe”, esto no quiere decir que no creamos en Dios, pero sí pone de manifiesto que en ese momento estamos dudando de nuestra propia fe. Fracasamos en no confiar en Dios, no porque El no sea digno de confianza, sino porque nosotros no tenemos fe. El problema no reside en Dios, sino en el hombre. Tal vez sea cierto que usted carece de fe, pero ¿será Dios infiel? Si *Dios* es fiel,

¿por qué no confía en El? Usted solamente debe tomar en cuenta a Dios, y no a sí mismo. Si Dios es digno de confianza, entonces espontáneamente usted confiará en El. De otro modo, aún si usted tuviera fe, sería en vano. No confíe en su propia fe, pues su fe no es digna de confianza. En lugar de ello, confíe en Dios. “Porque yo sé a *quién* he creído”; por tanto, “*estoy persuadido* de que es poderoso para guardar mi depósito” (2 Ti. 1:12).

La Biblia no solamente nos dice que Dios es la fuente de nuestra fe, sino también que *la palabra de Dios* es la fuente de nuestra fe: “Así que la fe proviene del oír, y el oír, por medio de la palabra de Cristo” (Ro. 10:17). ¿Por qué digo primero que la fe se origina en Dios y después afirmo que la palabra de Dios es la fuente de la fe? Esto nos conduce a ver lo maravillosa que es la palabra de Dios. ¿Cómo conocemos a Dios? Le conocemos por medio de la palabra que El nos habla. Su Palabra nos revela el anhelo de Su corazón. Cuando comprendamos Su palabra, conoceremos lo que El prometió y lo que El desea hacer, así como lo que no desea hacer. Sólo por medio de la palabra de Dios, la Biblia, podemos conocer lo que Dios ha prometido. Si conocemos Su promesa, confiaremos en El conforme a Su promesa y basado en ello rogaremos a El en oración. Pero si no hemos recibido la palabra de Dios, no tendremos absolutamente nada. “¿Cómo, pues, invocarán a Aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en Aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien proclame?” (Ro. 10:14). Si no hemos recibido la promesa de Dios sino que, sin reflexionar, creemos en El, entonces caeremos en cierta clase de superstición. La fe tiene que estar basada en algo. Creer sin reflexionar al respecto, sin fundamento alguno, es superstición, y nadie recibe beneficio alguno de esta clase de fe. Si mi padre me promete algo, yo creo firmemente que él habrá de dármele. Este acto de fe es sólido, debido a que mi fe está basada en la promesa de mi padre. Si mi padre no me hubiera prometido nada y aún así yo me empeño en creer que él habrá de darme algo, éste no es un acto de fe, sino que simplemente estoy soñando, puesto que creo en algo que sólo existe en mi propia imaginación. Basados en este ejemplo, podemos ver la relación que existe entre la fe y la promesa.

Las promesas de Dios se hallan únicamente en Su palabra, la Biblia. A fin de conocer las promesas de Dios, tenemos que conocer la Palabra de Dios. Sin las promesas de Dios, nuestra fe no es verdadera fe. Las promesas están contenidas en la Palabra de Dios. “Así que la fe proviene ... por medio de la palabra de Cristo” (Ro. 10:17). Ya dijimos que debemos creer en la fidelidad de Dios, en el hecho de que El es digno de confianza y digno de fiar. También dijimos que si conocemos a Dios, espontáneamente tendremos fe. Todo esto se relaciona con las promesas de Dios, es decir, con Sus palabras. Si Dios no hubiera prometido nada, ¿cómo podríamos saber si El es fiel? El tiene que prometer algo, a fin de que podamos hablar de Su fidelidad.

¿Qué es la fe? La fe es asirse de lo que Dios ha dicho y orar pidiendo que la obra de Dios sea llevada a cabo. La fe es creer que aquello que Dios dijo, será hecho; es creer que Dios es fiel y que habrá de llevar a cabo lo que El anunció. No está en debate si nuestra fe es grande o pequeña. La cuestión es: si Dios ha prometido algo, ¿mentiría Dios y cambiaría de parecer? La única pregunta que debemos hacer es si creemos o no en la honestidad de Dios. Esto no tiene nada que ver con el hecho de que nuestra fe sea pequeña o grande.

Sabemos que Dios nos ama. Por tanto, no debemos dudar de que El está a nuestro favor. La Biblia nos muestra por lo menos dos aspectos en cuanto a las promesas de Dios: “[El es] poderoso para hacer todo lo que [ha] prometido” (Ro. 4:21). Dios es poderoso y cumple Sus promesas. Nuestro Dios no es un Dios débil y carente de poder que no pueda realizar lo que promete. Si éste fuera el caso, ¿qué valor tendrían Sus promesas? Si fuera así, todas Sus promesas serían vanas. Pero Dios no sólo es poderoso para prometer algo, sino que, además, El es poderoso para realizarlo. El puede llevar a cabo todo cuanto ha prometido. Cuando la Biblia se refiere a Su Persona, nos dice que Dios es “poderoso”. “Porque *poderoso* es el Señor para hacerle estar firme” (Ro. 14:4). “Y *poderoso* es Dios para hacer que abunde para con vosotros toda gracia” (2 Co. 9:8). “[El] es *poderoso* para guardar...” (2 Ti. 1:12). Abraham ofreció a Isaac porque él sabía que “Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos...” (He. 11:19).

Dios no solamente es poderoso para hacer lo que ha prometido, sino que El está resuelto a llevarlo a cabo. Si alguno es capaz de hacer lo que promete, pero aún así no cumple lo dicho, las promesas del tal persona son vanas. Dios no sólo es poderoso; El está resuelto a cumplir Sus promesas. “Porque fiel es el que prometió” (He. 10:23). “Si somos infieles, El permanece fiel; pues El no puede negarse a Sí mismo” (2 Ti. 2:13). Dios se ha propuesto cumplir en Sus hijos todas Sus promesas, todas y cada una de las palabras y las oraciones contenidas en ellas. Todo lo que El ha dicho, El lo cumplirá. Todo lo que El ha prometido, El lo llevará a cabo. De otra manera, Su deidad misma se vería amenazada. Puesto que El no se puede negar a Sí mismo, tiene que permanecer fiel, independientemente de cuáles sean las circunstancias. Si Sus promesas fueran vana palabrería, no podríamos confiarle a Dios todos nuestros asuntos ni podríamos encomendarnos a El. Pero si El ha hecho ciertas promesas, ¿cómo podríamos abrigar dudas, puesto que El es fiel y nunca dejaría de cumplir Sus palabras?

Por tanto, hermanos, les ruego que aprendan esta lección hoy. El fundamento de su fe no se halla en ustedes mismos. Nunca se pregunten: “¿Tengo fe? ¿Es suficiente mi fe?”. Es inútil hacerse tales preguntas. Cuanto más se hagan tales preguntas, menos fe tendrán. Por favor, pregúntenle a Dios. ¿Cuál es la promesa de Dios con respecto a este asunto? ¿Acaso el amor de Dios por ustedes ha sufrido alguna variación? ¿Habría El de quebrantar Su promesa? ¿Será El capaz de llevar a cabo lo que ha prometido? ¿Es Dios fiel? ¿Es El digno de confianza? Si se centran más en Dios mismo, no tendrán que fabricar su propia fe; más bien, la fe surgirá espontáneamente. Recuerden, ninguno de nosotros es fiel, y nuestra propia fe tampoco es digna de confianza. Sólo Dios es fiel.

CAPITULO SEIS

LA FE LLEVADA A LA PRÁCTICA

En la Biblia hay muchas promesas. Todas son reales y pueden ser disfrutadas por los creyentes.

Nuestro Dios es poderoso y rico. Las historias de la Biblia nos muestran cómo Dios obró a favor de Sus hijos y extendió Su brazo poderoso para salvarlos, protegerlos y guiarlos.

Dios nunca cambia, y Sus promesas son inalterables. Tanto Dios como Sus promesas permanecen para siempre. Después de considerar la obra realizada por Dios en el pasado, hemos comprendido que todas Sus promesas acerca del presente son dignas de confianza y fieles. Todas las promesas contenidas en la Biblia se fundan en el poder, amor y fidelidad de Dios. Si Dios no fuera inmutable, entonces Sus promesas podrían ser efímeras. Pero como Dios es inmutable (y le damos gracias y le alabamos por ello), las promesas de la Biblia permanecerán para siempre.

En la actualidad, el error que cometen los santos es que, en su mayoría, no esperan que Dios vaya a hacer algo por ellos. Muchos incluso creen que la era de los milagros ha terminado. Sin embargo, la Biblia es un libro para la era presente. Puesto que la Biblia es un libro para la era presente, los milagros registrados en ella no son solamente eventos del pasado. Muchos creyentes jóvenes, influenciados por el escepticismo que los rodea, piensan que los milagros únicamente eran posibles en los tiempos bíblicos, y que únicamente podían ocurrir en aquella época; por consiguiente, ya no abrigan expectativa alguna de ver tales milagros hoy en día. La razón por la que pensamos de este modo es porque carecemos de fe. Tenemos que comprender que todos los milagros mencionados en la Biblia pueden repetirse hoy. En este respecto, el asunto realmente importante es la fe de los creyentes.

A muchos les preocupa este tema. Hablan mucho acerca de la fe y declaran a todos que ellos creen. Pero el asunto realmente importante es cómo creen.

La fe es algo que podemos llevar a la práctica. La realidad de la fe puede probarse sólo cuando se lleva a la práctica. La fe no es algo abstracto, sino algo que puede ponerse en práctica. Por lo tanto, no debemos limitarnos a hacer declaraciones acerca de la fe, sino que debemos llevarla a la práctica. La fe no es meramente un término espiritual. “La fe es lo que da sustantividad a lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (He. 11:1). La fe consiste en dar sustantividad a algo y en tener la convicción y certeza de algo. Así pues, la fe constituye una expresión concreta de la vida cristiana.

Hablamos acerca de la fe y decimos que el hombre debe tener fe en Dios. Pero, ¿cómo debemos manifestar nuestra fe en Dios? Manifestamos nuestra fe en Dios por medio de las circunstancias concretas que nos rodean. ¿Qué es la fe? La fe consiste en un corazón que

confía en Dios en medio de circunstancias comunes y cotidianas. Por tanto, la fe no es algo abstracto, sino algo que podemos llevar a la práctica.

Si realmente tenemos fe en Dios, no debemos creer en El únicamente cuando nos enfrentamos con eventos extraordinarios, tareas imposibles o grandes riesgos. Esta es la manera en que los incrédulos actúan, pero no debiera ser la manera en que los hijos de Dios actúen. No sólo debemos conocer a Dios como nuestro Señor soberano, sino que también debemos conocerlo tal como un hijo conoce a su padre, pues estamos constantemente bajo Su cuidado y protección. Los poderes celestiales están de nuestra parte, apoyándonos a fin de que en todo podamos vencer mediante el poder divino.

La fe tiene que ser puesta en práctica. ¿Pero cuándo debemos hacer esto? Ciertamente debemos ponerla en práctica cuando nos encontramos en circunstancias difíciles y peligrosas. Pero aún en días ordinarios, es necesario que ejercitemos nuestra fe. Si los hijos de Dios no son capaces de encomendar su cuerpo a Dios cuando se enferman, ¿quién les creará cuando afirman que tienen fe? Si los creyentes no son capaces de confiar en Dios en cuanto a la provisión de sus bienes materiales, ¿acaso puede verse la fe de ellos? Si los creyentes no pueden confiar en la soberanía de Dios con respecto al empleo, ¿puede ayudarles la fe que profesan? Y si tampoco pueden confiar en Dios con respecto a sus problemas familiares, ¿de qué les sirve su fe? Si cuando laboran para salvar a los pecadores, los creyentes no son capaces de confiar en Dios, sino que tienen que recurrir a sus propias fuerzas y a métodos propios del mundo, ¿qué clase de fe es ésta? La fe es algo que tiene que ser llevado a la práctica, que puede aplicarse en la práctica. Por medio de la fe, podemos aplicar todas las promesas de Dios y hacer que éstas se cumplan en nosotros de manera concreta.

Dios ha prometido ser *Jehová-Rofeka* (hebreo); El es nuestro Sanador (Ex. 15:26). Si esto es verdad, ¿por qué no disminuye lo que los creyentes gastan en cuidados médicos? Muchos aseguran que no están depositando su confianza en los médicos sino en Dios, para que El sane sus enfermedades a través de los medicamentos. Sin embargo, este asunto tiene que ver con el corazón. En nuestro corazón, ¿en quién confiamos? El mejor examen consiste en preguntarnos lo siguiente: Si verdaderamente tenemos fe, ¿estaríamos dispuestos a confiar únicamente en Dios sin el uso de los medicamentos? Si no somos capaces de hacerlo, me temo que no somos veraces al afirmar que confiamos en Dios a la vez que usamos los medicamentos. Si no somos capaces de confiar en Dios sin usar medicamentos, entonces no confiamos en Dios cuando los usamos. Son muchas las ocasiones en las que al caer enfermos, no hemos pensado en Dios, sino que hemos buscado sanidad aparte de Dios. Aun cuando la medicina en sí misma no es perjudicial, en este sentido, sí resulta perjudicial para el hombre. Si no podemos confiar en Dios cuando nos enfermamos, ¿entonces cuándo confiaremos en El?

Son muchos los que no están dispuestos a perder, por causa del Señor, la posición en que se encuentran. Ellos temen que si pierden su actual posición, después no podrán obtener otra. ¿Acaso la mano de Jehová se ha acertado y el Dios Altísimo no es capaz de planificar y proveer para nosotros? Muchos hijos de Dios han puesto a prueba a Dios en este respecto, y a la postre han descubierto que Dios es digno de confianza.

El dinero es otro asunto muy importante. La Biblia enseña que los creyentes no debieran estar endeudados (Ro. 13:8). Aún así, ¿cuántas veces nos hemos endeudado al encontrarnos en circunstancias precarias? Si tenemos fe en Dios, una fe realmente práctica, ¿cómo podemos hacer algo que es contrario a la enseñanza de las Escrituras? ¿Por qué no somos capaces de esperar quietos a que el Señor nos abra un camino? Si Dios es el Dios que alimenta a los gorriones y cuida de los lirios, ¿no podrá encargarse El de nuestro vestido y alimento? Si El cuidó de los millones de israelitas en el desierto y les suministró abrigo y alimento en medio de circunstancias difíciles, ¿acaso no podrá cuidar de nosotros? ¿Ya no hay maná ni codornices hoy en día? En realidad, los cuervos que llevan la provisión de Dios están volando por todas partes. El verdadero problema es que los santos —ya sea que estén pasando por años de abundancia o años de escasez— no han vuelto sus ojos a Dios, y por ello, no ven la obra que Dios realiza. Deberíamos hacer una de dos cosas: o dejamos de hablar acerca de la fe, o llevamos a la práctica la fe de la que hablamos.

¡Una familia siempre tiene que enfrentarse a numerosos problemas y dificultades! Pero, ¿cuántos santos confían en Dios para resolver sus asuntos familiares? Si es verdad lo que dijo Job, que: “Si El diere reposo, ¿quién inquietará?” (Job 34:29), entonces, ¿por qué no habríamos de confiar en Dios? ¿Cuántas veces acuden los santos a Dios mediante la oración a fin de encomendarle a El sus asuntos familiares?

Si verdaderamente confiamos en Dios, ¿por qué entonces nos invade el temor y la confusión al enfrentar situaciones de riesgo? ¿Acaso nuestro Señor no es Señor sobre todas las cosas? Si el universo entero está bajo Su dirección, ¿acaso El no hallará la manera de librarnos?

Si analizamos nuestra vida diaria, ¿descubriremos en verdad cuánta fe tenemos! Hacer vanas declaraciones de fe no nos será de ayuda. La fe se manifiesta en las cosas pequeñas que hacemos en nuestra vida diaria.

La Biblia está llena de promesas. Para cada asunto, hay una promesa en la Biblia que nos garantiza que Dios obrará en beneficio nuestro. Siempre y cuando tengamos fe, Dios actuará en beneficio nuestro.

CAPITULO SIETE

PLATICAS SOBRE LA FE

Las obras sin fe, son muertas. Del mismo modo, la fe sin obras es muerta. Esto es verdad con respecto a la salvación de los pecadores, y también es cierto con respecto a la vida que llevan los creyentes. Hoy centraremos nuestra atención en las obras de fe de los cristianos. La fe de los creyentes se expresa por medio de sus obras. Lo que hacemos, expresa lo que creemos. Si nuestra fe y nuestras obras se contradicen entre sí, ciertamente algo está mal con respecto a nuestra fe. Muchos creyentes no saben cómo creer ni cómo expresar su fe. En realidad, éste es un asunto muy sencillo. La fe se expresa por medio de las obras. “La fe actuó juntamente con sus obras, y ... la fe se perfeccionó por las obras” (Jac. 2:22). Supongamos que un creyente profesa su fe sólo con palabras, entonces: “¿De qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?” (v. 14). Según esta enseñanza bíblica, si con relación a cierto asunto creemos en Dios, debemos realizar obras de fe al respecto. De otra forma, nuestra fe no nos ayudará a obtener la liberación de Dios en cuanto a ese asunto.

Esto implica dos cosas: (1) que nuestras obras demuestran nuestra fe, y (2) que nuestras obras perfeccionan o complementan nuestra fe.

Si tenemos fe, debemos realizar las obras que corresponden a tal fe. Si un hombre cree que su casa se está incendiando, ciertamente no se quedará tranquilo dentro de ella. Si se queda sentado en la sala, esto quiere decir que en realidad él no cree que su casa esté en llamas. De igual modo, si encomendamos algún asunto al Señor y creemos que El obrará a favor nuestro, nuestra actitud en cuanto a dicho asunto ciertamente cambiará mucho. Si un hombre afirma creer que Dios obrará a su favor y, sin embargo, está muy afanado haciendo planes y se halla preocupado y ansioso, entonces su fe debe ser falsa. “Porque los que hemos creído entramos en el reposo” (He. 4:3). La fe y el reposo son inseparables. Siempre que creemos, nuestro corazón está en reposo. Pero si nuestro corazón está inquieto y turbado, y tenemos temor de esto y aquello, y permanecemos temerosos y confundidos esforzándonos en tramar, planificar, tomar resoluciones, solicitar ayuda, pedir auxilio y maniobrar, entonces, todo ello muestra que en realidad no hemos creído. Cuando uno cree, descansa. Así que, si una persona cree, dejará de preocuparse y de planificar afanosamente. En lugar de ello, será como un bebé destetado que reposa en el seno de su madre. Nuestra fe debe estar acompañada de obras, y el primer paso para realizar las obras de la fe consiste en detener nuestras propias obras y reposar en el amor, la sabiduría y el poder de Dios.

Esta clase de reposo es algo muy real, genuino y natural. No se trata de pretender estar en calma, ni de dominarse uno mismo; tampoco es cuestión de actuar como si nada hubiera pasado. La fe trae consigo reposo, ya que nos hace saber que Dios está de nuestra parte. “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Ro. 8:31). Por tanto, en El hallamos reposo. Además, reconocemos nuestra incapacidad, y sabemos que nada podemos lograr mediante nuestros propios designios y laboriosas tramas. La fe no se apoya en sí misma; más bien, la

fe descansa en Dios. Sólo aquellos que poseen esta clase de reposo, tienen verdadera fe. Quienes no poseen tal reposo, en realidad no tienen fe. Todo aquello que es forzado no corresponde a la fe. La fe surge espontáneamente. Si vemos a cierta persona, sabemos sin duda que ella está presente. ¿Acaso tenemos que imaginarnos que ella está presente? ¿Tenemos que esforzarnos por creer que dicha persona está frente a nosotros? ¿Es necesario argumentar e investigar para comprobar la realidad de tal hecho? No. En menos de un segundo, creemos espontáneamente en tal hecho. No hay necesidad de que nos esforcemos por creer. Sucede lo mismo con toda clase de fe. La fe se origina en Dios; ella hace que nuestros ojos espirituales perciban la realidad. Como resultado de ello, creemos. Si vemos y conocemos algo, espontáneamente creemos en ello. La fe da como resultado el reposo, y tal reposo no resulta de predicciones, sino de un conocimiento anticipado. Ejercitamos nuestra fe al confiar y descansar, y reposamos en la fe. Así pues, la fe es algo espontáneo. Aquello que no sea espontáneo, no es fe.

Por supuesto, existen falsificaciones para todo. Es posible falsificar todas y cada una de las experiencias espirituales de los creyentes. Si los creyentes no son cuidadosos, serán engañados. Ni siquiera la fe escapa a este riesgo. En muchas ocasiones Satanás engaña a los creyentes haciendo que ellos tengan una paz falsificada y que confíen en sí mismos, cuando, en realidad, es en ellos mismos donde reside el verdadero problema. Es posible que estemos convencidos de que Dios hará cierta obra. Y cuando Dios no actúa, la duda viene y entonces tropezamos. Los creyentes deben comprender que la fe verdadera es dada por Dios con miras al cumplimiento de *Su voluntad*. Siempre que Dios nos da fe, también nos da *evidencias* que respaldan dicha fe. La fe no depende de lo que nosotros pensamos o de cómo nos sintamos, sino de lo que Dios haya dicho. A veces El nos habla por medio de la Palabra santa, en la cual nos revela Su pensamiento o Su parecer con respecto a cierto asunto, y nos da alguna promesa. La fe nace precisamente de tal promesa. Otras veces, El opera en nuestro espíritu, revelándonos Su voluntad y dándonos Sus promesas. Así, espontáneamente recibimos la fe que El nos da. La fe que Dios nos da es inseparable de Sus promesas. Sin embargo, esto no se refiere a todas las promesas contenidas en la Biblia. Más bien, depende de la promesa en particular que Dios nos haya dado. Esto tampoco se refiere a todas las sensaciones que tengamos en nuestro espíritu. Más bien, se refiere a las promesas en las cuales la revelación recibida en nuestro espíritu no contradice la enseñanza de la Biblia. Únicamente son reales las promesas bíblicas que Dios nos haya hablado y que hayamos percibido en nuestro espíritu. Solamente la fe nacida de dichas promesas es de fiar. Toda fe verdadera depende no de lo que nosotros pensemos, sino de lo que Dios ha *dicho*.

Todo lo dicho anteriormente tiene como objetivo mostrar que nuestras obras deben comprobar nuestra fe. Ahora, consideraremos lo que significa que nuestras obras perfeccionen o complementen nuestra fe.

Cuando creemos en Dios, espontáneamente dejamos de preocuparnos y esforzarnos. Debido a que nos *negamos* a hacer estas cosas, en este aspecto la obra de la fe tiene un sentido *negativo*. Así que, tales obras de fe son importantes y necesarias, pero no son suficientes. Después de haber obtenido la fe, aún necesitamos que la fe obre en un sentido positivo o edificante. Ya mencionamos que hay ciertas cosas que no debemos hacer. Ahora, en virtud del poder de Dios, debemos hacer ciertas cosas; tales obras edificantes deben

corresponder a nuestra fe. Aún más, dichas obras perfeccionan o completan nuestra fe y, por consiguiente, mediante ellas podemos recibir las bendiciones prometidas por Dios mucho más pronto. No es cuestión de ser apresurados en nuestra carne, sino de expresar la fortaleza del poder que reside en nuestro espíritu. Dios quisiera darnos inmediatamente lo que necesitamos. Pero, si la muerte de nuestra vida natural no es suficientemente sustancial ni profunda, recibir una respuesta inmediata sólo causaría que nuestra vida del alma sea fortalecida. Por consiguiente, Dios tiene que demorar el cumplimiento de Su promesa hasta que nuestra propia vida natural haya perdido toda posibilidad de estar activa nuevamente. Así que, las obras positivas de la fe constituyen un golpe mortal para la vida del yo, y son la expresión del vigor característico de la fortaleza espiritual. Por ello, estas obras acelerarán el cumplimiento de las promesas de Dios. ¿En qué consisten las obras edificantes de la fe? Consisten en que andemos y actuemos *dando por cierto* que ya hemos recibido las promesas de Dios. En otras palabras, creemos que cierta promesa ya ha sido cumplida, y nos comportamos dando por cierto que es un hecho consumado. Consideremos algunos aspectos de esto.

Supongamos que usted se encuentra enfermo. Quizás Dios le prometa a usted personalmente que será sanado. Por el lado negativo, usted debe descansar en las obras de Dios y no debe obstaculizar Su obra introduciendo métodos o medios humanos. Más bien, debe encomendarse en las manos del Altísimo, sin abrigar dudas ni preocupaciones. Por el lado positivo, hay una serie de pasos importantes que usted debe dar. Primero, debe andar como si ya hubiese sido sanado. No tiene que esperar a estar realmente sano para considerarse sano. En el momento en que Dios le da la fe para creer que ha sido sanado, es ese mismo instante usted ha sido realmente sanado. Y si ha sido sanado, usted debe conducirse como una persona sana. Por tanto, cuando reciba la fe, debe preguntarse: “¿Cómo debo actuar si he sido sanado y restaurado por Dios? ¿Debería quedarme en cama durante un tiempo prolongado, o debería levantarme y caminar?”. Así que, usted debe caminar como si fuera una persona sana. No obstante, esto debe ser hecho después que usted haya recibido una promesa específica de parte de Dios, y tiene que llevarlo a cabo depositando toda su confianza en Dios. De otro modo, el resultado será un fracaso.

Esto mismo es cierto con respecto a confiar en Dios para nuestro sustento diario. Aunque en ocasiones podamos padecer necesidad, hemos fijado nuestra mirada en la fuente, y no en el cántaro. No debemos preocuparnos ni ser tentados a pedir prestado (Ro. 13:8). De hecho, regidos por el principio que Dios estableció en cuanto a dar, debemos seguir siendo generosos. Si confiamos en Dios cuando estamos en pruebas, no debemos contárselo a los demás, ni dar indicios de que queremos la ayuda de otros, ni tampoco debemos recurrir a otros métodos. Antes bien, debemos andar como si nada hubiera pasado. En cuanto a otros asuntos, tales como la armonía familiar, nuestras ocupaciones, medios de subsistencia, sufrimientos, riesgos a los que estamos expuestos y otros asuntos similares, debemos ser regidos por el mismo principio. Debemos comprender que Dios no sólo está interesado en nuestros asuntos espirituales, sino que El se preocupa igualmente de muchos otros asuntos relacionados con nuestro bienestar físico. Esta es la característica propia de la fe: la fe no espera a que algo se realice para creer en ello, puesto que entonces ya no sería necesaria la fe. Ejercitamos nuestra fe antes de que algo sea realizado y, basados en las promesas de Dios, damos por cierto que ya ha sido hecho. La enseñanza del Señor Jesús con respecto a la fe es: “Creed que las habéis recibido, y las obtendréis” (Mr. 11:24). La fe no consiste en

creer después de haber recibido, sino en creer que ya lo hemos recibido, aun antes de haberlo recibido. Este es el aspecto más profundo de la ley de la fe. No obstante, hemos dicho que la fe tiene que ser expresada por medio de obras. Por tanto, cuando uno cree que ha recibido algo de parte de Dios, debe conducirse como si en realidad lo hubiese recibido.

Esta manera de obrar es muy espontánea. Los ojos de la fe no ven los nubarrones en el firmamento, sino que ven el sol inmutable que está detrás de tales nubes negruzcas. Nuestros ojos físicos solamente pueden ver la oscuridad presente, pero los ojos de la fe pueden ver la luz. No es que nuestros ojos imaginen algo sino que, de hecho, lo ven. ¿Acaso la luz que tales ojos ven no es más real que las tinieblas que este mundo ve? Por eso, la fe menosprecia todo peligro, sufrimiento y prueba, debido a que sabe cuál será el final. Las obras de la fe no implican correr riesgos, sino que son acciones seguras y prácticas. La fe ve lo que otros no ven. Si bien los demás consideran tales acciones como peligrosas, se trata de “riesgos” acerca de los cuales se ha pensado detenidamente, se ha orado acerca de ellos, se ha recibido la promesa de Dios y se ha tomado en cuenta lo que enseña la Biblia al respecto. Si una persona no ha recibido en su espíritu la enseñanza de las Escrituras ni la promesa del Espíritu Santo, entonces ciertamente sería un riesgo obligarse a sí mismo a actuar de esta manera. Pero si un creyente verdaderamente ha recibido la revelación de Dios y tiene fe, sus actos serán espontáneos y sin fingimiento debido a que serán el resultado natural de su fe. Aunque muchos creyentes aún no han escuchado estas enseñanzas, Dios ya los ha venido conduciendo por este camino. Si las obras de nuestra fe son deliberadas, artificiales y fingidas, esto indica que aún no hemos aprendido la lección de la fe. Si bien todas las obras de la fe escapan al raciocinio humano, ellas se llevan a cabo según el principio que rige la vida diaria del creyente. Alguien que ha recibido las promesas de Dios sabe lo que habrá de suceder y, por tanto, actúa antes que los demás. Generalmente, las acciones nacidas de nuestra fe glorifican a Dios.

CAPITULO OCHO

LA FE

Según la Biblia, Dios exige fe de Sus hijos. Sin fe, no podemos agradar a Dios. Es únicamente por medio de la fe que podemos recibir todas las bendiciones espirituales, así como todo lo provisto por Dios en nuestras circunstancias. Nos asombra que Dios considere tan importante la fe de los creyentes. Según la Biblia, todos los aspectos de la salvación completa que Dios efectúa, sin excepción alguna, son obtenidos por medio de la fe. Una cosa es cierta: Dios aborrece las obras del hombre, ya sean aquellas realizadas por un pecador o por un creyente. Dios aborrece todo cuanto procede de nosotros mismos, todo cuanto sea hecho en independencia de Dios mismo y todo cuanto hayamos hecho conforme a nuestras propias determinaciones y deseos mediante nuestro esfuerzo propio. Ciertamente muchas de estas cosas parecen buenas a los ojos del hombre; sin embargo, Dios las aborrece. El Señor Jesús dijo que sólo hay uno bueno: Dios. A los ojos del Dios, ninguno es bueno. Por tanto, todo lo que no sea conforme a la voluntad del buen Dios, así como todo lo que no haya sido hecho mediante el poder del buen Dios, no es bueno, sino que es pecado. Ciertamente nada es bueno, excepto Dios mismo. Por este motivo, toda obra realizada aparte de la voluntad y el poder de Dios, no es buena. Así que, todo lo que un creyente haga, tiene que provenir de Dios y ser realizado por medio de El.

Al respecto, resulta pertinente considerar el tema de la fe. La fe tiene dos principios fundamentales: (1) detener lo que el hombre hace por sí mismo, y (2) esperar a que Dios obre. Generalmente se piensa que la fe consiste en creer en la obra de Dios, depender de ella y esperar en ella. Pero hay otro paso que debemos dar antes de esto, el cual consiste en detener las obras del hombre. Detener nuestras propias obras forma parte de la obra que realiza la fe. Esperar a que Dios obre es algo que sucede en el ser interior de un creyente y, por tanto, no es algo visible. Pero detener nuestras obras es algo externo que, a veces, se puede ver. De hecho, el logro más grande de la fe no consiste en lograr que Dios opere a favor del creyente, sino en lograr que éste deje de obrar.

No se puede recalcar lo suficiente la importancia de este primer paso. Dios nunca ha permitido que Su obra se mezcle con las obras procedentes de la carne del hombre. Dios exige que los creyentes detengan completamente todo aquello que proceda de su yo, ya sea lo que corresponda a sus propias determinaciones o a sus propias capacidades. Dios desea que los creyentes confíen plenamente en El y se encomienden a El. ¿Cómo se manifiesta tal corazón que confía en Dios? Se manifiesta en la completa inmovilidad y quietud del yo. Este es el primer paso de la obra que la fe realiza. ¿Acaso alguien sigue esforzándose hasta el cansancio planificando y laborando después que le ha encomendado su trabajo a un amigo? Si Dios realmente es digno de confianza y Su poder es suficiente, ¿necesitará todavía de nuestra ayuda? Y si verdaderamente creemos que Dios obra a nuestro favor, ¿por qué todavía estamos ansiosos? ¿Es acaso porque tememos que Dios no haga un buen trabajo? Si es así, significa que todavía no hemos creído. La fe exige que estemos en completo reposo. En dicho reposo, nuestro corazón está libre de toda ansiedad, y nuestro

cuerpo libre de toda labor. Si nuestro ser aún está inquieto, ya sea que nos sintamos ansiosos o que laboremos demasiado, ello constituye indicio de que no tenemos fe. El primer principio de la fe es el de detener nuestras obras. Si todavía estamos preocupados por lo miserable de nuestra condición y por lo difícil de nuestras circunstancias, esto significa que hasta ahora no hemos confiado realmente en Dios. Si al laborar seguimos dependiendo de nuestra propia capacidad, de nuestras propias fuerzas, de nuestras amistades y contactos, y de nuestra fina percepción, esto significa que aún no nos damos cuenta de nuestra absoluta inutilidad; todavía no hemos encomendado por completo todos nuestros asuntos a Dios. Una vida de fe es una vida que rechaza todo lo que procede del yo. Los actos de fe no son sino actos en los que nos negamos a nosotros mismos. La fe requiere que abandonemos nuestra mezquindad y las preocupaciones propias de ésta. La fe también requiere que renunciemos a valernos de nuestras propias capacidades y que dejemos de laborar confiando en tales capacidades. La primera manifestación de la obra de la fe consiste en detener completamente nuestro obrar.

Es interesante notar que esta clase de fe no procede del propio creyente. Puesto que la fe de nuestra salvación inicial nos fue dada por Dios mismo (Ef. 2:8), la fe que necesitamos para nuestro vivir diario también es otorgada por Dios. No necesitamos nada más para comprobar lo inútil que es un creyente por sí mismo; basta considerar este aspecto acerca de la fe en Dios. El creyente por sí mismo ni siquiera tiene fe, sino que debe recibirla de Dios. Toda fe es otorgada por Dios. Esto es lo que el apóstol quería decir cuando afirmó que la fe es uno de los dones del Espíritu Santo.

¿Acaso no es cierto que son pocas las veces que estamos dispuestos a creer en Dios y confiar plenamente en El con respecto a nuestras circunstancias? En repetidas ocasiones los hermanos nos han dicho que debemos ejercitar nuestra fe para creer en Dios; pero no importa cuánto nos esforcemos por hacerlo, ¿acaso no es cierto que simplemente no somos capaces de creer? Muchas veces, nos esforzamos tanto por lograrlo, que pareciera que nuestros corazones van a explotar. Y sin embargo, ¿no es cierto que esta clase de fe no tiene efecto alguno? Centramos todo nuestro ser en luchar contra nuestras dudas, pero, aún así, no conseguimos nuestro objetivo. Tal situación es de lo más dolorosa. Cuando un creyente está luchando contra sus dudas, es cuando pasa sus peores momentos.

Sin embargo, la fe no consiste en esto. La fe no puede ser invocada o generada por el hombre, ni tampoco puede producirse en el corazón de éste. Más bien, la fe es dada por Dios. Esta fe rige al creyente; no es el creyente quien controla la fe. Muchas veces, ansiamos tener fe a fin de lograr algo, sólo para descubrir finalmente que no hay modo de obtener tal clase de fe. Otras veces, aunque no nos habíamos propuesto realizar algo, Dios nos da la fe y hace que esta fe sea expresada por medio de nuestra oración, con lo cual se produce un logro magnífico. Dios no nos da la fe para que podamos satisfacer nuestros propios apetitos o deseos. La muerte es la posición que, en justicia, nos corresponde; y debemos aceptar tal posición como aquellos que se postran en el polvo. Conforme a la voluntad de Dios, en esta tierra los santos deben vivir con miras a la voluntad de Dios y a Su gloria. No le corresponde al creyente decidir, desear ni hacer nada por sí mismo. Dios desea que seamos Sus vasos, pero esto exige que nosotros muramos. Aun con relación a creer en Dios acerca del cumplimiento de cierta promesa, todo lo que desea Dios de nosotros es que seamos vasos. Cuando Dios desea llevar algo a cabo, El nos da la fe

necesaria para que oremos pidiendo que El actúe. Sólo entonces El se moverá para llevar a cabo tal obra. Por supuesto, esto constituye un sufrimiento para la carne, debido a que ésta no tiene participación ni puede accionar según sus propios deseos. Pero, puesto que un creyente genuino vive dependiendo de Dios y no de sí mismo, él estará contento de ser simplemente un instrumento que ha sido puesto a muerte y que cumple la suprema voluntad de Dios.

¡Ved cuánta sabiduría tiene Dios! Si la fe fuese nuestra, es decir, si se originara en nosotros mismos, podríamos dirigir nuestra fe. En otras palabras, si *nosotros* quisiéramos que algo fuera llevado a cabo, lo único que tendríamos que hacer sería creer un poquito y entonces llevaríamos a cabo la obra de Dios. Pero ésta no es la manera en que la fe opera. La fe es dada por Dios. Antes de que la fe nos sea dada, es imposible para nosotros creer. Muchos hemos experimentado frecuentemente que nos era imposible entrar en reposo debido a que no podíamos producir fe por nosotros mismos. Entonces, de improviso, Dios nos concede fe. (Algunas veces esta fe nos es dada por medio de uno o dos versículos; otras veces nos es dada cuando oramos, de modo que en nuestra intuición llegamos a comprender la voluntad de Dios). Cuando esto sucede, de inmediato tenemos certeza y nuestro corazón es tranquilizado espontáneamente. En tales casos, *parece* que tenemos la certeza de que Dios definitivamente llevará a cabo Su obra en cierto asunto. Ya no hay más necesidad de luchar, ni hay cabida para la ansiedad. Incluso, no tenemos que preocuparnos, ejercitarnos ni esforzarnos. La certeza simplemente surge en nosotros de manera espontánea, sin que la esperemos. Cuando Dios nos concede fe de esta manera, de inmediato obtenemos la obra que la fe realiza; esto es, obtenemos reposo, sin ninguna ansiedad. Cualquier otro método diferente a éste, no es fe y nunca nos dará tal reposo.

Aquí, debemos aclarar algo. Lo que hemos dicho no significa que de ahora en adelante seamos negligentes, y que simplemente nos dediquemos a esperar ser visitados por esta fe. Existen dos clases de fe: la fe específica y la fe general. La fe específica es la fe que Dios nos concede con respecto a un asunto específico. Es una fe que cree que Dios *ciertamente llevará a cabo* algo específico a nuestro favor. No tenemos esta clase de fe en todas y cada una de las circunstancias que a diario enfrentamos. La fe general es la fe *diaria* que todo creyente con cierta experiencia tiene respecto a Dios mismo. Esta clase de fe no es relativa a ningún asunto en particular, sino que es con respecto a *todas las cosas*. Tal creyente cree firmemente que Dios *nunca se equivoca* en todo cuanto hace. Sabe que, independientemente de que haya fracaso o éxito, el beneplácito de Dios estará en ello. Aunque no siempre tenemos una fe específica en todo cuanto nos sucede, siempre debemos tener la fe general. Debemos creer que nuestro Dios todo lo hace bien, y que todas las cosas están en Sus manos. El sabe si es bueno que suframos o que tengamos éxito. Debemos poseer esta clase de fe general todo el tiempo. Aún cuando surjan situaciones especiales, no debemos perder esta clase de fe. Pero, independientemente de la clase de fe que poseamos, ésta siempre debe manifestarse por medio de nuestra conducta; la fe siempre debe traernos reposo; además, quienes poseen fe no luchan ni hacen uso de su energía carnal procurando ayudar a Dios.

CAPITULO NUEVE

ADENDA AL ARTICULO: “LA FE DE ABRAHAM”

Abraham es un modelo para nosotros. Tal como lo hizo con Abraham, Dios desea conducirnos y guiarnos a Canaán, un lugar lleno de ídolos y donde frecuentemente se sufre hambruna. En este territorio, sólo una pequeña porción de tierra nos pertenece. En dicho lugar, Satanás gobierna, y la tierra produce fruto escaso. En tal entorno, todo parece ser contrario a lo prometido por Dios, y es difícil creer que Dios nos haya llevado allí. ¿Acaso es esto lo que recibimos por haber dejado atrás nuestra vieja manera de vivir, nuestros parientes y nuestro país? ¿Dónde está la tierra y la simiente prometida por Dios? ¿Qué fue lo que Abraham contempló aquel día? No vio nada. Año tras año y hasta el día de su muerte, apenas alcanzó a engendrar a Isaac. De los numerosos descendientes que le fueron prometidos, los cuales serían tan numerosos como las estrellas del firmamento, como la arena del mar y como el polvo de la tierra, ¡Abraham solamente vio a Isaac! Cuando su esposa murió, Abraham ni siquiera tenía un lote de tierra apropiado para enterrarla, y tuvo que comprar el terreno donde sepultarla. ¿Era acaso esto lo que Dios le había prometido? Aún así, el padre de nuestra fe no dudó. El sabía lo que era la fe y lo que significaba no vivir por vista. Abraham seguía a Dios. Abraham anticipó el cumplimiento de las promesas de Dios, lo cual se está llevando a cabo hoy y se manifestará en el reino venidero. Hoy en día, ¿hay acaso algo que los creyentes puedan ver y de lo cual podamos sentirnos eufóricos? Así es el camino por el que Dios conduce a todos Sus creyentes fieles. Aunque hoy en día no podemos ver ni sentir nada, en el futuro ciertamente habrá una tierra muy vasta y muchos descendientes.

[Nota del editor: El artículo “La fe de Abraham”, escrito por Ruth Lee, apareció en el mismo ejemplar de la revista en la que este artículo se publicó].

CAPITULO DIEZ

LA FE Y LA OBEDIENCIA

Lectura bíblica: Ro. 6:11-14

Ahora quisiera hablar de los principios que rigen la vida cristiana. Todo el Nuevo Testamento muestra que existen solamente dos principios que rigen la vida cristiana; todo lo demás es simplemente el fruto que surge de estos dos principios. La paciencia, la mansedumbre, la templanza y demás características, no constituyen principios gobernantes de la vida cristiana. Sólo existen dos principios que rigen el vivir de los cristianos: uno es la fe, y el otro, la obediencia. Todos los frutos del creyente resultan de vivir bajo estos dos principios. En nuestra comunión con el Señor, necesitamos la fe y la obediencia todos los días.

En el Nuevo Testamento, hay muchos versículos que hablan acerca de la fe y la obediencia. Sólo mencionaré Romanos 6:11 y 13. El versículo 11 dice: “consideraos”; esto alude a la fe. Y el versículo 13 dice: “presentaos”; esto tiene que ver con la obediencia. El versículo 11 habla acerca de la fe refiriéndose a los logros de Cristo, mientras que el versículo 13 habla de presentar nuestros miembros a Dios, lo cual hace que conservemos el terreno ganado por medio de la fe. Si podemos aplicar equilibradamente estos dos principios —la fe y la obediencia— tendremos acceso a todas las experiencias espirituales y las experimentaremos sin impedimento alguno.

¿En qué consisten la fe y la obediencia? En Cristo se hallan todas las verdades objetivas, las cuales son hechos consumados; y en el Espíritu Santo están todas las verdades que podemos experimentar de manera subjetiva, las cuales el Espíritu habrá de aplicar en nosotros. No sé si entienden la diferencia que hay entre la redención y la salvación. La redención fue lograda hace más de mil novecientos años, mientras que la salvación se obtiene en el momento en que creemos en el Señor. Por tanto, la redención es una realidad objetiva lograda por Cristo. En cambio, la salvación es una experiencia subjetiva aplicada a nosotros por el Espíritu Santo. No podemos cambiar esta secuencia. El Señor Jesús no obtuvo nuestra salvación hace más de diecinueve siglos, ni tampoco el Espíritu que mora en nuestro interior efectuó la redención el día de hoy. Antes bien, la redención se efectuó hace mucho tiempo, mientras que la salvación debe ser aplicada en la actualidad. Supongamos que yo todavía no he creído en el Señor. Si usted me predicara el evangelio hoy, sólo podría decirme que la redención ha sido lograda, pero no podría afirmar que mi salvación ya ha sido consumada, porque aún no he sido salvo. La salvación es realizada sólo después de que creemos en el Señor; en cambio, la redención se logró mucho antes de que yo creyera en el Señor. Toda la obra redentora se efectuó en el pasado. Las obras que son objetivas para nosotros, han sido realizadas en el pasado; éstas constituyen hechos consumados, absolutos y eternos. Por el contrario, las obras que experimentamos subjetivamente son realizadas en el presente y en el futuro. Si bien las primeras obras ya han sido consumadas, las segundas esperan ser consumadas. Por una parte, la muerte, la sepultura, la resurrección

y la ascensión de Cristo son hechos consumados; por otra, la muerte que el Espíritu Santo nos aplica empieza a realizarse en nosotros cuando creemos. Si bien la resurrección de Cristo tuvo lugar hace más de mil novecientos años, se manifiesta en nosotros en el momento en que creemos. Todo lo que es objetivo, pertenece al pasado; es un hecho absoluto y completo en sí mismo, al cual nada puede serle añadido. Pero todo aquello que experimentamos de manera subjetiva se viene cumpliendo en el presente y se cumplirá en el futuro. Así pues, ya sea que aceptemos un hecho objetivo o experimentemos una realidad subjetivamente, se requiere que estemos bajo dos principios completamente diferentes. Puesto que aquello que es objetivo ya se cumplió, simplemente debemos creer en ello; y, dado que aquello que experimentamos subjetivamente está cumpliéndose ahora y se cumplirá en el futuro, es necesario que obedezcamos. Si sólo nos ocupamos de un aspecto, nos desviaremos, convirtiéndonos ya sea en teóricos o en ascetas. La muerte, resurrección y ascensión objetivas requieren de nuestra fe; sin embargo, no basta con creer. También es necesario que obedezcamos. Ser crucificados con Cristo exige obediencia de nuestra parte; experimentar el poder de la resurrección también requiere de nuestra obediencia; asimismo, ocupar la posición a la que hemos ascendido, exige nuestra obediencia.

Hermanos y hermanas, necesitamos tanto al Salvador que es externo y objetivo, como al Salvador que experimentamos interna y subjetivamente. Necesitamos tanto de la Palabra que se encarnó, como de la Palabra manifestada en el Espíritu Santo. Necesitamos tanto al Cristo del Gólgota, como al Cristo en el Espíritu. El Salvador externo exige nuestra fe, mientras que el Espíritu Santo interior exige nuestra obediencia. Ahora me gustaría hablar acerca de algunas experiencias, a fin de que podamos comprender la fe y la obediencia.

¿Qué significa creer? Creer es algo a lo cual no podemos renunciar ni siquiera por un día. Es necesario creer en las verdades objetivas. No debemos decir que requerimos morir, resucitar y ascender; más bien, debemos afirmar que hemos muerto, resucitado y ascendido. ¿Qué es la fe? Se refiere a algo que uno ha conocido, ha visto y finalmente ha aceptado como real. No se puede creer en aquello que no se ha visto. Ya sea que se trate de la muerte, de la resurrección o de la ascensión, es necesario que primero recibamos revelación de parte del Espíritu Santo a fin de que luego podamos tener fe. Una doctrina no es sino la presentación de ciertos hechos, mientras que una verdad es la realidad subyacente de tales hechos. En muchos casos, las doctrinas no son verdades para nosotros. Cuando algo está verdaderamente presente en uno, deja de ser una doctrina para convertirse en una verdad. Por ejemplo, la muerte de nuestro Señor Jesús por nosotros no es una simple doctrina, sino una verdad. La teología es una cuestión de doctrinas. En otras palabras, las doctrinas conforman la teología. Las verdades objetivas requieren de nuestra fe; es imprescindible que ellas sean reales para nosotros. En el idioma griego, *verdad* significa realidad. La muerte del Señor es una verdad, lo cual significa que la muerte de Cristo es una realidad. La resurrección del Señor es también una verdad, es decir, que la resurrección del Señor es una realidad. Asimismo, la ascensión del Señor es una verdad, lo cual significa que la ascensión del Señor es también una realidad. Es a esto a lo que llamamos verdad.

¿Cómo podemos saber que estas verdades son reales? Cuando recibimos alguna verdad, no se debe a que un orador nos la haya dicho. El Único en este universo que puede conducir a los hombres a la verdad, es el Espíritu Santo. Los oradores sólo pueden predicar doctrinas a los hombres, pero a fin de que una persona tenga fe, debe recibir la revelación del Espíritu

Santo. Hermanos y hermanas, ¿comprenden esto? No me estoy refiriendo a nuestra muerte, resurrección y ascensión con Cristo, sino a la muerte que el Señor sufrió por nosotros. En el pasado, no conocíamos el pecado, ni tampoco conocíamos a Dios ni a Cristo. Pero cierto día escuchamos hablar acerca de la muerte que el Señor Jesús sufrió a nuestro favor, y lo que oímos tocó profundamente nuestro corazón. Como resultado de ello, dijimos: “¡Oh, así que de eso se trata!”. De improviso, “vimos” el pecado, “vimos” a Dios, “vimos” a Cristo y “vimos” la salvación. Vimos que nuestros pecados ya fueron perdonados y tuvimos la confianza para declarar este hecho. Quizás alguien nos haya preguntado cómo podíamos estar seguros de que nuestros pecados ya fueron perdonados. Pero a pesar de tal cuestionamiento, nosotros teníamos la certeza de ello debido a que habíamos visto algo.

¿En qué consiste la revelación que el Espíritu Santo otorga? Consiste en que el Espíritu Santo quita el velo y nos muestra aquello que está detrás del mensaje que nos ha sido predicado. Quizás usted haya visto lo que el perdón y la regeneración representan. Ver esto es algo muy precioso. Cuando usted vio que Cristo Jesús murió de tal manera, usted creyó. Luego, es posible que usted viaje a la provincia para visitar a un viejo amigo a fin de predicarle el evangelio. Probablemente, ese amigo suyo asienta a todo cuanto usted le dice, pero después, se olvide de todo lo que usted le ha dicho. A esta persona le hace falta una cosa: recibir la revelación. Aquellos que son ciegos no pueden creer. Los que no han recibido revelación, no pueden tener fe. Entonces, usted debe orar por su amigo y pedirle a Dios que le haga ver su pecado y que pueda ver al Salvador. Quizás usted le predicó tres o cinco doctrinas a su amigo; pero cuando él vea, ya no habrá necesidad de predicarle más. De la misma manera en que esta persona necesita ver la muerte de Cristo, también es necesario que vea la resurrección, la ascensión y todas las demás verdades.

Hermanos, quizás ustedes viajen a la provincia a fin de predicarles el evangelio a unas cincuenta personas, y proclamen que el hombre pecó, que el Señor murió por todos los hombres y que la fe nos trae la salvación. Es posible que las cincuenta personas los escuchen con signos de aprobación. Sin embargo, ¿significará esto que los cincuenta han sido salvos? Aunque ellos asientan con la cabeza en señal de aprobación, tal vez se vayan sin comprender que la mentira y la arrogancia son pecados. Si bien escucharon acerca del pecado, todavía no lo han visto. Si bien ellos escucharon acerca del Salvador, aún no lo han visto. Por tanto, no existe posibilidad alguna de que ellos crean. Cada vez que le prediquemos el evangelio a una persona, debemos pedirle a Dios que El abra sus ojos para que se aflija al ver su pecado y pueda ver al Señor y lo reciba. Después de algún tiempo, quizás un profesor de teología hable con él y le diga que sus pecados no son en realidad pecados y que la muerte del Señor fue meramente un acto de abnegación. Sin embargo, si esta persona verdaderamente ha visto algo, permanecerá firme. Su fe es el resultado de lo que ha visto.

La muerte de Cristo es una verdad objetiva para nosotros y, como tal, requiere de nuestra fe. Todas las demás verdades objetivas también requieren de nuestra fe. Hemos dado mucho énfasis a la predicación de la muerte del Señor; sin embargo, esto no ha sido tan eficaz. Si algo no marcha bien con respecto a la fe, quiere decir que algo no marcha bien con respecto a la revelación. En cierta ocasión di un mensaje sobre la verdad acerca de nuestra crucifixión con el Señor. Un hermano me dijo que el mensaje había sido muy bueno y que desde ese momento él sería victorioso, debido a que ahora conocía el camino que

lleva a la victoria. Yo le respondí que pasados algunos días, tal resolución no habría de servirle, debido a que aún no había visto dicha verdad. Si le preguntamos a alguien cómo fue salvo, quizás esta persona nos diga que fue porque escuchó cierta enseñanza. Sin embargo, esta clase de salvación no durará sino unos cuantos días. Una mera comprensión mental no es fe. Si lee en la Biblia o escucha en alguna reunión que usted ha muerto, resucitado y ascendido, no debería decir: “Después de examinarme, no percibo resurrección ni ascensión alguna en mi ser”. Pero tampoco debiera afirmar despreocupadamente: “Sí, he muerto, resucitado y ascendido”. En vez de esto, debe pedirle al Señor: “Señor, hazme ver que he muerto, resucitado y ascendido”. Si usted ora de esta manera, el Señor le conducirá a tal verdad objetiva, es decir, a El mismo. Entonces verá que *en Cristo*, usted ha muerto, resucitado y ascendido. Puesto que El murió, usted también murió; puesto que El resucitó, usted también resucitó; y, puesto que El ascendió, usted también ascendió. De este modo, usted exclamará: “¡Señor, gracias! En Ti, yo he muerto, he resucitado y he ascendido”. Usted podrá decir esto por causa de la fe. Esta fe está basada en los hechos subyacentes a la palabra que le fue impartida.

Hubo un tiempo en que Hudson Taylor experimentaba continuamente fracasos y debilidades. En cierta ocasión, él le escribió una carta a su hermana contándole cuán apesadumbrado se sentía por no detectar suficiente santificación, vida ni poder en su interior. Él pensaba que, si tan sólo pudiese permanecer en Cristo, todo estaría bien. Su hermana oraba por él, y durante varios meses él mismo oró, luchó, ayunó, tomó firmes resoluciones, leyó la Biblia e invirtió más tiempo meditando en quietud. Sin embargo, nada de esto funcionaba. Él hubiese querido permanecer en Cristo siempre, pero tal parecía que después de permanecer en El por cierto lapso, nuevamente se apartaba. Él decía: “Si tan sólo tuviese la certeza de permanecer en Cristo, todo estaría bien; pero esto no me es posible”. En su diario, se narra la siguiente historia: Un día, él se encontraba orando. Pensaba que si tan sólo permanecía en Cristo y recibía Su savia para ser nutrido y abastecido, tendría el poder necesario para vencer al pecado. Así pues, continuó orando y leyendo la Biblia. Entonces, se encontró con Juan 15:5 que dice: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos”. Al leer este versículo, Hudson Taylor exclamó: “Soy el hombre más insensato del universo. He orado pidiendo ser un pámpano; he deseado fervorosamente permanecer en Cristo. Sin embargo, el Señor me ha dicho que *ya* soy un pámpano que permanece en El”. ¡Oh, hermanos! Si comprendiéramos esto, exclamaríamos: “¡Aleluya!”. No necesitamos entrar, pues ya estamos adentro. Para llegar a ser un pámpano no es necesario nuestro esfuerzo; tampoco llegamos a ser un pámpano sólo después de haber vencido el pecado. Más bien, ya somos pámpanos, y permanecemos en El. El propósito de Juan 15:5 es decirnos que permanecemos en El y que no debemos abandonar tal posición. ¡Somos pámpanos! Todo Su suministro, nutrimento y amor nos pertenece. El señor Taylor dijo que desde que vio esto, llegó a ser un nuevo Hudson Taylor. Esto constituyó un momento decisivo en su vida cristiana.

La fe no consiste en hacer realidad la palabra de Dios, sino en creer en la realidad de dicha palabra. En la conferencia especial que celebramos el año pasado, mencioné que la gracia de Dios abarca tres factores: la promesa, el hecho y el pacto. La promesa se refiere a lo que se cumplirá en el futuro. El hecho se refiere a algo que ya ha sido logrado. Todas las verdades objetivas son hechos consumados y reales; por ende, lo único que necesitamos es decirle a Dios: “Tu Palabra afirma que he muerto, resucitado y ascendido. Por tanto, yo

confieso haber muerto, resucitado y ascendido”. Esta es la única manera en la que podremos permanecer firmes. Dios lo ha dicho, y así es.

El señor _____, quien era un conocido predicador en la Convención de Keswick, experimentó el momento decisivo de su vida a causa de cierto incidente. El había elegido 2 Corintios 12:9 como el tema central de su mensaje. Este versículo dice: “Bástate Mi gracia”. Después de preparar el bosquejo, se arrodilló y oró así: “¡Oh Dios! Con todo respeto te presento este bosquejo y te suplico Tu bendición”. Después de haber orado de esta manera, este hermano llegó a la conclusión de que no podía predicar este mensaje. Comenta: “Yo iba a decirle a la gente que la gracia de Dios nos basta. Pero si alguien me preguntara si la gracia de Dios me basta a mí, ciertamente tendría que responderle que no, porque mi mal genio y mi orgullo todavía persisten. Y si la gracia de Dios no me basta a mí, ¿cómo podría decirle a la gente que a ellos sí les basta? Yo no puedo afirmar tal cosa”. Esto ocurrió un sábado; no había tiempo para preparar otro mensaje ni tampoco podía dejar de predicar algún mensaje. Al enfrentarse a tan difícil situación, se arrodilló y oró nuevamente: “¡Oh Dios! Permite que el día de hoy Tu gracia me baste. ¡Que ésta sea mi experiencia! Hasta ahora, yo he sido una persona arrogante, celosa, concupiscente y llena de pensamientos impíos. Haz que supere todo esto si verdaderamente Tu gracia me basta”. El oró así toda la tarde, pero parecía que cuanto más oraba, más lejos estaba Dios. Más tarde, se cansó de orar y se fue a su sala a descansar. Allí, cerca de la chimenea, había un cuadro que decía: “Bástate Mi gracia”. De inmediato, le pareció tan claro que no decía: “La gracia de Dios habrá de bastarme”, ni tampoco: “Espero que Mi gracia te baste”, sino que simplemente decía: “Bástate”. Por lo tanto, era claro que no necesitaba suplicarle a Dios que le diera gracia suficiente, pues la gracia de Dios *realmente* le bastaba. Se puso en pie de un salto y exclamó: “Su gracia *me basta*. ¿Por qué tendría que orar pidiéndola?”. Esto es fe, y esto es también recibir revelación. Luego, él dijo: “¡Doy gracias a Dios! Durante muchos años estuve siempre a la espera de que la gracia de Dios me bastara. Pero, este día, Dios me reveló que Su gracia *me basta*. Este fue un momento decisivo en mi vida”. Al siguiente día, el hermano predicó de una manera excepcionalmente poderosa. Después, en la Convención de Keswick, él pudo dar muchos mensajes y ser de ayuda para muchas personas. En una ocasión alguien le preguntó cómo había llegado a ser la persona que era, y este hermano respondió que se debía a que había visto que la gracia de Dios *le bastaba*.

Muchos oran suplicando morir con Cristo, pero Dios afirma que, en Cristo, ya estamos muertos. Muchos otros oran implorando experimentar la resurrección y la ascensión, pero Dios afirma que, en Cristo, ya hemos resucitado y ascendido. Otros oran pidiendo victoria sobre el mundo, pero la Palabra de Dios afirma que la victoria que ha vencido al mundo es nuestra fe (1 Jn. 5:4). Todo está en Cristo. Tenemos que ver esto a fin de creer. Supongamos que hay un hermano o hermana que ha visto esta verdad objetiva. Probablemente no haya visto muchas cosas, pero siempre y cuando haya visto un versículo y verdaderamente haya creído en él, podrá avanzar en la senda que está delante. Muchos creyentes ciegamente presentan sus peticiones a Dios. ¿Ha oído a pecadores pedirle al Señor que muera por ellos? En cierta ocasión en que estaba predicando el evangelio, escuché que alguien oraba así: “¡Oh, Señor! Soy un pecador. Te pido que mueras por mí”. Esta oración es errónea. Hay gente que ora pidiéndole al Señor que muera por ellos o pidiendo morir con el Señor. ¡Esto es ridículo! Nuestra mente es inútil para entender estas cosas. Tenemos que creer en la Palabra de Dios más que en nuestras circunstancias,

sentimientos, tribulaciones, pecados, concupiscencias y pensamientos impíos. Si somos capaces de hacer esto, ciertamente seremos personas diferentes. No es suficiente con escuchar; tenemos que creer. Ojalá veamos que Dios lo ha logrado todo en Cristo.

Sin embargo, debemos saber que simplemente creer de esta manera no es suficiente; a ello tiene que seguirle la obediencia. Por un lado, debemos creer. Por otro, tenemos que obedecer. Nuestra propia voluntad tiene que ser subyugada y tenemos que presentar todos los miembros de nuestro cuerpo a Dios. Hermanos y hermanas, una vez que hemos adquirido una fe viva, día a día debemos aprender a obedecer a Dios. Si Dios toca determinado aspecto de nuestras vidas, pero nosotros no estamos dispuestos a cambiar, sino que queremos que Dios concuerde con nosotros, entonces no estamos obediéndole. Si nuestra voluntad no es subyugada, nos será imposible creer en Dios. Un pecador que no se arrepienta, no podrá creer. Del mismo modo, un creyente que intencionadamente no obedezca, no será capaz de creer.

Algunas personas almacenan muchas cosas en su casa. Otros, son renuentes a entregar sus hijos a Dios. Algunos más, muestran una actitud impropia hacia su cónyuge. Y aún otros, no administran su dinero como debieran. ¿Usted se ha consagrado a Dios? ¿Está dispuesto a ir adondequiera que Dios lo envíe? Si Dios desea asignarle el más simple de los trabajos, ¿está usted dispuesto a realizarlo? Hermanos y hermanas, la fe por sí sola no podrá mantenerlos avanzando en la senda que tienen por delante. Quizás Dios quiera que usted le obedezca inmediatamente después de haber creído en El; o tal vez, El quiera esperar un poco antes de exigirle obediencia. En el caso de algunos, el Señor quiere que primero le obedezcan, para después otorgarles fe. Y en el caso de otros, el Señor primero les da fe, y después exige de ellos obediencia. Incluso con algunos otros, Dios les concede fe al mismo tiempo que les exige obediencia.

No sé qué es lo que el Señor requiera de cada uno de nosotros. Pero sí sé que tendríamos una gran carencia si sólo cumplimos uno de estos dos aspectos. Si no presentamos los miembros de nuestro cuerpo a Dios, y pensamos que basta con tener fe, seríamos como una torta cocida a medias. ¡Ojalá podamos comprender que es necesario obedecerle! Tenemos que dar este paso de una manera específica. Este es un obstáculo que debemos superar. Para llegar a ser mayordomos de Dios, debemos tener un punto de partida. Tiene que llegar el momento en el que le digamos a Dios: “A partir de hoy, me entrego a Ti”. Tiene que darse tal transacción. Tenemos que llegar al punto en el que le digamos a Dios: “De ahora en adelante, te entrego mi tiempo, mi mente, mi dinero, mi familia y mi todo”. Todos hemos de ser tocados por Dios de una manera específica. Algunos son tocados por Dios en cierto aspecto de su vida; a otros, Dios habrá de tocarlos en otro aspecto igualmente específico. Muchas veces lo que Dios nos exige puede parecernos riguroso y severo; no obstante, tenemos que obedecer a Dios en todo cuanto exija de nosotros. Dios quiere que le mostremos obediencia. Para El, nada es más precioso que “Isaac”. No basta con declarar verbalmente: “Te ofrezco a Isaac como sacrificio”. Tenemos que presentar realmente a Isaac como ofrenda. Si hacemos esto, veremos el cordero que Dios ha preparado. Dios no estará satisfecho hasta que le obedezcamos absolutamente. Para ello, es imprescindible que experimentemos transacciones concretas con el Señor.

Tenemos un amigo estadounidense que vivió un tiempo en China. Su fe era verdaderamente grande. El Señor lo guió a avanzar espiritualmente de la siguiente manera: El ya había obtenido una maestría, pero continuaba estudiando para obtener un doctorado en filosofía. Así que, a la vez que laboraba como pastor, estudiaba filosofía. Insatisfecho por la condición de su vida espiritual, le dijo a Dios en oración: “Tengo muy poca fe, no puedo vencer algunos pecados y carezco de poder para servir en la obra”. Por dos semanas le pidió a Dios específicamente que lo llenara del Espíritu Santo para que pudiese llevar una vida victoriosa, llena del poder mencionado en la Biblia. Entonces, Dios le dijo: “¿En verdad quieres esto? Si es así, no te presentes al examen final dentro de dos meses, pues Yo no necesito un doctor en filosofía”. Esto le pareció muy difícil a nuestro hermano. Su doctorado en filosofía era algo que él realmente anhelaba, y sería una lástima no presentarse al examen. Así que, se arrodilló a orar y a argumentar con Dios. Comenzó preguntándole a Dios por qué no le permitía ser doctor en filosofía y pastor al mismo tiempo. Pero Dios nunca argumenta con el hombre. Una vez que Dios nos exige algo, se mantiene firme. Lo que Dios dice y ordena, no puede ser cambiado. Durante esos dos meses, este hermano estuvo muy turbado, y cuando llegó el último sábado, estaba enfrascado en un verdadero conflicto. ¿Debería escoger el doctorado en filosofía o el ser lleno del Espíritu Santo? ¿Qué era mejor: un doctorado o una vida victoriosa? Otros podían tener un doctorado y aun así ser usados por Dios: ¿por qué él no? Luchó y argumentó continuamente con el Señor, pero no lograba nada. Deseaba obtener el doctorado, pero también quería ser lleno del Espíritu Santo; sin embargo, Dios no cedía. Elegir el doctorado en filosofía le haría imposible llevar una vida espiritual; y llevar una vida espiritual requería que renunciara al título de doctor. Al final, con lágrimas en los ojos, exclamó: “Señor, te obedeceré. Aunque he estudiado filosofía por más de dos años para obtener el doctorado, una meta que he deseado alcanzar por treinta años desde mi niñez, renunciaré a este objetivo a fin de obedecer a Dios”. Así pues, escribió a la universidad notificándoles que no se presentaría al examen el lunes siguiente, con lo cual abandonó toda esperanza de obtener un doctorado. Estaba tan exhausto aquella noche que no pudo prepararse para dar un mensaje a la congregación el próximo día; así que, simplemente relató a la congregación la historia de cómo se había rendido al Señor. Esa mañana, tres cuartas partes de los asistentes derramaron lágrimas y fueron reavivados. Nuestro hermano mismo se sintió grandemente fortalecido. Incluso declaró que de haber sabido que éste sería el resultado, habría obedecido mucho antes.

Ninguna persona usada por el Señor podrá jamás evitar esta clase de crisis en su vida. Si queremos evitar esta clase de crisis, no podremos avanzar en nuestra vida espiritual. Tenemos que creer, y también obedecer. No sólo tenemos que obedecer una vez, sino que requerimos obedecer continuamente. De otro modo, habrá carencias en nosotros y no seremos creyentes equilibrados. La obediencia sin la fe, carece de poder; y la fe sin la obediencia, es una fe idealista. Es muy doloroso ser obediente sin la fe requerida. Les ruego que no olviden este principio bíblico fundamental para nuestra vida: creer y obedecer. No podemos creer sin obedecer, ni tampoco podemos obedecer sin creer. Creer sin obedecer denota que nuestra fe no es genuina; y obedecer sin creer es ascetismo. Hoy en día, en la iglesia del Señor, los hombres yerran, ya sea en cuanto a la fe o en cuanto a la obediencia. Todos nuestros fracasos son resultado de la carencia en uno de estos dos aspectos o en ambos. Tenemos fe sin obediencia, u obediencia sin fe; o en el peor de los casos, ni tenemos fe ni obedecemos.

Si estamos dispuestos a creer y a obedecer, experimentaremos una prolongada primavera y un sol permanente. El sendero de los justos es como la luz de la aurora que va en aumento hasta que el día es perfecto. Quiera Dios bendecirnos y hacer de nosotros hombres perfectos delante de Sus ojos; esto es, quiera El hacernos hombres que creen y obedecen.

CAPITULO ONCE

VIVIR POR FE

Lectura bíblica: He. 10:38

En este versículo, de acuerdo con el texto original griego, la palabra *vivirá* puede traducirse de dos maneras: “tendrá vida” o “vivirá”. En el primer capítulo de Romanos debería traducirse: “tendrá vida”, mientras que en Hebreos debería traducirse: “vivirá”. Debido a que Romanos se refiere a los pecadores, debe traducirse: “por la fe tendrá vida”. Hebreos, en cambio, es una epístola dirigida a los creyentes, a personas salvas que ya poseen la vida eterna; por tanto, aquí la traducción más apropiada es: “vivirá por fe”.

He tenido la oportunidad de conocer a muchos creyentes, los cuales me han mencionado una serie de problemas espirituales. Entre todos esos problemas espirituales, hay uno que es particularmente difícil de superar. Muchos creyentes con frecuencia se preguntan por qué en ocasiones se sienten espiritualmente secos y desanimados, mientras que otras veces se sienten felices y emocionados. Cuando se sienten felices y entusiasmados, aunque no se trate de una experiencia en el tercer cielo, sí les parece estar viviendo una experiencia única en la cumbre. Estos creyentes se preguntan cómo superar la vida de sequedad espiritual a fin de permanecer todo el tiempo en un estado de ánimo que sea de felicidad y entusiasmo. Quisieran que su vida entera fuese una de abundancia y efusividad incesantes. Si pudiesen lograr esto, cantarían alabanzas durante toda su vida. Así pues, son muchos los creyentes que buscan la solución a este problema.

Por lo general, los creyentes describen esta clase de vida como “fluctuante”. Ellos llevan una vida que fluctúa constantemente. De acuerdo con sus propios sentimientos, muchos cristianos llevan una vida en la que a veces están en la cumbre de la montaña y otras veces están en lo profundo del valle. Unas veces están en la cresta de la ola, y otras, en lo profundo del mar. A veces están muy alto, y otras veces están muy abajo. A casi todos los cristianos les parece que llevan una vida fluctuante. A veces están muy entusiasmados, de modo que dos horas al día de oración no les parece suficiente; cuanto más testifican, más tienen que decir, y sus palabras fluyen como un torrente incontenible. Si escuchan un mensaje, éste despierta un gran interés en ellos y no sienten el menor aburrimiento; cuando estudian la Biblia, sienten que la palabra de Dios es dulce como la miel. Sin embargo, otras veces pareciera que las cosas cambian radicalmente, y sienten que orar o no orar da lo mismo. Les parece que oran en vano, que la Biblia no es más que frases en blanco y negro, y su lectura les parece árida e insípida. Si conocen a un nuevo amigo, se sienten culpables por no testificarle y, a regañadientes, le dicen algo así como: “Si crees en el Señor Jesús, tendrás vida eterna”. Pero en su corazón, se sienten carentes de toda inspiración y no tienen mucho que decir. Hacen las cosas a medias y sin entusiasmo. Algunas veces, sienten que lo único verdaderamente provechoso es acercarse a Dios en oración, y que no hay necesidad de laborar; pero otras veces, incluso esto les parece árido y sienten que acercarse a Dios no

les trae mucho gozo. No obstante, puesto que se sienten obligados a acercarse a Dios, lo hacen de mala gana.

Podemos comparar esta clase de vida cristiana con la naturaleza: siempre que hay una montaña, debe haber un valle; y siempre que hay una ola grande, debe haber también una ola pequeña. Debido a que son muchos los cristianos que tienen esta clase de experiencia, han llegado a la conclusión de que es inevitable llevar una vida fluctuante y que es imposible llevar una vida estable. Por consiguiente, piensan que vivirán así hasta el día de su muerte. Hay otra clase de cristianos que afirma que no es necesario experimentar valles y montañas, ni olas grandes o pequeñas; y que la experiencia diaria del cristiano puede ser estable y con una sola dirección. Quiero decirles que es erróneo afirmar que las experiencias del cristiano deben ser fluctuantes; pero también es erróneo asegurar que un cristiano debe permanecer siempre en el mismo nivel de experiencias, sin sufrir altibajos.

Si queremos descubrir el principio que rige algún fenómeno o experiencia, tenemos que combinar las experiencias de toda clase de personas. Sólo si tomamos en cuenta las experiencias espirituales de toda clase de personas, podremos inferir un principio común para todas ellas. Por ejemplo, un investigador puede analizar a un grupo de pacientes que sufren de una misma enfermedad. Para llegar a una conclusión, tal persona estudiará las causas, los síntomas y los resultados de los diversos casos. Si comprueba que en cientos o miles de pacientes que han sido examinados se presentan las mismas causas y los mismos efectos, entonces podrá llegar a una conclusión basándose en el factor que es común a todos los casos estudiados. Del mismo modo, primero tenemos que estudiar cómo ocurren y cómo se desarrollan los altibajos en la vida cristiana, a fin de descubrir el principio gobernante.

Un cristiano comienza su vida espiritual en el momento que es salvo. El día de su salvación, ¿podría alguno estar triste? ¡Claro que no! Ese día uno está lleno de felicidad. Cuando alguien encuentra un tesoro, se pone muy contento. Cuando alguien escucha que al creer en el Señor Jesús obtendrá la vida eterna y pasará de muerte a vida, para nunca más estar bajo condenación, ese día es el más feliz de su vida. Pero, permítanme preguntarles, ¿cuánto dura ese gozo? Esto es incierto y varía de una persona a otra. Según me consta, ese sentimiento de felicidad y gran gozo que uno obtiene el día de su salvación, rara vez dura más que unos cuantos meses. En términos generales, después de un mes o dos, ese sentimiento se desvanece. Incluso, en algunos casos, tal sentimiento desaparece después de una semana o dos.

Para ejemplificar las experiencias espirituales que tiene un cristiano, tracemos una línea horizontal: lo que esté por encima de la línea representa el gozo, mientras que lo que esté por debajo de ella representa los períodos de sequía. Cuando alguien es salvo, vive gozoso durante los primeros meses. Pero cierto día, a pesar de estudiar la Biblia, orar y tener comunión como lo hacía antes, percibe que su gozo ya no es tan intenso como lo era el día anterior. Así, descubre que su gozo ha disminuido. Inmediatamente después de ser salvos, algunos sufren persecución y maltratos; otros se esfuerzan por ser limpios de sus pecados, al grado de estar dispuestos a cortarse el brazo derecho si fuera necesario; y otros, cuando son salvos, están dispuestos a confesar sus pecados a los demás y a renunciar a dichos pecados. En ese tiempo, están muy contentos y consideran que ser salvos vale la pena,

porque la felicidad que sienten compensa con creces la pérdida que esto implica. Ciertamente deben sentirse contentos en el momento de ser salvos. Incluso Dios mismo se alegra cuando ellos son salvos. Sin embargo, pocos meses después su gozo comienza a disminuir, o ya no es tan intenso como lo era al principio. Cuando recién fueron salvos, amaban leer la Biblia. Aun cuando no comprendían mucho de la Biblia, disfrutaban al nutrirse con ella y no les parecía que leer una docena o más de capítulos al día fuera una carga pesada. Durante aquellos días, les alegraba mucho orar. Aunque no podrían decir con certeza cuantas veces Dios ha respondido a sus oraciones, aún así les gustaba orar. Se encerraban en su cuarto por varias horas para orar y daban saltos de gozo. Pero una vez que este gozo se desvanece, comienzan a sentirse tristes. Entonces, la tentación viene de dos lados. Por una parte, el enemigo Satanás intervendrá y les dirá que han vuelto a caer y que han dejado de ser salvos. Por otra, ellos creerán haber cometido algún pecado y, por ello, sentirán que han caído; sin embargo, por más que se examinen a sí mismos, no pueden descubrir qué pecados han cometido. Por consiguiente, tendrán la sensación de que todo se ha secado.

Sin embargo, tal aridez no perdura por mucho tiempo. A veces persiste por una o dos semanas, y otras veces se desvanece en tres o cinco días. Una vez que tal aridez desaparece, el gozo regresa. Anteriormente, les costaba mucho trabajo leer la Biblia y orar, pues era como tener que recitar un pasaje del cual se habían olvidado. Sin embargo, ahora tienen la sensación de que su comunión con Dios ha reiniciado. Pero, ¿cómo se recuperaron? No lo saben. Así que, ahora procuran con gran esmero conservar su gozo y mantener la intensidad del mismo. Por lo tanto, son más cuidadosos en cuanto a leer la Biblia, orar y testificar a otros.

Pero al poco tiempo, nuevamente se desvanece el gozo. Se preguntan por qué no se sienten igual que el día de ayer, a pesar de que continúan leyendo la Biblia, orando y testificando igual que antes. ¿Por qué hay tanta diferencia entre estos dos días? ¿Por qué ayer sentían gozo y ahora no? Al encontrarse en tal estado, incluso se preguntan cómo será Dios y cómo será Jesucristo. Han cometido un gran error, pues piensan que su poder espiritual se ha desvanecido y que han caído. Aunque oran, no lo hacen fielmente; aunque leen la Biblia, le dedican menos tiempo; y, aunque dan testimonio de su fe, lo hacen sin entusiasmo.

Pero después de unos cuantos días o algunas semanas, extrañamente, el gozo regresa. Ahora, nuevamente sienten que todo les interesa. Si bien no están en el tercer cielo, por lo menos su experiencia equivale a estar en la cima de una montaña. Pero aún más extraño es el hecho de que, poco después, vuelven a sentirse secos y desanimados como antes. Por consiguiente, deducen que la vida espiritual debe consistir en altas y bajas. Así que, si alguien les pregunta acerca de su vida espiritual, ellos dirán que su vida espiritual es fluctuante. Mientras están en las alturas, leen la Biblia, oran y testifican con renovado interés y gozo; pero cuando se encuentran abatidos, aunque hacen las mismas cosas que antes, lo hacen sin ningún interés y sintiéndose secos. En esto consiste la vida espiritual fluctuante.

Quisiera examinar el tema de una vida fluctuante comenzando desde la primera vez que sentimos un gran gozo, el día de nuestra salvación; si descubrimos la causa de nuestra enfermedad, podremos hallar el remedio para la misma. Basándonos en la experiencia de

un gran número de personas que han sido salvos, podemos descubrir una ley: que el gozo es mayor al comienzo que al final, mientras que la sequedad es mayor al final que al comienzo. El gozo se hace menos intenso, (si bien es más profundo), y el tiempo que perdura el gozo es cada vez más breve. A la vez, la sequedad se intensifica y perdura por más tiempo (aunque se vuelve más superficial). Quizás en la primera ocasión, la sequedad perdure por tres o cinco días; la segunda vez quizás dure una semana; la tercera vez, dos semanas; y la cuarta, quizás un mes. En otras palabras, la segunda vez el gozo es menos intenso y más breve que la primera vez, mientras que la sequedad se hace más intensa y prolongada. El período de sequía se hace cada vez más largo y más intenso. Todos los creyentes tienen la misma experiencia. Finalmente, la sequía es más intensa que el gozo.

¿Puede algún cristiano decir que siente más gozo hoy que cuando fue salvo? Incluso tal vez haya tristeza en nuestro corazón, y quizás creamos haber cometido algún pecado o haber fracasado. No nos sentimos tan gozosos como cuando recién habíamos sido salvos. Cuando recién fuimos salvos, sentíamos que cabalgábamos en las nubes o que estábamos en la cima de una montaña. Testificábamos osadamente y sin temor, inclusive en público. Podíamos leer cincuenta o sesenta capítulos de la Biblia por día y, aún así, nos parecía que esto no era suficiente. Pero ahora, sentimos que todo lo hacemos de una manera forzada y somos renuentes a emprender cualquier actividad.

Permítanme decirles que hemos cometido un error fundamental. Tenemos una idea equivocada acerca de las experiencias espirituales, pues pensamos que los tiempos de gozo son los tiempos más elevados de nuestra vida espiritual. Pero, en realidad, los tiempos de sequía no necesariamente son tiempos de decadencia espiritual. Supongamos que pierdo mi reloj. Cuando lo encuentro, me regocijo. Después de tres o cinco días, mi gozo no será tan grande como cuando encontré el reloj; y después de unos cuantos días, quizás ese gozo se habrá desvanecido por completo. Sin embargo, esto no quiere decir que haya perdido mi reloj nuevamente. Lo que he perdido es el gozo de haber encontrado mi reloj. Lo mismo sucede con nuestra vida espiritual. Cuando encontramos al Salvador, fuimos salvos y no podíamos sino regocijarnos. Y no sólo nos regocijamos, sino que Dios mismo nos impartió gozo. Si hay alguien que no se haya regocijado cuando fue salvo, dudo que verdaderamente haya encontrado al Salvador. Pero después, tal sensación de gozo se desvaneció. Tal vez pensemos que perdimos todo lo que obtuvimos al ser salvos. Pero, de hecho, sólo el gozo se ha desvanecido; realmente no hemos perdido lo que obtuvimos. Permítanme hacerles las siguientes preguntas: ¿Ha cambiado el Señor Jesús? No. ¿Ha cambiado Dios? No. ¿Acaso nos ha sido quitada la vida eterna que Dios nos dio? No. Cuando obtuvimos todo esto, nos causó gran gozo y entusiasmo. Pero todavía sigue siendo nuestro, aún cuando nos sintamos tan secos. No importa cuán entusiasmados o secos nos sintamos, lo que obtuvimos no se ha perdido, pues sigue siendo nuestro. Por eso afirmo que no hay fluctuaciones en la vida y experiencia cristianas. (Esto no se aplica a aquellos cristianos que practican el pecado, han caído o se han descarriado. Estas son excepciones. Sólo estamos refiriéndonos a la condición general del cristiano).

Dios nunca cambia, la obra efectuada por el Señor Jesús no cambia, ni el Espíritu Santo cambia. La vida eterna que recibimos siempre está presente; nunca la perderemos. Sólo se ha perdido nuestro gozo inicial. Cuando llueve, un niño podría pensar que el sol ha dejado de existir y tal vez vaya a su padre y le pregunte: “¿Dónde está el sol?”. Quizás suba a la

azotea de su casa y descubra que el sol no se puede ver desde allí. Tal vez suba a una torre, para tratar de ver el sol, y descubra que tampoco desde allí puede verlo. No obstante, el sol no ha cambiado; simplemente está oculto detrás de unos nubarrones. Hoy en día, nuestro Sol permanece inmutable; son nuestros sentimientos los que han cambiado. El sol que está en el firmamento no ha sufrido ningún cambio, pero han aparecido algunos nubarrones en el cielo, los cuales no dejan pasar los rayos solares. Si vivimos inmersos en nuestros sentimientos, “nuestro cielo” siempre estará cambiando y siempre se cubrirá de nubarrones. Pero si no vivimos regidos por nuestros sentimientos, no habrá tantos cambios en “nuestro firmamento”. Debemos llevar una vida que esté por encima de los nubarrones de nuestros sentimientos.

Ya dije que la intensidad de nuestro gozo disminuye al mismo tiempo que éste se hace más breve; y que la intensidad de la sequedad aumenta al mismo tiempo que se hace cada vez más prolongada. Estos fenómenos no ocurren al azar, sino que son característicos en la experiencia común de todo cristiano. Ya que la mayoría de los cristianos experimenta esto, concluimos que no sucede así por accidente. Y puesto que no ocurre al azar, tiene que haber una mano que lo dirige. ¿De quién es esta mano? Tiene que ser la mano de Dios. Es Dios quien hace que nuestra sensación de gozo se haga cada vez menos intensa y sea cada vez más breve. Y es El quien hace que nuestra sequedad se vuelva cada vez más intensa y se prolongue cada vez más. (Esta es la experiencia común y corriente de los cristianos en general; no es así en el caso de los cristianos anormales o de los cristianos excepcionales).

Los cristianos anormales son aquellos que han caído en pecado y se han degradado; por supuesto, ellos no tienen gozo. Los cristianos excepcionales, desde el comienzo, se niegan a sí mismos de una manera muy específica y van en pos de Dios también de una manera específica. Siempre que pasan por un quebranto particular, sienten un gozo muy especial. Cuando perciben que Dios opera en ellos de una manera especial, sienten un gozo especial. Así pues, tanto los cristianos excepcionales como los que son anormales constituyen excepciones. Aquí solamente nos estamos refiriendo a la condición normal de los cristianos en general.

EL PROPOSITO DE DIOS

El propósito de Dios al hacer todas estas cosas es:

A. Que no vivamos para nuestro propio provecho

Cuando leemos la Biblia durante un período de gran gozo y entusiasmo, lo hacemos con gran interés. Pero, ¿leemos la Biblia por el interés que ella nos causa o porque se trata de la Palabra de Dios? Por otra parte, nuestra oración, ¿tiene como propósito buscar a Dios y Su presencia, o sólo oramos por el gozo que sentimos al hacerlo? ¿Oramos por cumplir con nuestro deber, o realmente lo hacemos con miras a los intereses divinos? Si hacemos estas cosas para nuestro propio provecho y para nuestra propia gratificación, entonces nuestra meta no es la gloria de Dios. En el apogeo de nuestro entusiasmo, no nos damos cuenta de que hacemos estas cosas en función de nosotros mismos, aunque pensamos que lo estamos haciendo para agradar a Dios. Debemos darnos cuenta de que cuando estemos más entusiasmados, cuando parece que estemos en la cumbre de una montaña, ¡probablemente

sea cuando estemos más inmersos en nuestra carne! Es por esta razón que Dios nos despoja de nuestro gozo y nos lleva a experimentar sequedad. ¿Cómo nos sentimos entonces? Nos sentimos secos al orar, al leer la Biblia o al testificar del Señor. En tales circunstancias, Dios nos está enseñando una lección; El nos está haciendo comprender que lo que considerábamos como nuestras más elevadas experiencias espirituales, eran simplemente experiencias fabricadas por nosotros mismos. Quizás pensemos que se trataba de experiencias sumamente espirituales, pero no comprendemos que simplemente estábamos en la carne. Cuando nos relacionábamos con el mundo, expresábamos la parte maligna de nuestra carne; ahora, en cambio, procuramos expresar el aspecto bondadoso de nuestra carne. Dios nos prueba para ver si persistiremos en la oración, en la lectura de la Palabra y en dar testimonio de El durante aquellos tiempos en los que nuestro gozo se ha desvanecido y experimentamos sequedad. Dios no desea que tal sequedad sea demasiado abrumadora para nosotros y, por ello, nos devuelve el gozo después de un tiempo. Pero El tampoco desea que pensemos haber llegado a la cumbre de nuestra espiritualidad, así que nuevamente nos quita la sensación de gozo. Dios no quiere que la sequedad nos desanime al punto de que no queramos más ser cristianos; por lo tanto, nos da un poco de gozo nuevamente, haciendo que recuperemos nuestro gusto por la vida divina hasta cierto grado.

Cuando experimentemos sequedad nuevamente, Dios verá si hemos aprendido algo. Quizás pensemos de nuevo que hemos hecho algo malo. En realidad, ésta no es la intención de Dios; más bien, El desea observar si laboramos conforme a nuestro deber o si tan sólo lo hacemos motivados por el gozo que sentimos. Es posible que algunos tengamos que pasar por esta clase de experiencia unas cinco o seis veces; otros tal vez la experimenten unas siete u ocho veces. La mayor parte del tiempo, nuestros sentimientos alternan entre el gozo y la aridez. Este ciclo continuará hasta que Dios llegue a Su objetivo, es decir, hasta que nos demos cuenta de que buscamos el gozo sólo para nuestro propio provecho y no por causa de Dios. Esta es la primera razón por la cual Dios nos disciplina mediante las sensaciones de gozo y sequedad.

B. Que nuestra fuerza de voluntad sea disciplinada

Cuando estamos en la cima de la montaña, llenos de gozo, ¿nos sentimos obligados a hacer algún esfuerzo? ¡No! No tenemos que esforzarnos para leer la Palabra, para orar ni para testificar. Supongamos que por naturaleza, seamos parlanchines. Entonces, cuando nos sentimos contentos, cuando nos parece que Dios está tan cerca de nosotros que casi podemos tocar al Señor Jesús y a Dios mismo, preferiríamos encerrarnos en nuestro cuarto y no ver a nadie; en tales ocasiones, nos es fácil vencer nuestras debilidades naturales. Supongamos que somos muy temperamentales y que fácilmente damos rienda suelta a nuestro enojo. En aquellas ocasiones en que estamos llenos de entusiasmo, nos es fácil perdonar a los demás; pero cuando nuestro gozo se desvanece, somos como un puercoespín, y los demás no pueden tocarnos. Si lo hacen, nos enojamos. Cuando estamos entusiasmados, ningún aspecto de nuestra labor o de nuestra vida diaria nos parece agobiante. Pero cuando estamos secos, sentimos que tanto nuestra vida diaria como nuestro trabajo nos abruma. En tales ocasiones, tenemos que ejercitar nuestra fuerza de voluntad para leer la Palabra, orar o testificar. En tales ocasiones, sentimos que debemos esforzarnos sobremanera y que es nuestro deber leer la Biblia, orar y testificar. Inicialmente, cuando se trataba de dar testimonio del Señor, podíamos hablar durante cinco horas guiados por

nuestras agitadas emociones. Pero cuando experimentamos sequedad, no sabemos ni qué decir. Quizás hablemos de una manera muy restringida acerca de creer en el Señor y recibir la vida eterna. Nos vemos forzados a hablar. Cuando tenemos que hablar estando en la cumbre de nuestro entusiasmo, no necesitamos hacer ningún esfuerzo; sin embargo, cuando experimentamos aridez, tal labor puede parecernos extremadamente pesada y no somos capaces de realizarla sin tener que aplicar una gran dosis de determinación. Permítanme preguntarles: ¿Durante cuáles períodos nos ejercitamos más espiritualmente? Cuando nos sentimos secos. Si nos sentimos entusiasmados, quizás no se deba a ninguna experiencia espiritual, sino a la intensidad de nuestras emociones. Cuando experimentamos aridez, tenemos que ejercitar nuestra *voluntad* y, así, nuestra labor es realizada por nuestra verdadera persona. Dios permite que nos sobrevenga tal aridez a fin de que aprendamos a ejercitar nuestra fuerza de voluntad en tales circunstancias.

Supongan que navegamos de un lugar a otro en un velero. Quizás la jornada sólo requiera de unas cuantas horas. Al comienzo de tal travesía, como el viento sopla a nuestro favor, izamos las velas. Pero después de un tiempo, el viento deja de soplar; sin embargo, aún nos faltan horas de viaje. ¿Deberíamos sacar los remos y empezar a remar, o echar anclas y esperar hasta que el viento nos sea favorable para izar las velas nuevamente? Si queremos llegar a nuestro destino cuanto antes, debemos esforzarnos por remar. En tales ocasiones, empleamos la fuerza que verdaderamente tenemos. Esto es simplemente un ejemplo. Cuando estamos entusiasmados, en nuestras emociones, somos como un velero que depende del viento para navegar; el barco no tiene que hacer esfuerzo alguno. Preferiríamos que navegar fuera así de fácil durante todo el año. Pero si esto sucediera así, tanto el capitán como la tripulación del navío se tornarían inútiles, pues sólo serían capaces de navegar con el viento a su favor y, si el viento se tornara contrario, no sabrían qué hacer. Me temo que nadie querrá contratar a estos marineros. Cuando Dios permite que el viento sople a nuestro favor, le alabamos; pero El también nos insta a valernos del poder de la resurrección que nos fue dado, sin el cual no podríamos avanzar una vez que el gozo se haya desvanecido. Dios permite que nos sobrevenga sequedad, a fin de que aun cuando carezcamos de gozo y entusiasmo, nos valgamos de la fortaleza que es nuestra (la fortaleza que recibimos al ser regenerados). De esta manera, podremos superar obstáculos y vientos contrarios. El poder de la resurrección se hace más evidente cuando tenemos que enfrentamos a un entorno en el que la muerte impera.

Dios podría otorgarnos la ayuda de las emociones, pero esto no concuerda con Su propósito. La ayuda de las emociones es simplemente un medio más que Dios utiliza para disciplinarnos. En realidad, Su propósito es adiestrar nuestra voluntad, para que cuando atravesemos momentos oscuros, podamos ejercitar nuestra voluntad; y para que cuando experimentemos sequedad, echemos mano de nuestra voluntad para leer la Biblia, orar y testificar. Al hacer esto, nuestra fuerza de voluntad se hará cada vez más fuerte. Si solamente actuamos movidos por nuestras emociones, nunca avanzaremos. El motivo por el cual en ocasiones Dios nos da sentimientos de gozo, es para que no retrocedamos en nuestra vida cristiana. A esto se debe que el gozo que recibimos de El sea más breve a medida que avanzamos, y a esto también se debe que la aridez se vuelva cada vez más prolongada. Entonces, habremos de ejercitar nuestra voluntad con mayor frecuencia, y esto hará que nuestra voluntad sea fortalecida grandemente.

Si examinamos nuestras experiencias del pasado, veremos que tanto el gozo como la sequedad que experimentamos, fluctúan. También descubriremos que cuando nos sentimos gozosos no progresamos tanto, mientras que en los tiempos en que experimentamos aridez, progresamos mucho más que cuando estamos llenos de gozo. Observaremos también que durante las semanas de sequedad, habremos avanzado. Comúnmente pensamos que si todos los días son de sequía y sufrimiento, habremos de caer. Pero cuando confrontamos este concepto con nuestra experiencia, veremos que, por el contrario, es cuando nos sentimos débiles que logramos avanzar más. Cuando estamos contentos, no progresamos mucho. Si el viento es fuerte y sopla a nuestro favor, ¿habrá de ayudarnos a desarrollar nuestros músculos? No. Nuestros músculos se hacen más fuertes cuando nos enfrentamos a vientos contrarios. Recuerden que para los creyentes normales, no existen los así llamados altibajos espirituales. Nuestro crecimiento depende de la manera en que ejercitamos nuestra voluntad. Cuando experimentamos sequedad y ejercitamos nuestra voluntad para declarar: “¡Avanzaré!”, ciertamente avanzaremos. Lastimosamente, muchos creyentes fijan su mirada en la sensación de gozo, pues creen que ésta es la cúspide de toda experiencia espiritual. Qué lejos están de darse cuenta de que el verdadero progreso espiritual sólo se produce cuando ellos deciden avanzar.

C. Que prevalezcamos sobre nuestro entorno

Si pueden superar sus sentimientos de aridez, ciertamente podrán prevalecer sobre su entorno. El sentimiento de sequedad es el más difícil de superar. Si pueden superar tal sentimiento, ciertamente obtendrán la victoria sobre todo lo que les rodea. El entorno más cercano al cristiano es aquel formado por sus propias emociones. Sólo si obtienen la victoria sobre sus propias emociones, podrán superar todo lo demás. Si a pesar de sentir que llevan una vida llena de aridez, ejercitan su voluntad para declarar: “Leeré la Biblia, oraré y testificaré a otros del Señor”, entonces descubrirán que pueden prevalecer sobre toda clase de entorno, sin importar cuán difícil éste sea. Les digo con toda sinceridad, aquellos que no han obtenido la victoria sobre sus propias emociones, no podrán prevalecer sobre su entorno. Si desean prevalecer sobre su entorno, primero tienen que dominar sus propias emociones.

D. Que vivamos por fe

El gozo se vuelve cada vez más breve, mientras que la aridez se hace más y más prolongada. El gozo disminuye, mientras que la sequedad se intensifica. Como resultado de esto, tales experiencias habrán de fusionarse. Serán como dos arroyos que se juntan y no habrá más diferencia entre ellos. Al comienzo, nuestro gozo se vuelve más breve y menos intenso, mientras que la aridez se hace más prolongada e intensa. Pero al final, ya no podremos distinguir entre la aridez y el gozo. Dios nos lleva por este camino con el fin de mostrarnos que, finalmente, no hay diferencia entre una y otra experiencia. En otras palabras, nuestro gozo y la aridez que experimentamos, se fusionarán. Dios se ha propuesto lograr que el justo viva por fe. El justo no debe vivir gobernado por sus emociones; por tanto, no importa cómo nos sintamos, nuestras emociones no producirán nada real en nosotros. Algunos creyentes necesitan ser adiestrados por Dios durante diez o veinte años hasta que finalmente dejen de valerse de sus propias emociones. Dios nos adiestra al hacer que nuestra aridez se intensifique y se prolongue, a fin de que lleguemos a vivir por fe.

Si una persona no es salva, no podemos decir nada de ella. Pero si se trata de un creyente, ciertamente podemos afirmar que experimentará períodos de sequía cada vez más largos, y períodos de gozo cada vez más breves. Experimentará días comunes y corrientes cada vez más frecuentes, y días de gozo cada vez más escasos. Con ello Dios le estará mostrando cuál es Su meta. La vida del cristiano puede ser muy árida; en todo un año, quizás solamente experimente tres o cinco días de gozo. Y quizás algunos atraviesen de tres a cinco años de sequía sin experimentar gozo alguno. Si usted no ha sido adiestrado de esta manera, en aquel día descubrirá que la intensidad y fortaleza de sus emociones no son de utilidad alguna, pues el justo vivirá por fe.

Finalmente, si usted vive por fe, será capaz de llevar una vida llena de gozo aun cuando atraviere los momentos más áridos, y podrá sobrellevar una vida árida gozosamente. Estas palabras parecen contradictorias, pero constituyen una realidad en la vida espiritual. Lo que sucede es que Dios está conduciéndonos a llevar una vida en la que vivimos por la fe.

¿En qué consiste vivir por la fe? Consiste en aquello que los hebreos Sadrac, Mesac y Abed-Nego manifestaron al responderle a Nabucodonosor: “Nuestro Dios ... de tu mano, oh rey, nos librá. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Dn. 3:17-18). Ellos declararon que aun cuando Dios no los salvara, permanecerían firmes. En esto consiste vivir por fe. En la actualidad, entre los cristianos prevalece la tendencia de vivir inmersos en sus emociones. Por consiguiente, todas las veces que Dios les quita el sentimiento de gozo, quedan vacíos. Sin embargo, Dios dice que debemos vivir por la fe y no por nuestros sentimientos. En varios años llegaremos a comprender que el gozo y la aridez son lo mismo, y que estos ya no pueden afectarnos. Entonces, nuestra vida permanecerá inalterable, ya sea que experimentemos sequía o gozo. No tenemos que ser como aquellos cuyos vasos son tan reducidos, que se sienten fácilmente satisfechos. Cuando están contentos, danzan en su cuarto; y cuando experimentan sequedad, su habitación se inunda de lágrimas. Si vivimos por fe, nuestra vida no se verá afectada por ninguno de estos sentimientos. Esto no quiere decir que seamos personas insensibles, ni tampoco que estemos exentos de cualquier sentimiento de gozo o aridez. No obstante, estos sentimientos externos no habrán de afectarnos internamente. (En este capítulo nos hemos referido al gozo experimentado por el hombre exterior; no nos referimos al gozo del Señor que experimentamos en nuestro hombre interior. Este último, es un gozo profundo e inalterable. Pero tal gozo sólo puede ser disfrutado después de tener un completo control sobre el gozo externo).

CAPITULO DOCE

VIVIR POR FE Y EL RECORRIDO NECESARIO PARA TOMAR POSESION DE UNA VERDAD

Lectura bíblica: He. 10:38

Hace dos semanas hice referencia a muchos versículos con respecto a vivir por fe. Hoy día, sólo citaré un versículo. Hoy seguiremos tratando el asunto de vivir por fe, el cual comenzamos a abordar hace dos semanas. Ya vimos en qué consiste vivir por fe y no trataremos este aspecto nuevamente; sin embargo, es necesario añadir algunas palabras al último mensaje antes de tratar el tema que corresponde al día de hoy. No he de hablar en un orden determinado, sino que simplemente hablaré sobre varios aspectos, un poquito aquí y otro poquito allá.

Hace dos semanas hablé de la vida fluctuante que experimentan algunos creyentes; en ella, el creyente fluctúa entre el gozo y la aridez. Esta clase de persona sufre constantes altibajos en su vida cristiana. Después de una de las reuniones, algunos hermanos me hicieron preguntas acerca de la intensidad de tales experiencias. Ellos no podían entender por qué el gozo se vuelve cada vez menos intenso, mientras que la aridez se hace cada vez más intensa, y por qué al final no hay diferencia entre ambos. Con respecto a esto, debo dar más detalles hoy. Al usar el término *intensidad*, lo hice dándole a éste un significado especial. Una cosa es la intensidad real, mientras que otra cosa es la intensidad de nuestros sentimientos. La intensidad del gozo a la que hice referencia la última vez, se refiere a la intensidad de nuestros sentimientos. Esta es la intensidad que disminuye cada vez más; pero con aquello que es real sucede lo opuesto, es decir, su intensidad va en aumento. Con respecto a la aridez, el proceso es semejante: en realidad, la sequedad que experimentamos aumenta en intensidad, mientras que el sentimiento de aridez se hace cada vez menos intenso. El gozo al que hice referencia en el último mensaje alude al sentimiento de gozo; es esta sensación la que disminuye en intensidad. En cambio, al referirme a la aridez, me refería a la aridez como experiencia real y concreta, la cual ciertamente aumenta en intensidad. En cuanto a la duración de ambos, los períodos de gozo se hacen cada vez más breves, mientras que los períodos de sequedad son cada vez más prolongados. Con respecto a nuestros sentimientos, la sensación de gozo se hace cada vez menos intensa, mientras que, con respecto a la realidad que experimentamos, la intensidad de la aridez es cada vez mayor. Finalmente, uno no se siente ni gozoso ni seco.

¿Por qué no son dignos de confianza nuestros sentimientos? Nuestros sentimientos no son confiables porque el Dios en quien confiamos no ha cambiado, la obra del Señor no ha cambiado y la obra del Espíritu Santo tampoco ha sufrido variación alguna. No importa cuánto fluctúen nuestros sentimientos, no afectarán ninguna de estas cosas. Esto fue todo lo que dije en el mensaje anterior. Esta es sólo una de las razones por las que nuestros sentimientos no son dignos de confianza. Hoy les daré otra razón. Si bien las cosas que

dependen de Dios no han cambiado, debemos preguntarnos si nuestro ser ha sufrido cambio en algún aspecto.

Por ejemplo, probablemente hayamos perdido el gusto por la lectura de la Biblia, quizás hayamos dejado de orar intensamente o tal vez sintamos que nuestra obra carece de poder. Ya no nos sentimos tan emocionados como antes y pensamos que quizás hayamos caído o fracasado en algo. Pero mi pregunta es la siguiente: ¿Cuál es nuestra motivación? Si nuestra motivación ha cambiado, no tengo nada que decir al respecto, pues en realidad habremos fracasado. Pero si nuestra motivación no ha sufrido variación alguna, no hemos caído. Si nuestro corazón sigue siendo recto, entonces lo que tenemos que hacer es vivir por fe; no debemos preocuparnos por nuestros sentimientos.

En cierta ocasión, Hudson Taylor acudió a uno de sus más antiguos colaboradores, el señor Frost, diciéndole: “Me siento muy afligido. No soy el mismo que llegó por primera vez a China. Cuando recién llegué a China, mi alma ardía al ver a tantos hombres que no habían sido salvos. Día y noche oraba de todo corazón para que Dios enviara obreros de Inglaterra y Estados Unidos. Por años, he sentido amor por las almas de estos hombres, he orado con todo mi ser y he laborado diligentemente. Pero hay una cosa que se ha desvanecido: ya no siento el mismo entusiasmo como al inicio; estoy perdido. ¿Qué debo hacer?”. Cuando el señor Frost escuchó esta declaración, pensó: “Esto es terrible. El señor Taylor es el líder de la Misión al interior de China. Si él está perdido, esto es verdaderamente terrible”. Así que se dedicó a orar acerca de esto durante dos semanas. En su oración, el señor Frost le pedía a Dios que le mostrara cómo ayudar al señor Taylor. Cierta día, Dios le mostró la manera más clara de hacerlo, así que él buscó al señor Hudson Taylor para preguntarle: “Cuando dejó Inglaterra para venir a China, ¿se consagró usted a Dios?”. El señor Taylor le contestó: “Sí, por supuesto. En aquella ocasión me consagré a Dios”. Entonces el señor Frost le preguntó: “Durante estos últimos años, ¿se ha retractado en algún aspecto de esa consagración?”. El contestó: “No”. También le preguntó: “¿Ha disminuido su amor por las almas?”. El nuevamente respondió: “No”. “¿Ha cambiado su amor por el Señor?”. Nuevamente su respuesta fue: “No”. “¿Se ha enredado con el mundo?”. “No”, fue la respuesta una vez más. “¿Ha menguado su labor con respecto a salvar almas?”. “No”, le contestó el señor Hudson. Entonces el señor Frost le dijo: “Si todo esto es verdad, ¿por qué entonces habrían de preocuparle sus sentimientos? ¿Qué podrían hacer sus sentimientos?”. Este aparente fracaso del señor Hudson Taylor le enseñó una lección al señor Frost, a saber, que no deben importarnos nuestros sentimientos siempre y cuando sea recta la intención de nuestro corazón.

En realidad, no importa si no sentimos deseos de leer la Biblia o si ella no despierta en nosotros interés alguno. Lo que verdaderamente importa es nuestra motivación. ¿Nos hemos propuesto leer la Biblia? Si es así, entonces no importa si nos sentimos aburridos después de leer tres o cinco oraciones. Además, lo que importa es si hemos decidido orar o no. Si no estábamos dispuestos a orar, ¿por qué estamos arrodillados entonces? Una cosa es que sintamos deseos de orar, y otra muy distinta que hayamos decidido orar.

Tal vez cuando testificamos a otros, nos sentimos muy mal después de haberles hablado algunas palabras. Que nos guste o no testificar del Señor es una cosa, y es otra muy distinta el que nos hayamos propuesto hacerlo. ¿Ha cambiado nuestro anhelo por testificar a los

demás? ¿Amamos al mundo ahora? ¿Acaso nuestro amor por Dios ha cambiado? Si nuestra motivación no ha cambiado, no importa cómo nos sintamos. Recuerden que la vida fluctuante sólo ocurre en el ámbito de nuestros sentimientos. Pero en lo que respecta a nuestro ser, sólo existe una línea fija, la cual no asciende ni desciende. El verdadero fracaso ocurre cuando nuestro ser interior sufre un cambio o cuando cambian nuestras motivaciones. Si nuestras motivaciones han variado, entonces ciertamente habremos caído o nos habremos degradado. Incluso después de esto, si nos volvemos a levantar, tendremos una recuperación real. Pero si no nos levantamos, realmente no nos recuperaremos. Es decir, que esta clase de recuperación no tiene nada que ver con lo que comúnmente conocemos como altibajos o fluctuaciones en nuestra vida diaria.

Ahora quisiera hablar con respecto a vivir por fe y cómo se manifiesta esto en nuestra experiencia espiritual. Muchos cristianos aún consideran que, en cuanto a su experiencia espiritual, es un serio problema tener que enfrentarse con altibajos. Por ejemplo, cuando escuchan por primera vez acerca de una determinada verdad, se alegran mucho. Pero después que pasan dos o tres días, o dos o tres meses, les parece haber perdido dicha verdad. Tal parece que aquello que recibieron, se ha desvanecido y se ha perdido; obviamente, ellos consideran que esto es muy lamentable. Por este motivo, muchos buenos hermanos suelen preguntar cuál es el curso apropiado que nuestra experiencia espiritual debe seguir. En otras palabras, ellos quieren saber cómo avanzar y progresar espiritualmente. Es acerca de esto que quisiera hablarles.

Supongamos que un creyente primero escucha acerca de cierta verdad, como por ejemplo, acerca de cómo superar nuestro mal carácter o impulsividad, o sino la verdad revelada en Romanos 6:6 acerca de la crucifixión del viejo hombre mediante la muerte del Señor, la cual anula el cuerpo de pecado para que ya no seamos más esclavos del pecado. Al escuchar esto, tal persona se pone muy contenta. Luego, va a su casa y le dice a todo el mundo que de ahora en adelante no volverá a enojarse, pues ha recibido una verdad prevaleciente. A tal persona le parece haber alcanzado la cúspide de una montaña. Quizás piense que ha llegado a la cumbre de dicha experiencia. Si es un esposo, al llegar a su hogar quizás encuentre a su esposa haciendo erradamente esto o aquello. Tal vez la primera o la segunda vez logre contener su enojo, pero posteriormente no podrá contenerse más. A causa de ello, esta persona queda confundida. Pensó que había comprendido tal verdad y que, por ende, no volvería a enojarse. Pero, he aquí, nuevamente ha dado rienda suelta a su ira. ¿Acaso esto implica que la verdad que escuchó no es digna de confianza? Tal pareciera que las circunstancias han agujereado el bote que mantenía a flote tal verdad, y que ahora esta verdad se ha desvanecido. Probablemente dicha persona le suplique a Dios que nuevamente haga real Su palabra para ella, a fin de que pueda vencer una vez más. Así, la próxima vez que tenga que enfrentar una situación problemática, tratará nuevamente de contener su ira y continuará haciendo esto hasta que, finalmente, fracase una vez más. No puede entender por qué tal verdad, que una vez le causó tanto gozo, ahora parece haberse desvanecido. Tales pruebas serán cada vez más severas hasta que dicha persona llegue a pensar que la verdad revelada en Romanos 6:6 no se aplica a ella y, por tanto, se sentirá defraudada. En tales circunstancias, esta persona no ve luz alguna, sino que sólo ve oscuridad. Cuando se sentía en la cumbre de la montaña, era capaz de hablar de cualquier tema. Pero ahora, ya no piensa que tales verdades sean la espada del Espíritu; más bien le parece que son armas de paja, completamente ineficaces en sus manos.

¿Qué significa todo esto? Esta experiencia puede compararse con descender de la cumbre de la montaña y entrar en un túnel. Supongamos que hay tres montañas, y que la montaña del medio es atravesada por un túnel. Cuando nos parezca estar en la cumbre de la primera montaña, Dios nos hará descender hasta el valle, y nos colocará en un medio en el que todo nos parecerá oscuro. Entonces, habremos entrado en el túnel de la segunda montaña. Poco después, Dios nos guiará fuera del túnel, y entonces volveremos a experimentar el gozo que sentimos al estar en la primera montaña. Sólo que entonces ya estaremos en la tercera montaña. La ley que rige nuestro progreso espiritual determina que iremos de las cumbres de las montañas a los túneles, y de los túneles a las cumbres nuevamente. Cada vez que escuchamos acerca de una verdad, creemos poseerla. Por ejemplo, tal vez yo hable acerca de la enseñanza que el Señor Jesús impartió en los capítulos del 5 al 7 de Mateo, la cual trata acerca de la conducta que corresponde a los cristianos. Después de haber escuchado y recibido tal enseñanza, quizás usted piense que ha alcanzado la cumbre y que se encuentra en la cima del mundo. Pero debe recordar que todavía no ha tomado posesión de tal verdad. Usted nada más siente haberla alcanzado; pero, a los ojos de Dios, usted todavía no la ha alcanzado. Dios ha trazado un camino magnífico; El nos habrá de conducir desde la cumbre de la montaña hasta el valle, y hará que —con respecto a nuestra vida familiar, académica o laboral— tengamos que enfrentar diversas circunstancias. El habrá de ponernos en un lugar oscuro, de tal modo que tengamos que enfrentar una serie de pruebas. El hará que descendamos de las experiencias idealistas de la cumbre, a un túnel oscuro.

Todas las enseñanzas, verdades y sentimientos que usted recibió la primera vez, irán junto con usted al túnel. Entonces usted le dirá a Dios: “¡Oh Dios! No me es posible aferrarme a Tus verdades. Haz que la verdad se aferre de mí”. Cuando escuchamos una verdad por primera vez, pensamos haber tomado posesión de ella y creemos haber aprehendido gran parte de ella. Nos esforzamos al máximo por aferrarnos a tal verdad, comprenderla y ponerla en práctica. Después que decidimos actuar conforme a dicha verdad, Dios nos pondrá a prueba en medios muy diversos, tales como la familia o la escuela. Dios permitirá que los miembros de nuestra familia nos inquieten, que nuestros colegas nos causen problemas y que muchas otras cosas nos sucedan. Entonces veremos cómo aquella verdad de la que una vez nos aferramos, ahora se ha vuelto como de paja y parece haber sido llevada por el viento. Sentiremos que nuestras armas nos han sido confiscadas y que todo se ha perdido. Llegaremos a pensar que Romanos 6:6 no puede aplicarse a nosotros y que, lentamente, hemos dejado de asirnos a tal verdad. Finalmente, nos rendiremos por completo. Esto le dará la oportunidad a Dios de asirnos con Su verdad. No pensemos que esta experiencia “de túnel” habrá de durar sólo dos o tres días, o dos o tres meses; algunas veces suele prolongarse por tres o cinco años. Por lo menos puede prolongarse por uno o dos años.

Mientras experimentamos tales pruebas, tal vez pensemos que todo está perdido. Después de uno o dos días, uno o dos meses, o incluso uno o dos años, habremos olvidado completamente dicha verdad y no estaremos ya asidos de ella. Entonces, Dios nos recordará de aquella verdad que escuchamos una vez, de esa verdad que un tiempo nos llenó de emoción haciéndonos sentir en la cumbre de la montaña. Entonces, una voz nos dirá: “¿Acaso no dice Romanos 6:6 que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo para que el cuerpo de pecado sea anulado, a fin de que no sirvamos más al pecado como esclavos?”. Para entonces Dios ya nos habrá conducido a un punto en el que podemos

depositar nuestra fe en dicha verdad. Al comienzo, quizás nos preguntemos: “¿Será esto real? Quizás aún no lo he recibido. Tal vez no lo he comprendido todavía”. Ya no nos atrevemos a ser tan osados como la primera vez, y procuraremos actuar con calma, como si nada hubiera sucedido. Pero en nuestro ser surgirá nuevamente este versículo para recordarnos tal realidad. Entonces, poco a poco, Dios nos recordará que se trata de la palabra de Dios. Entonces nosotros responderemos: “Si bien yo fracaso, la palabra de Dios permanece firme”. Finalmente descubriremos que sí podemos creer en ello. Habremos salido del túnel que atraviesa la segunda montaña y arribado a la cumbre de la tercera montaña. Esta experiencia no producirá los mismos sentimientos que tuvimos en la primera cumbre. Sin la experiencia del túnel, no habríamos podido alcanzar la experiencia de la tercera cumbre. Las tinieblas quedaron atrás, pero las dificultades y pruebas subsisten. No obstante, hemos vencido. La verdad de la que tomamos posesión esta vez, realmente es nuestra. Cuando estábamos en la primera cumbre, aquella verdad que recibimos existía solamente en el ámbito de nuestros sentimientos. Por ello, Dios tiene que despojarnos de la confianza propia que nos embargaba en la primera cumbre. Así, El nos está liberando de llevar una vida inmersa en nuestros sentimientos, para introducirnos en el ámbito de vivir por fe.

La secuencia en la que Dios nos transmite Sus verdades es la siguiente: primero El nos muestra cierta verdad por medio de Sus siervos, por medio de algún libro, o quizás concediéndonos un entendimiento directo al leer la Biblia. Después de darnos tal verdad, El comienza a operar en nuestro ser para crear en nosotros una sensación de que necesitamos dicha verdad. Para ello, El hará que suceda algo en nuestro entorno o habrá de utilizar otros medios. Finalmente descubriremos que, a menos que experimentemos la liberación que trae esta verdad específica, no podremos seguir adelante. Al comienzo, quizás pensemos que por haber comprendido dicha verdad, ésta puede salvarnos. Solamente cuando atravesamos alguna prueba nos damos cuenta que tal verdad aún no nos pertenece. Después de esto, gradualmente olvidamos dicha verdad. Pero en medio de nuestro olvido y oscuridad, el Señor comenzará a operar. Sin que nos demos cuenta, El comenzará a hacer que dicha verdad empiece a formar parte de nuestro ser. Así, cuando salgamos del túnel, descubriremos que aquella verdad que olvidamos durante las horas de oscuridad, ahora nos pertenece.

Muchos creyentes identifican el gozo intenso y el entusiasmo con el hecho de tener poder. Pero tengo que decirles que nuestros sentimientos, llenos de entusiasmo, nos impiden llevar una vida de fe. Por tanto, Dios tiene que despojarnos de todo cuanto hayamos recibido mediante nuestros sentimientos, hasta que queden únicamente Dios y Su palabra. Entonces, El hará que creamos en Sus verdades calmadamente; no habrá entusiasmo ni sentimientos extraordinarios. Creemos, más bien, de una manera “fría”. Cuando logramos esto, somos llevados nuevamente a la cumbre de la montaña. Experimentaremos gozo nuevamente, pero este gozo es diferente del gozo que tuvimos la primera vez. Nuestro primer gozo carecía de fundamento, pero el gozo ahora tiene un fundamento sólido. Esta vez, Dios ha logrado que experimentemos una verdadera victoria, diferente de aquella primera victoria idealista, porque ahora hemos pasado por el túnel.

Es importante recordar que cuando un creyente desea obtener cierta experiencia espiritual, tiene que pasar primero por la prueba del túnel antes de que realmente posea algo. Cuando

usted recibe una verdad nueva, está muy contento. Pero tiene que ser cuidadoso, porque inmediatamente después de esto hay un túnel aguardándolo. Si no se ha dado cuenta de este hecho y en lugar de ello comienza a dudar de la fidelidad de la Palabra de Dios, entonces correrá peligro. Muchos cristianos, debido a que no conocen este principio, nunca salen del túnel. El objetivo de Dios es despojarnos de los sentimientos externos y de todas nuestras “muletillas”, de modo que Su palabra nos posea y seamos fortalecidos por medio de la fe. Hermanos, antes de que tomemos posesión de una verdad, es imprescindible que pasemos por el túnel. Sólo después de haber tenido tal experiencia, la experiencia del túnel, habremos poseído dicha verdad. Los sentimientos que tuvimos en la primera cumbre no son dignos de confianza. Sólo después de pasar por el túnel hemos de poseer la verdad. Esto se cumple con cualquier clase de verdad que queramos hacer nuestra.

Al principio, escuchamos una verdad y la recibimos con gozo. En esta etapa intervienen los maestros, pues ellos comparten tal verdad con nosotros. Pero no pensemos que simplemente por haber escuchado y comprendido tal exposición, dicha verdad ya nos pertenece. Dios tiene que llevarnos de la cumbre al valle y, después, al túnel, antes de que nuevamente podamos ascender a la tercera cumbre. Entonces, tal verdad nos pertenecerá. Hay un peligro en particular con los predicadores. Si ellos alcanzan la primera cumbre, generalmente piensan que han tomado posesión de la verdad y se dedican a proclamarla a los cuatro vientos; y aquellos que los escuchan también piensan haber adquirido dicha verdad. Pero cuando Dios los baja al valle y los conduce al interior del túnel, piensan que lo que escucharon estaba equivocado. En realidad, el error radica en los propios predicadores, pues cuando alcanzan la primera cumbre no deberían apresurarse a compartirlo, ya que todo tiene que ser introducido en el túnel. No podemos determinar el tiempo que tendremos que pasar dentro del túnel; puede ser un tiempo breve o muy prolongado. Pero esa verdad nos pertenecerá sólo después de salir del túnel. Después de haber pasado por esta experiencia, comprenderemos lo que dicha verdad significa realmente. Dios nos conduce por este camino a fin de mostrarnos que el justo vive por la fe y no por sus sentimientos. Al ser introducidos en el túnel, comprendemos que lo único que nos permitirá avanzar es la Palabra de Dios. Los sentimientos no tienen validez; sólo la Palabra de Dios cuenta. Una vez que hayamos atravesado el túnel, tal verdad será nuestra. Cuando Dios nos introduce en el túnel, pensamos haber perdido la verdad. Pero en realidad, Dios está haciendo que esa verdad, recibida sólo en nuestra parte emotiva, llegue a ser una experiencia real en nosotros por medio de la prueba del túnel. En otras palabras, cuando estamos en el túnel, realmente llegamos a poseer dicha verdad.

Permítanme ahora relatarles una historia a manera de ilustración. Tengo un amigo que es muy buen poeta. Un día, él visitó el taller de alfarería para ver cómo se fabricaban las piezas de cerámica. Vio a muchas personas haciendo vasijas de barro, puliéndolas y pintando en ellas flores y letras. Al final, las vasijas eran puestas en el horno donde se cocían. Mi amigo meditó acerca del dolor que las vasijas tenían que soportar en el horno y se preguntaba si tal sufrimiento era realmente necesario, puesto que una vasija que no ha pasado por el fuego tiene la misma apariencia que aquella que sí lo ha hecho. Sin embargo, internamente son muy diferentes. Una vasija que ha pasado por el fuego es capaz de contener agua y flores, mientras que aquella que no ha pasado por el fuego se disuelve al entrar en contacto con el agua. Por tanto, es imprescindible que la vasija pase por el horno. Mi amigo también notó que muchas vasijas fueron introducidas al horno, pero solamente un

tercio de ellas salía del horno sin haber sufrido daño. El regresó a su casa muy impresionado por lo que había visto y luego escribió un poema basado en las palabras de Pedro acerca del “fuego de tribulación” (1 P. 4:12). En ese poema, él se describió metafóricamente como un vaso, en el cual se habían pintado flores, letras y colores. Era un vaso hermoso, pero no podía soportar el roce de una mano ni unas gotas de agua. Si no pasaba por el fuego, nada en él podía ser sólido ni firme. En realidad, no le quedaba otra opción sino entrar en el horno. Dentro del horno había quejas y llanto, pero él tenía que pasar por este sufrimiento a fin de poseer aquella belleza que perdura. En el momento preciso, él emergería del horno y, entonces, no sólo adquiriría belleza externamente, sino que, además, poseería firmeza interna. Todas las figuras y letras que habían sido grabadas en él, habían llegado a formar parte de él; todas ellas le pertenecían y no podían serle quitadas ni podían ser borradas nunca más. Ahora, él estaba listo para ser presentado delante de cualquiera, incluso delante de un rey.

Nuestra experiencia con respecto a la adquisición de una verdad es parecida a la experiencia del vaso de porcelana. Cuando las flores y las letras son pintadas en nosotros por primera vez, pensamos que todo está bien. Pero no podemos soportar que se nos toque y seríamos arruinados al ser lavados. Aún no hemos tomado plena posesión de la verdad, sino que sólo la hemos comprendido con nuestra mente y estamos emocionados al respecto. Nos regocijamos prematuramente. Debemos recordar que siempre que atravesamos alguna prueba, es con el fin de ser ayudados a poseer la verdad que hemos escuchado. Supongamos que hemos escuchado la verdad acerca de ser pacientes. Entonces, nos sobrevendrá una prueba con el fin de causarnos impaciencia. Así, la prueba a la que habremos de enfrentarnos nos pondrá en una situación completamente contraria a la verdad que hemos recibido en nuestra parte emotiva. Dios desea que pasemos por el fuego del horno. Muchos entran al horno y no vuelven a salir. Pero si pasamos por el fuego y salimos de él, lo que hayamos adquirido será firme. Entonces estaremos nuevamente en la cumbre. La verdad que habíamos recibido anteriormente era inútil; pero ahora, la verdad que poseemos es muy útil. La espada que anteriormente habíamos adquirido, no podía ser usada para pelear; pero la espada que ahora poseemos, sí puede ser usada en el combate. Anteriormente sólo teníamos una apariencia externa y agradable a la vista; pero ahora poseemos algo muy sólido en nuestro interior. Anteriormente, estábamos en la esfera de nuestra mente y emociones; pero ahora hemos adquirido algo verdadero.

Cuando escuchamos por primera vez una verdad, nos vamos a casa regocijándonos. Pero a esto le siguen las pruebas. Tenemos que pasar por el fuego. He aquí la diferencia entre los que son fieles y los que no lo son. No es suficiente pintar el vaso con colores hermosos a fin de hacerlo agradable a la vista; el vaso tiene que ser pasado por fuego y salir de allí, a fin de poder ser útil. Lo que hemos recibido en nuestra parte emotiva solamente, ante Dios carece de toda utilidad. Tenemos que pasar por el fuego y ser despojados de todo lo externo antes de poder recibir algo real. Cuando recibimos una nueva verdad y nos sentimos felices por ello, no debíamos pensar que ya poseemos dicha verdad. En el túnel todo es oscuro y no hay luz en absoluto. Pero no por ello debemos pensar que hemos perdido la verdad que recibimos inicialmente. Antes bien, tenemos que darnos cuenta que al pasar por todo esto, verdaderamente habremos de adquirir tal verdad. Dios se ha propuesto librarnos de llevar una vida regida por nuestras emociones, y enseñarnos a vivir por fe. Hay un solo principio detrás de todo esto: que el justo vivirá por la fe y no por los sentimientos. El principio que

rige toda experiencia espiritual es siempre el mismo, a saber: primero sentimos gozo en la primera cumbre, luego experimentamos el túnel, y finalmente sentimos el gozo genuino en la tercera cumbre. Después de esto, habremos obtenido algo real.

¿Por qué Dios siempre nos hace sentir gozosos en la primera cumbre, al inicio de nuestra experiencia espiritual? El tiene un propósito para ello. Si no gustamos de la verdad, no la recibiremos. Madame Guyón dijo que Dios siempre nos permite gustar del gozo que trae toda nueva verdad, de modo que nos aferremos a ella, aun mientras atravesamos el túnel. Cuando hayamos pasado la prueba y salgamos del túnel, disfrutaremos plenamente del gozo que tal verdad proporciona. Primero, recibimos un anticipo; pero después de la prueba, experimentamos un gozo pleno y sin restricciones.

Ahora podemos ver el recorrido que todo cristiano debe seguir. No es posible poseer una verdad sin pasar por la prueba del túnel. Puesto que nuestros sentimientos no son de fiar, debemos tomar la fe como único principio. Dios nos despoja de nuestros sentimientos para que tengamos la oportunidad de confiar en El. Si no somos liberados de nuestros sentimientos, no confiaremos en Dios.

Algunos hermanos han preguntado: “¿Por qué aquella verdad que creemos haber recibido en la primera cumbre —la verdad con la que fuimos impresionados en nuestra parte emotiva—, no es de fiar? ¿Por qué tenemos que pasar por la experiencia del túnel antes de que la verdad que poseemos sea confiable? ¿Qué relación tiene esto con nuestros sentimientos?”. La razón para ello es que cuando sentimos el gozo correspondiente a la primera cumbre, al comprender cierta verdad, pensamos que ya lo hemos obtenido todo y que todo es nuestro; pero en realidad, aún no poseemos nada. Dios nos pone en el túnel a fin de que la verdad en cuestión llegue a ser realmente nuestra. Cuando entramos al túnel todo está oscuro y no hayamos dónde apoyarnos. Tal parece que la Palabra de Dios no se cumple, y no sabemos por qué. Pareciera que la Palabra de Dios, Sus promesas y los hechos consumados por El, son todos ineficaces. Pareciera que fuimos engañados por nuestros sentimientos, y que ahora, según nuestros sentimientos, todo está perdido. Pero después de cierto tiempo, la verdad regresa a buscarnos. A pesar de que, conforme a nuestras circunstancias, no sentimos nada, la verdad nos parece más real y nos es más fácil depositar nuestra fe en ella. Lo que sucede es que Dios nos libera de aquello que, según nuestros propios sentimientos, pensábamos poseer y comprender; Dios hace esto a fin de que podamos poseer y comprender tal verdad. Andrew Murray dijo una vez que el Espíritu Santo nos explica la Palabra de Dios. Yo quisiera añadir algo más: únicamente el Espíritu Santo nos puede explicar la Palabra de Dios. Por ejemplo, todas las noches nos reunimos para estudiar la Biblia. Aun cuando hayamos leído cada versículo y hecho la correspondiente exposición, eso no tiene valor alguno; tenemos que olvidar estas cosas y permitir que se pierdan en el interior del túnel antes de que pueda darse un verdadero comienzo en fe. El Espíritu Santo tiene que explicarnos estas mismas cosas una segunda vez. Todo aquello que pensamos entender, lo hemos comprendido apenas en el ámbito de nuestros sentimientos. Nos falta pasar a través del túnel. Solamente la experiencia ganada en el túnel es real. Así lo determina el principio de la fe.

CAPITULO TRECE

LAS DOS NATURALEZAS: UNA PLATICA CON LOS CREYENTES JOVENES

Un gran número de personas que han creído en el Señor Jesús aceptándolo como su Salvador, han descubierto una nueva experiencia poco después de haber creído en El: parecen tener dos naturalezas en su corazón. Estas dos naturalezas son incompatibles una con la otra; una es maligna, y la otra es buena. Algunas veces, cuando la naturaleza buena domina, la persona se vuelve muy amorosa, paciente, bondadosa y dócil. Pero otras veces, cuando prevalece la naturaleza maligna, tal persona se vuelve celosa, malhumorada, perversa y obstinada. Los creyentes que pasan por tal experiencia, sufren constantes altibajos en su vida diaria. Algunas veces, tal parece que su condición espiritual se encuentra en la cumbre de la montaña, pero otras veces, parecen estar sumidos en un valle profundo. Esta clase de vida espiritual también es semejante a las olas del mar, algunas veces altas y otras veces bajas. ¡Los creyentes que se hallan en tal condición se desconciertan! ¿Por qué sienten gozo? ¿Y por qué se sienten tristes? ¿Por qué algunas veces somos capaces de amar tanto a cierta persona y podemos soportar las burlas de los demás? ¿Y por qué otras veces estamos tan carentes de amor y nos mostramos impacientes? Cuando esta persona se encuentra en la cumbre de su condición espiritual, experimenta paz y gozo inefables. Pero cuando está abatida espiritualmente, se llena de tristeza y se siente deprimida. Antes de haber creído en el Señor, aquella persona era bastante insensible, incluso cuando pecaba. Pero ahora es muy distinta. Tal vez, accidentalmente, diga algo equivocado o haga algo malo. Anteriormente, consideraba estas cosas como triviales y no le molestaba su conciencia. Pero ahora, se condena a sí misma y se halla sumida en un intenso *sentimiento de culpa*. Aunque nadie la condena, esta persona se reprocha a sí misma por haber hecho tales cosas.

Tal sentimiento de culpa es abrumador. Hace que el creyente se sienta avergonzado, culpable y bajo condenación. Sólo después de comprobar que el Señor ha perdonado completamente sus pecados y después de recuperar su gozo espiritual, este creyente puede sentirse contento. Sin embargo, esta clase de felicidad no le dura mucho. Aquellos creyentes que permanecen en tal nivel de crecimiento en la vida divina, muy pronto tropezarán nuevamente y ¡perderán nuevamente su gozo! Al poco tiempo, ¡se encontrarán cometiendo nuevamente el mismo pecado! Les parece tan natural caer en pecado. Es como si algún poder interno los *dominara* en un instante, y los condujera a decir y hacer algo errado sin poder controlarse. Al estar en tal condición, dichos creyentes invariablemente se encuentran llenos de remordimiento. Invariablemente, ellos hacen ante el Señor una serie de votos y decisiones. Se imponen a sí mismos una serie de normas, con la esperanza de no cometer nuevamente el mismo error. A la vez, ruegan ser limpiados nuevamente con la sangre del Señor y procuran que el Señor los llene nuevamente del Espíritu Santo. Después de esto, parecen sentirse bastante satisfechos y creen haber dejado atrás su último pecado; piensan que de ahora en adelante se encuentran camino a la santidad. Sin embargo, los hechos son contrarios a tales deseos, pues muy pronto, quizás apenas unos días después,

¡caen nuevamente! Una vez más, se hunden en un profundo remordimiento a causa de su fracaso y se sienten profundamente acongojados; sus esperanzas de llegar a ser santos se hacen añicos. Todas las decisiones que tomaron y las normas que se impusieron a sí mismos, no les han servido de nada. Y aunque probablemente reciban de nuevo el perdón del Señor, les resulta difícil creer que serán capaces de refrenarse para no pecar nuevamente. Aunque todavía oran, rogando al Señor que los guarde, abrigan muchas dudas en su corazón y comienzan a preguntarse si verdaderamente el Señor puede guardarlos de volver a pecar.

Los nuevos creyentes experimentan esto con mucha frecuencia. Casi a diario, se condenan a sí mismos y se llenan de congoja. A veces se condenan a sí mismos varias veces al día, incluso docenas de veces diariamente. Tal vida en la que se encuentran vagando en el desierto, hace que lleguen a dudar hasta de haber sido regenerados. Pues, ¿acaso no dicen las Escrituras: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado”? (1 Jn. 3:9). Así que, llegan a pensar que si pecan todo el tiempo, ¡probablemente quiere decir que todavía no han sido regenerados! La desilusión y el desaliento que sienten en tales ocasiones son tan profundos, que incluso con lágrimas no pueden ser expresados.

Puesto que estos creyentes han experimentado muchos fracasos, se proponen permanecer alertas y resuelven combatir hasta el final en contra del pecado que mora en ellos. Constantemente se recuerdan a sí mismos que deben permanecer en guardia por si sus antiguas debilidades los atacaran nuevamente. Procuran mejorar en aquellas áreas en las que antes han fracasado constantemente. Han resuelto despojarse “del pecado que tan fácilmente nos enreda” (He. 12:1). Por supuesto, esto les ayuda mucho en cuanto a su conducta externa. Sin embargo, el pecado que mora en ellos sigue tan activo como antes; no han logrado sofocar su energía. A la postre, dichos creyentes fracasan nuevamente. Consideremos el caso de alguien que procura dominar su mal genio. Después que un creyente se da cuenta de que su pecado recurrente consiste en que fácilmente da rienda suelta a su enojo, procurará estar alerta y controlarse en todo momento. Quizás esto le dé resultado cuando se trata de pequeños inconvenientes; tal vez le ayude a vencer una o dos tentaciones. Sin embargo, aunque sea capaz de contener su ira temporalmente, cuando los demás continúen irritándolo, llegará el momento en que dará rienda suelta a su ira. Quizás haya tenido éxito en algunas ocasiones, pero en cuanto se descuide, se enojará nuevamente. Cuando es tentado, probablemente haya un conflicto muy grande en su corazón. Por un lado, este creyente sabe que no debe enojarse, sino que debe ser amable. Por otro lado, cuando considera cuán irracional y ofensiva es la otra persona, siente la necesidad de defenderse y castigar tal comportamiento. Esta clase de conflicto resulta bastante común entre los creyentes. Lamentablemente, con frecuencia el resultado es el fracaso en lugar de la victoria. Una vez que agotan su paciencia, fracasan nuevamente. Una persona que verdaderamente ha sido regenerada, atraviesa con frecuencia por esta clase de experiencias al comienzo de su vida cristiana. ¡No podemos saber cuántas lágrimas son derramadas a causa de las derrotas que experimentamos en esta clase de conflictos internos!

Amados hermanos, ¿han sufrido ustedes las experiencias que acabamos de describir? ¿Quieren conocer el motivo de todas ellas? ¿Desean superarlas? Quiera el Señor bendecir nuestra plática el día de hoy, a fin de que aprendamos a crecer en Su gracia.

Antes de hablar de nuestra condición actual, necesitamos primero comprender qué clase de persona éramos antes de creer en el Señor. Después, hablaremos de nuestra condición después de haber creído. Sabemos que somos personas compuestas de tres partes: el espíritu, el alma y el cuerpo. El *espíritu* es el órgano con el cual tenemos comunión con Dios. Los animales no tienen espíritu y, por tanto, no pueden adorar a Dios. El *alma* es el asiento de nuestra personalidad. Nuestra voluntad, mente y parte emotiva son funciones que corresponden a nuestra alma. Y el *cuerpo* es nuestro caparazón exterior. Aunque el hombre es un ser caído, todavía posee estas tres partes. Y después de haber sido regenerado, el hombre aún posee estas tres partes. Cuando Dios creó al hombre, lo creó con la capacidad de tener conciencia de sí mismo; así, el hombre era una criatura viviente y poseedora de una conciencia. El hombre tenía un espíritu y, por ello, difería de las otras clases inferiores de criaturas. Además, el hombre poseía un alma y, por ende, difería de los ángeles de luz, quienes son únicamente espíritu. La parte central del hombre era su espíritu, el cual controlaba todo su ser; es decir, el espíritu del hombre controlaba su alma y su cuerpo. El hombre vivía completamente en función de Dios; las emociones de su alma y las exigencias de su cuerpo estaban todas gobernadas por su espíritu y tenían como único propósito glorificar a Dios y adorarlo.

Pero ¡he aquí que el hombre cayó! Esta caída no eliminó ninguno de los tres elementos de los cuales estaba compuesto el hombre. Sin embargo, el orden de estos tres componentes fue alterado. La condición del hombre cuando aún estaba en el huerto del Edén, nos muestra claramente que la humanidad se había rebelado contra Dios; su amor por Dios había cesado, y el hombre se había declarado independiente de Dios. Génesis 3:6 dice: “Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer [esto alude a los apetitos del cuerpo, los cuales surgen primero], y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable [esto alude al afecto que surge de nuestra parte emotiva en el alma, el cual surge después que los deseos del cuerpo se han manifestado] para alcanzar la sabiduría [tal era la insinuación hecha por Satanás: “Y seréis como Dios, sabiendo...” (3:5); se trataba, por tanto, del espíritu que rechazaba a Dios y del hombre que procuraba satisfacer los apetitos del alma y del cuerpo; esto es lo que ocurre finalmente]”. Así, el hombre cayó, y su espíritu, su alma y su cuerpo se vieron afectados. Entonces, el espíritu quedó sujeto al alma, y el alma fue dominada por sus muchas tendencias. El cuerpo, a su vez, desarrolló muchos deseos y apetitos anormales, con los cuales seducía al alma. Originalmente, el espíritu era quien dirigía al hombre; pero ahora, era el cuerpo el que lo dirigía a fin de satisfacer sus concupiscencias. En la Biblia, a estos apetitos del cuerpo se les llama: la carne. A partir de ese momento, el hombre llegó a ser carne (Gn. 6:3). Esta *carne* constituye ahora la *naturaleza* propia del hombre que ha pecado; ha llegado a ser la constitución natural del hombre. La naturaleza de nuestro ser es aquel principio vital o constitución intrínseca que rige todo nuestro ser. Desde los tiempos de Adán, todo aquel que es nacido de mujer lleva en sí esta naturaleza pecaminosa; es decir, todos somos de la carne. Después de haber comprendido cuál es el origen de la carne y que la carne no es sino nuestra naturaleza pecaminosa, ahora podemos considerar el carácter de esta carne. No podemos esperar que esta carne mejore. La naturaleza humana es muy difícil de cambiar; de hecho, no cambiará. El Señor Jesús dijo: “Aquello que es nacido de la carne, carne *es*”. Notemos el último vocablo: “*es*”. Aquello que es nacido de la carne, *es* carne. No importa cuánto se reforme una persona, ni cuánto mejore y se eduque, la carne *sigue* siendo carne. No importa cuánto una persona se esfuerce por hacer actos caritativos y de benevolencia, por brindar ayuda a los más necesitados, por amar a los demás o servirlos;

aún así, *sigue* siendo carne. Aun si pudiera hacer todas estas cosas, seguirá siendo carne. “Aquellos que es nacido de la carne, carne es”. Puesto que lo que nace es carne, carne será el resultado final. No hay ningún hombre sobre la tierra que pueda cambiar su propia carne. Tampoco *Dios, que está en los cielos*, puede cambiar la carne del hombre, es decir, la naturaleza del hombre.

Puesto que Dios vio que era imposible enmendar, mejorar o cambiar la naturaleza pecaminosa del hombre, El introdujo el maravilloso camino de la redención. Sabemos que el Señor Jesús murió por nosotros en la cruz del Gólgota. También sabemos que al creer en El y recibirlo como nuestro Salvador, *somos* salvos. Pero, ¿por qué Dios nos libra de la muerte y nos da vida una vez que hemos creído en el nombre de Su Hijo? Si este acto de creer no implica una *transacción* real en lo referente a nuestra vida, lo cual difiere de un mero “*cambio*” o reforma, ¿acaso Dios no estaría llevando al cielo a hombres que todavía están llenos de pecado? Ciertamente, tiene que haber un profundo mensaje implícito aquí.

Después que creímos en el Señor Jesús, Dios no nos deja seguir viviendo según nuestra naturaleza pecaminosa, esto es, según la carne. Dios sentenció al Señor Jesús a morir debido a que El se había propuesto, por un lado, que el Señor fuese hecho pecado por nosotros y, por otro lado, que la vieja creación adámica fuese crucificada juntamente con Cristo; de esta manera, El podría impartirnos una nueva vida. Cuando creímos en el Señor Jesús como nuestro Salvador, Dios nos dio esta nueva vida, la cual trae consigo una nueva naturaleza. “Por medio de las cuales El nos ha concedido preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 P. 1:4). Cuando creímos, Dios nos impartió Su propia vida, la vida divina, juntamente con la naturaleza divina. Esta naturaleza es absolutamente nueva, y difiere completamente de nuestra vieja naturaleza pecaminosa. Tal naturaleza no es producto de haber mejorado nuestra vieja naturaleza. Más bien, en el instante mismo en que creímos en el Señor Jesús aceptándolo como nuestro Salvador, ocurrió una transacción misteriosa. Esto es la regeneración, la cual consiste en nacer de arriba y en recibir la vida de Dios y la naturaleza de Dios. La regeneración no es algo que el hombre pueda sentir; más bien, es la operación del Espíritu Santo de Dios en nuestro espíritu, mediante la cual nuestro espíritu recobró la posición que había perdido y la vida de Dios se estableció en nuestro espíritu. “El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Jn. 3:8). *Todos* aquellos que verdaderamente han creído en el Señor Jesús, poseen el Espíritu Santo, el cual opera en ellos de esta manera. Aquellos que sólo ejercitan sus labios o su mente al creer, en realidad no han sido regenerados; pero todos aquellos que creen con el corazón, son salvos (Ro. 10:9) y ciertamente han sido regenerados.

Ahora bien, *dos naturalezas* surgen en el creyente. Una es la naturaleza pecaminosa, la carne, la cual es la naturaleza del viejo Adán; y la otra es la vida espiritual, el “espíritu nuevo”, cuya naturaleza es la de Dios. Hermanos, ustedes han creído en el Señor Jesús y saben que son salvos. Por este motivo, ya han sido regenerados. Ahora, deben saber que en ustedes coexisten *dos* naturalezas. Estas dos naturalezas son causa de innumerables conflictos internos. La razón por la que ustedes fluctúan de arriba a abajo y por la cual alternan entre la victoria y la derrota, es que estas dos naturalezas ejercen influencia sobre

ustedes. Estas dos naturalezas son la clave para comprender el enigma de una vida constante de lucha.

El hecho de que un nuevo creyente experimente conflictos internos y sentimientos de culpa, *comprueba* que éste ha sido regenerado. Una persona que no ha sido regenerada, aún está muerta en sus pecados. Si bien es posible que a veces se sienta condenada por su conciencia, tal sentimiento de culpa es bastante vago. Si una persona no posee la nueva naturaleza, es obvio que no experimentará conflicto alguno entre la nueva naturaleza y la vieja naturaleza.

La Biblia describe claramente el conflicto que existe entre la nueva y la vieja naturaleza. En Romanos 7, valiéndose de su propia experiencia, Pablo describe vívidamente la clase de vida que llevamos al estar inmersos en tal conflicto: “Porque lo que hago, no lo admito; pues no practico lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (v. 15). Este es el conflicto que existe entre la nueva y la vieja naturaleza. La descripción hecha aquí corresponde a la experiencia de un creyente recién nacido. Cuando atraviesa por tales experiencias, esta persona es todavía un bebé en Cristo. Por encontrarse en la infancia de su vida espiritual, todavía es infantil y desvalido. En este versículo, la nueva naturaleza es la que “quiere” y “aborrece”. Si bien la nueva naturaleza quiere hacer la voluntad de Dios y aborrece el pecado, la vieja naturaleza es demasiado fuerte. Esto, junto a lo débil que pueda ser la voluntad de una determinada persona, lo impulsa a pecar. Sin embargo, la nueva naturaleza no peca. “De manera que ya no soy yo quien obra aquello, sino el pecado que mora en mí” (v. 17). El primer sujeto es el “yo”, el cual corresponde a la persona que posee la nueva naturaleza. Aquí, “el pecado” es otro nombre dado a la vieja naturaleza. Por tanto, este versículo significa que quien peca no es el nuevo “yo”, sino la naturaleza pecaminosa. Por supuesto, esto no exime de responsabilidad al hombre. A continuación, Pablo describe las contradicciones que existen entre la nueva naturaleza y la vieja naturaleza, esto es, la contradicción que existe entre la naturaleza pecaminosa y la vida espiritual.

“Pues yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso practico ... Así que yo, queriendo hacer el bien, hallo esta ley: Que el mal está conmigo. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que está en guerra contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Ro. 7:18-23). Esta es la experiencia común de todos los creyentes: deseamos hacer el bien, pero somos incapaces de hacerlo; así como también deseamos oponernos a lo malo y, no obstante, somos incapaces de resistirlo. Cuando la tentación viene, cierto poder (una “ley”) anula nuestro anhelo de santidad. Como resultado de ello, hablamos lo que no debíamos hablar y hacemos lo que no debíamos hacer. A pesar de tantas resoluciones y votos, somos incapaces de evitar que tal poder opere en nosotros.

En Gálatas, Pablo describe nuevamente el conflicto que existe entre estas dos naturalezas: “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (5:17). La vieja naturaleza y la nueva naturaleza son enemigas la una de la otra. Ambas luchan por ganar *absoluta* primacía sobre nosotros. La vieja naturaleza tiene sus propios deseos y su propio poder, y la

nueva naturaleza también tiene los suyos. Ambas naturalezas existen en nosotros simultáneamente. Por tanto, el conflicto es constante. Esto es similar a cuando Esaú y Jacob estaban en el vientre de Rebeca; el uno era diametralmente opuesto al otro, y pugnaban entre sí aun dentro del vientre de su madre. Cuando el Hijo de Dios estuvo en la tierra, todas las potencias terrenales confabulaban para matarlo. Asimismo, mientras el Hijo de Dios viva en nuestro corazón como nuestra nueva vida, todos nuestros deseos carnales pugnarán por echarlo fuera.

Antes de continuar, es necesario que primero entendamos las características que ambas naturalezas poseen. La vieja naturaleza es nacida de la carne. Así que, en ella “no mora el bien” (Ro. 7:18). Por su parte, la nueva naturaleza procede de Dios, y por tanto “no puede pecar” (1 Jn. 3:9). La nueva naturaleza y la vieja naturaleza difieren por completo. No sólo proceden de dos fuentes distintas, sino que difieren incluso en cuanto a su función. Sin embargo, ambas coexisten en el creyente. La vieja naturaleza es la carne. “Y los que están en la carne no pueden agradar a Dios” (Ro. 8:8). La nueva naturaleza es el espíritu nuevo. “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y con veracidad es necesario que adoren”. Si no tuviéramos que compararla con la nueva naturaleza, en términos humanos, la vieja naturaleza no nos parecería tan mala, pese a sus tendencias a ser indulgente consigo misma y a la concupiscencia. Sin embargo, cuando una persona ha sido regenerada, junto con la nueva vida recibe una nueva naturaleza. Al comparar la nueva naturaleza con la vieja naturaleza, las verdaderas características de la vieja naturaleza son puestas en evidencia.

En contraste con la nueva naturaleza, resulta evidente que la vieja naturaleza es maligna, mundana e incluso demoníaca. La nueva naturaleza, por su parte, es santa, celestial y divina. Con el paso del tiempo, la vieja naturaleza se ha mezclado profundamente con nuestra persona misma; por eso, se requiere de un tiempo bastante prolongado para que, en nuestra experiencia, esta vieja naturaleza sea anulada. La nueva naturaleza recién ha nacido en nosotros y, debido a que la carne y la naturaleza pecaminosa han llegado a ser tan fuertes en nuestro ser, tanto el crecimiento de la nueva naturaleza como el desarrollo de sus funciones se hallan reprimidos. Por supuesto, hablamos únicamente desde la perspectiva humana. Esto es semejante a las espinas que ahogan el crecimiento de la semilla, la palabra de Dios. Debido a que ambas naturalezas se oponen entre sí, cuando viene la tentación, experimentamos conflictos feroces. Puesto que la vieja naturaleza se ha hecho tan fuerte y la nueva naturaleza todavía es débil, frecuentemente terminamos haciendo aquello que no deseamos hacer y no somos capaces de hacer aquello que quisiéramos. Ya que la nueva naturaleza es santa, cuando fracasamos, nos sentimos profundamente arrepentidos y nos condenamos a nosotros mismos, suplicando que la sangre de Cristo nos limpie del pecado. Hermanos, ahora pueden comprender por qué experimentan conflictos internos. Tal clase de conflictos demuestra con absoluta certeza que ustedes han sido regenerados.

Ahora, la pregunta más crucial es: ¿Cómo podemos obtener la victoria? En otras palabras, ¿cómo podemos rechazar el poder que ejerce sobre nosotros la vieja naturaleza así como la operación que ésta realiza en nosotros? Además, ¿cómo podemos andar según las aspiraciones de la nueva naturaleza, a fin de agradar a Dios? Leamos los siguientes tres versículos:

“Pero los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias” (Gá. 5:24).

“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”. “Digo pues: Andad por el Espíritu, y así jamás satisfaceréis los deseos de la carne” (vs. 25 y 16).

Estos tres versículos nos muestran dos maneras de vencer la carne, o sea, la naturaleza pecaminosa, la vieja naturaleza, la naturaleza adámica. De hecho, ambas maneras no son sino dos aspectos o fases de un mismo método: la cruz y el Espíritu Santo conforman la única manera en la que podemos vencer la naturaleza pecaminosa. Aparte de este único camino, cualquier resolución humana, voto o determinación, está destinado al fracaso.

Hemos visto que todos nuestros fracasos son causados por la tenacidad de la naturaleza pecaminosa; llegamos a caer muy bajo debido a tal naturaleza. Por tanto, si vencemos o no, dependerá de si somos capaces de enfrentarnos a nuestra naturaleza pecaminosa, la cual es nuestra carne. Damos gracias a Dios porque, aunque somos tan débiles, El ha preparado la manera para que vencamos. En la cruz, Dios preparó el camino para nosotros. Cuando el Señor Jesús fue crucificado, El no sólo murió por nosotros, sino que además, El crucificó nuestra carne *juntamente con El* en la cruz. Por tanto, la carne de todos los que pertenecemos a Cristo Jesús y que hemos sido regenerados, ha sido crucificada. Cuando El murió en la cruz, nuestra carne también fue crucificada. La muerte del Señor Jesús fue una muerte que incluyó dos aspectos: una muerte vicaria, y una muerte con la cual podemos identificarnos y a la cual podemos estar unidos. Ambos aspectos fueron *plenamente* realizados en la cruz. Anteriormente, creímos en Su muerte vicaria y fuimos regenerados. Y ahora, de la misma manera, creemos que nuestra carne ha sido crucificada juntamente con El y, así, somos llevados a experimentar la muerte de nuestra carne.

Sabemos que la carne nunca dejará de ser carne. Por eso Dios nos dio una nueva vida y una nueva naturaleza. Pero entonces, ¿qué haremos con nuestra carne? Puesto que Dios la consideró sin esperanza y sin posibilidad alguna, El determinó darle fin, es decir, la hizo morir. No hay otra opción que la de hacer morir la carne. Por tanto, “los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias”. Esto es hacer morir la carne. Y esto es lo que logró el Señor Jesús; ¡El ya lo ha logrado! Al crucificar nuestra carne juntamente con El, hizo posible que nosotros hagamos morir nuestra naturaleza pecaminosa. Esto ha sido logrado sin ningún esfuerzo de nuestra parte.

¿Cómo conseguimos experimentar esta crucifixión? Hemos dicho que la manera de hacerlo es por medio de la fe. Romanos 6:11 dice: “Así también vosotros, consideraos muertos al pecado”. Aquí, el pecado se refiere a nuestra naturaleza pecaminosa, la cual es nuestra carne. Por nosotros mismos no podemos hacer morir la carne. La única manera de lograrlo es considerarla muerta. Pero para considerarla muerta, para reconocerla como tal, debemos ejercitar nuestra voluntad y nuestra fe. Esto implica que diariamente adoptemos la actitud de que estamos muertos para la carne, que creamos en la palabra de Dios y que consideremos que todas las palabras de Dios son verdaderas. Dios afirma que nuestra carne fue crucificada juntamente con el Señor Jesús; por tanto, yo creo firmemente que mi carne ha sido verdaderamente crucificada. Por una parte, tenemos fe en que estamos muertos; por

otra, adoptamos la actitud de que verdaderamente ya estamos muertos. Si hacemos esto, tendremos la genuina *experiencia* de morir al pecado.

Si reconocemos esto como un hecho, veremos cómo la cruz nos libera y cómo la carne pierde su poder. Lo cierto es que, una vez que nos consideramos muertos, experimentamos victoria inmediata. No obstante, muchos experimentan una liberación gradual del poder de la carne. Esto se debe a su propia necedad o a que los espíritus malignos persisten. Pero si perseveramos en la fe y ejercitamos nuestra voluntad adoptando la actitud apropiada, obtendremos finalmente la victoria. Sin embargo, esto no quiere decir que de ahora en adelante la naturaleza pecaminosa ya no estará presente en nosotros, y que sólo tendremos la nueva naturaleza. Si afirmásemos tal cosa, caeríamos en herejía. Además, esto haría confusa la enseñanza de la Biblia y no sería fiel a la experiencia real de los santos. Hasta que seamos librados de este cuerpo de pecado, nunca seremos completamente libres de la “carne” —nuestra naturaleza pecaminosa—, la cual se origina en el cuerpo de pecado. Aunque hemos aceptado la obra de la cruz, necesitamos continuamente “andar por el Espíritu”, ya que la carne todavía está presente en nosotros. Si hacemos esto, jamás satisfaremos “los deseos de la carne”.

La cruz es el instrumento mediante el cual crucificamos la carne. Y el Espíritu Santo es el poder por el cual evitamos que la carne resucite. *En un sentido negativo*, debemos creer que fuimos crucificados juntamente con Cristo en la cruz, a fin de que no llevemos una vida en la carne. *Y en un sentido positivo*, debemos andar conforme al Espíritu, a fin de que la carne no sea despertada. Muchos creyentes experimentan la resurrección de su carne debido a que no ponen esto en práctica. Cada vez que no andamos conforme al Espíritu Santo, le estamos dando la oportunidad a la carne de regir sobre nosotros. Pero si en todas las cosas andamos conforme al Espíritu, la carne no tendrá oportunidad alguna.

Una persona puede leer en la Biblia acerca de la manera de vencer la carne, la naturaleza pecaminosa, y puede escuchar a otros hablar acerca de ello. Pero sólo cuando compruebe esto por experiencia propia, comprenderá que se trata de algo real. Con frecuencia he dicho que es posible experimentar esto en el mismo momento en que creemos en el Señor. Sin embargo, en mi caso, ¡pasó mucho tiempo antes de que lo experimentara! ¿Por qué sucede así? Porque muchas veces nos esforzamos por nuestra propia cuenta. Aunque afirmamos que confiamos en la cruz, en un treinta por ciento de los casos en realidad estamos confiando en nosotros mismos o en nuestras propias “consideraciones”. Muchas veces Dios permite que seamos derrotados, para que nos demos cuenta de que nada en nuestra propia experiencia es digno de confianza. Incluso “considerarnos muertos”, por cuenta propia, no reviste mérito alguno. Por eso afirmamos que, en cuanto reconocemos nuestra verdadera condición por fe, experimentamos la victoria; y también es correcto afirmar que obtenemos la victoria sólo mediante una aprehensión gradual.

Hermanos, ahora pueden comprender las dos naturalezas y la manera de vencer la carne. Al leer esto, pueden ejercitar su fe para considerarse muertos al pecado y pueden orar pidiendo que el Espíritu Santo aplique la cruz del Señor Jesús en su ser de una manera profunda, de modo que puedan experimentar la victoria sobre el pecado. Después de esto, deben tomar la determinación de andar por el Espíritu Santo. Anteriormente, fracasaron en cumplir tal determinación. Pero ahora, deben pedir *que el Espíritu Santo los fortalezca en su voluntad*,

de tal modo que ésta se someta a la nueva naturaleza. La voluntad es como un timón que puede hacer girar la nave entera. Sin embargo, un timón que no funciona es inútil. Una vez que el Espíritu Santo los haya fortalecido, deben ejercitar dicha voluntad para andar conforme al Espíritu Santo. Recuerden que la carne nunca desaparece; la carne siempre está presente. Pero si andan por el Espíritu Santo, podrán crucificar continuamente la carne. De otro modo, la carne les causará sufrimiento. Andar en el Espíritu significa confiar calmadamente en el Espíritu Santo para todo, a fin de que manifestemos los nueve aspectos del fruto del Espíritu Santo. El Señor nos guiará de una manera concreta, paso a paso, a adentrarnos en el misterio que este asunto representa. Sin embargo, por nuestra parte, debemos ser fieles.

CAPITULO CATORCE

LO TOCANTE A SER SINCEROS, POSEER CONOCIMIENTO ESPIRITUAL Y NO SER ENGAÑADOS

El conocimiento espiritual siempre es útil, pues nos provee una dirección más clara con miras al progreso espiritual. La ignorancia siempre nos conducirá a cometer errores.

Los santos se desvían debido a que carecen de conocimiento espiritual. Satanás se vale principalmente de la insensatez o ignorancia de los creyentes para engañarlos. El Espíritu Santo no teme que el hombre adquiera conocimiento espiritual. Cuanto más conocimiento espiritual posea una persona, más fácil le será al Espíritu guiarla. El diablo es la autoridad de *las tinieblas*, ya que se vale de las tinieblas, ama las tinieblas y desea mantener al hombre en tinieblas. Cuanto menos conocimiento posea una persona, más fácil le será a Satanás engañarla.

Existe un error muy común entre los cristianos, el cual consiste en pensar que siempre y cuando ellos sean sinceros, no serán engañados. Ellos piensan para sí: “Soy muy sincero en mis intenciones y, por lo tanto, no seré engañado”. ¡Qué lejos están de comprender que son principalmente las personas sinceras las que son engañadas! Por lo general, los santos que son engañados por Satanás creen estar en busca de la verdad con *un corazón muy sincero*. Ellos oran, leen las Escrituras, ayunan y procuran experiencias espirituales; sin embargo, siguen siendo susceptibles al engaño. No se dan cuenta de que Satanás muy fácilmente puede inyectar ideas erróneas en sus mentes. Tampoco se dan cuenta de que Satanás puede fácilmente generar en ellos una voluntad obstinada con respecto a su manera de pensar y, así, llevarlos a considerar que sus ideas son las verdaderas y que aparte de ellas no hay otra verdad. Ellos piensan que debido a que buscan el don de Dios con un *corazón sincero*, ciertamente Dios los guardará de todo engaño. Cuán lejos están de percatarse de que Dios exige ciertas condiciones para guardar al hombre de cualquier engaño. Si un santo no coopera con Dios al perseverar oponiéndose a Satanás, si deja de pedirle luz al Señor a fin de discernir la verdadera naturaleza de la situación que enfrenta, o si no se somete a las palabras de Dios, entonces Dios *no podrá* guardarlo. Dios *no* ha prometido guardarnos incondicionalmente; más bien, nosotros debemos laborar juntamente con Dios. Sólo entonces podrá Dios guardarnos.

Primero, Satanás engaña a los santos diciéndoles: “Ustedes jamás serán engañados”. Aquellos que tienen la certeza de que nunca serán engañados, serán engañados con mayor frecuencia y más seriamente que los demás. Fue debido a su soberbia que Satanás se convirtió en Satanás; por tanto, su manera de operar es hacer que las personas se ensoberbecen. Sin embargo, hay cierta soberbia que es obvia y hay cierta soberbia que está escondida. (¡Algunas veces el orgullo está tan escondido que una persona puede llegar a pensar que nunca será engañada y, a la vez, en secreto menosprecia a los demás por no

haber tenido las experiencias extraordinarias que ella ha tenido!) Aquellos que son orgullosos y piensan que jamás serán engañados, deberían ser muy cuidadosos porque, de lo contrario, serán engañados.

Si somos humildes y no somos obstinados ni nos creemos sabios en nuestra propia opinión, si estamos conscientes de que podemos ser fácilmente engañados, si buscamos de forma pura al Señor a fin de que nos revele el verdadero significado que se esconde detrás de cierta experiencia o asunto, y si resistimos férreamente las obras y artimañas del enemigo, entonces sabremos si tales experiencias espirituales proceden de Dios o de Satanás.

Deberíamos saber que Satanás se puede transformar en ángel de luz y que sus espíritus malignos pueden transformarse en ministros de *justicia*. Las experiencias extraordinarias que hayamos tenido pueden ser muy buenas y quizás nos ayuden a seguir adelante. Tal vez dichas experiencias hayan encendido una llama en nuestro corazón y nos causen gran gozo. Es posible que incluso hablemos en lenguas, recibamos sanidades, soñemos sueños, escuchemos sonidos espirituales, constantemente tengamos experiencias del tercer cielo y lleguemos a conocer las cosas más misteriosas. Y en algunos casos, bien podemos ser afectados por un espíritu externo a nosotros que nos hace sentir que Jesús es precioso en gran manera. Al orar, tal vez sintamos que el Señor está en la misma habitación y que no hay necesidad de orar al Dios que está en los cielos, sino que basta con conversar con el Señor que está en nuestra habitación. Sin embargo, nunca debíamos dar por sentado que estas experiencias proceden de Dios, pues es posible que estemos siendo engañados. No debemos pensar que simplemente porque buscamos a Dios con un corazón sincero, jamás podremos ser engañados. Un corazón sincero no garantiza que seremos guardados del engaño. Existen cientos de miles de creyentes muy sinceros que han sido engañados. Difícilmente podríamos afirmar que nosotros jamás seremos engañados. Por este motivo, debemos adquirir conocimiento espiritual.

Debemos conocer *las leyes* espirituales. Dios opera según ciertos principios definidos. Si los creyentes *no conocen* las leyes por las que Dios opera ni andan conforme a éstas, Dios *no podrá* guardarlos. Una pregunta crucial que debemos hacernos es: ¿Estamos *dispuestos a rechazar* nuestras maravillosas y extraordinarias experiencias si es que ellas *no proceden* de Dios?

No crean que siempre estamos dispuestos a rechazar tales experiencias. En realidad, muchas veces nuestro corazón está renuente a ello. ¡Me temo que nuestro corazón ama sobremanera las maravillosas experiencias que tenemos! A menos que resolvamos este asunto, no podremos obtener conocimiento a fin de avanzar espiritualmente. Después que hayamos dado el primer paso, podremos dar el segundo. Por ahora, nuestra actitud debería ser: “Si esta experiencia no proviene de Dios, me resistiré a ella y estaré en contra de la misma. Me resisto a todo lo que provenga de Satanás y me opongo a ello. Al estar en la presencia de Dios, incesantemente le ruego que me revele *la verdadera situación* que está detrás de todo asunto o experiencia”. Si hacemos esto, Dios nos guiará e iluminará *en Su debido tiempo*. Con respecto a toda experiencia sobrenatural, a menos que realmente hayamos comprobado de qué fuente procede, no deberíamos creer en ella a la *ligera*. Cuando se trate de asuntos pertenecientes a la esfera espiritual, no es confiable ni que especulemos ni que deduzcamos nada. Si Dios no nos ha revelado en nuestro espíritu la

realidad subyacente a un determinado asunto o experiencia y si no hemos comprobado fehacientemente que procede de Dios mismo, no debemos asumir que procede de Dios. A menos que Dios nos imparta tal conocimiento, no tenemos en qué creer. La sinceridad de nuestro corazón no puede guardarnos del engaño. Si no queremos ser engañados, Dios tiene que impartirnos conocimiento de tal manera que lleguemos a comprender la verdadera condición subyacente a todo asunto o experiencia.

CAPITULO QUINCE

UNA MENTE SERENA

Es muy fácil que nuestro corazón se enfríe, y es extremadamente difícil mantener una mente serena; no necesitamos proponernos ni esforzarnos para que esto suceda. En un abrir y cerrar de ojos, en cuanto dejamos de velar por un momento, el amor que sentimos en nuestro corazón tanto por Dios como por los hombres espontáneamente se enfría. Sucede lo contrario con nuestra mente. En muchas ocasiones, cuanto más pensamos, más nos confundimos y más nos irritamos. Perdemos nuestra serenidad porque estamos agitados. Nuestro corazón debe permanecer ardiente, y nuestra mente debe permanecer serena. Tener una mente serena significa que nuestros pensamientos no nos turban. Aquellos santos que buscan alcanzar la madurez en la vida divina, tienen que prestar atención a su mente. Si bien nuestros pensamientos no llegan a ejercer un control absoluto sobre nuestra vida, ciertamente la afectan. Si una persona no posee una mente serena, no podrá mantener una actitud sobria ni podrá llevar una vida sosegada. Una vez que se turbe nuestra mente, nos resulta imposible controlarnos. El dominio propio es el noveno aspecto del maravilloso fruto del Espíritu Santo. Perder el dominio propio equivale a perder la fragancia del Espíritu Santo que impregna nuestra vida. Una vez que nuestra mente esté turbada, aun sin percatarnos de ello, dejamos de comportarnos normalmente. Bajo tales circunstancias, somos semejantes a las olas del mar, que son arrastradas y azotadas por el viento, y somos incapaces de ejercer dominio propio. Sin que nos demos cuenta, nuestras palabras, acciones y conducta son sutilmente afectadas por tal turbación mental; por consiguiente, dejamos de actuar como normalmente lo haríamos. Pese a ello, los creyentes que padecen esto, no se dan cuenta de la pérdida que esto les causa.

Si estamos en calma, nos es fácil discernir la agitación de los demás. Pero cuando nosotros mismos estamos agitados, probablemente no nos percatemos de nuestro propio problema. Si observamos las palabras, acciones y actitud de una persona agitada, probablemente la critiquemos diciendo: "Fulano está atado por su carne". Sin embargo, cuando nosotros mismos estamos agitados y nos comportamos de la misma manera, probablemente no seamos capaces de reconocer nuestro propio problema. En esto difiere una persona que está en calma de una persona que está agitada. Si poseemos una mente serena, seremos capaces de comprender claramente todas las cosas y de evaluarlas con precisión; de otra manera, confundiremos lo correcto con lo equivocado y perderemos la noción de lo que es bueno y malo.

No sólo es posible observar tal comportamiento en los demás, sino que también lo vemos en nosotros mismos. Después que nos agitamos y se altera nuestra conducta, de modo que nuestro comportamiento y palabras se salen de lo normal, nuestra ira comienza a menguar y nuestra mente recupera su serenidad. Entonces, si reflexionamos calmadamente sobre la manera en que nos comportamos al estar turbados, nos reiremos de nosotros mismos por los errores que hayamos cometido. En tales casos, nos invade un profundo sentimiento de culpa, o sentimos tal vergüenza que nos sonrojamos en secreto. Si nuestra mente está en

calma, no actuaremos igual que cuando nuestra mente está turbada. Si estamos serenos, no aprobaremos una conducta agitada. No obstante, a menudo actuamos agitadamente. Si estamos agitados, nuestras acciones serán pecaminosas o frívolas. Cuanto más reflexionemos, más nos enojaremos; la ira nos consumirá por dentro y nos perturbará nuestra carne. Como resultado de ello, pecamos. Si estamos agitados, con frecuencia gesticulamos, bromeamos o decimos cosas que contradicen lo que verdaderamente sentimos en lo profundo de nuestro ser. Entonces, la marea de nuestros pensamientos se eleva muy alto, para luego caer precipitadamente. En ocasiones no podemos conciliar el sueño por la noche, ni comemos bien durante el día. A veces nos inunda el júbilo, y otras veces, la tristeza. Hay ocasiones en que nos dedicamos a laborar intensamente o, por el contrario, en que deliberadamente nos abstenemos de hacer ciertas cosas o las hacemos con renuencia. En realidad, ninguno de estos fenómenos refleja nuestras verdaderas intenciones. Una vez que todo haya concluido y nos sentemos delante del Señor a reflexionar y examinarnos ante Su luz, casi siempre nos reiremos de nosotros mismos y ¡nos asombraremos de que nuestro comportamiento haya sido totalmente gobernado por el alma!

Todos sabemos que la manera en que nos comportamos cuando estamos agitados no es la apropiada. A pesar de ello, cuando estamos turbados, somos incapaces de controlarnos. Ya que éste es el caso, debiéramos abstenernos de reaccionar ante las circunstancias y debiéramos procurar mantener una mente serena y sobria. Si nos damos cuenta de que estamos turbados, debemos decir: “Estoy turbado. Es mejor que no haga nada ahora; de lo contrario, fracasaré nuevamente”. Debemos resistir a Satanás e impedir que se aproveche de tales circunstancias. En tales momentos, aprendamos a ser amos de nosotros mismos; aprendamos a controlar la agitación que sentimos y a mantenerla sujeta. Si obtenemos una primera victoria en esto, aumentará nuestra capacidad de lograr una segunda victoria. Si no sabemos si estamos agitados o no, debemos preguntarnos: “¿Estoy hablando, pensando y comportándome de esta manera debido a que estoy turbado?”. De ser así, podemos rogar al Espíritu Santo que nos fortalezca a fin de que podamos controlarnos. Debemos controlar nuestra agitación en lugar de ser controlados por ella.

Con frecuencia, Satanás utiliza nuestra agitación como un instrumento para que pequemos (especialmente al enojarnos), y después, para que nos desviemos de la voluntad de Dios. Si por algún motivo somos negligentes al respecto, deshonraremos el nombre del Señor. Siempre que nos sintamos turbados en nuestros pensamientos y confundidos en nuestras emociones, debemos recordar esto: una mente serena es condición indispensable para que seamos guardados en paz. La razón principal por la que perdemos la paz es que nuestra mente se turba. Si estamos agitados, casi siempre el resultado es que perdemos la paz. Aún así, es posible conservar la paz después de haber sido inquietados. Cuando la cruz — manifestada en la palabra de Dios— ha operado profundamente en nosotros, ella hace que nuestro espíritu y nuestra alma sean divididos en la práctica, de modo que seamos plenamente capaces de dominar cualquier estado de agitación. Si esto es así, aunque las circunstancias a nuestro alrededor parezcan confusas e inciertas, no seremos conmovidos en nuestro corazón y prevalecerá la serenidad en nuestro interior. Aun cuando algunas de las cosas que hacemos estando agitados podrían considerarse buenas, *ninguna* de ellas es perfecta. Tener una mente serena es un requisito indispensable para que el Espíritu Santo nos guíe a andar conforme a la voluntad de Dios. Pero si estamos inquietos y agitados, Satanás tendrá ocasión para manipularnos y apartarnos del sendero apropiado. Una mente

serena le dará al Espíritu Santo la oportunidad de guiarnos. Al Espíritu Santo no le es útil nuestra confusión u ofuscación; en cambio, si hay serenidad en nuestro espíritu, El resplandecerá como una luz apacible iluminando nuestra mente a fin de que podamos conocer Su voluntad. Incluso el más espiritual de los santos no puede evitar en ocasiones ser inquietado; a menos que tal creyente permanezca alerta todo el tiempo, no estará libre de tal peligro. Aquellos que siguen al Señor con toda sobriedad, deben prestar mucha atención a esto.

CAPITULO DIECISEIS

EXPERIENCIAS ESPIRITUALES PRESTADAS

Al hablar respecto a la “experiencia”, nos referimos a lo que una persona ha experimentado personalmente. Si se trata de algo que uno no ha experimentado personalmente, no puede ser considerado como una experiencia propia. Si no hemos experimentado personalmente las enseñanzas y las doctrinas bíblicas, éstas no tendrán efecto alguno en nuestra persona. Las enseñanzas seguirán siendo simples enseñanzas, y las verdades continuarán siendo sólo verdades. Las experiencias son cuestión de vida, y no de ideas. Los conceptos mentales pueden suministrarnos muchas nociones bellas; sin embargo, únicamente las experiencias concretas pueden proveernos lo necesario para el desarrollo completo de nuestra vida humana.

Es muy lamentable que el conocimiento que los creyentes tengan, sea más avanzado que lo que ellos hayan experimentado. Con respecto a nuestra verdadera condición espiritual como cristianos, nosotros no poseemos aquello que pensamos, sino únicamente aquello que hemos experimentado. Algunos cristianos no han experimentado de forma profunda al Señor. No poseen ideales elevados ni llevan una vida humana que refleje tales ideales; no obstante, son muy buenos imitadores. No podríamos decir que ellos no tengan interés por las enseñanzas espirituales; al contrario, les interesan mucho y les prestan mucha atención. Ellos admiran de corazón las experiencias que otras personas han tenido del Señor. Aunque ellos mismos no tengan mucha comunión con el Señor, valoran la comunión que otros disfrutan con El. Si bien ellos mismos no poseen un amor ardiente por el Señor ni sienten un afecto íntimo hacia El, se deleitan en las expresiones amorosas que otros le dirigen al Señor. Y aunque carezcan de una fe firme y poderosa en el Señor que los lleve a orar a El incesantemente y a recibir un sinnúmero de respuestas milagrosas y maravillosas de parte de Dios, de todo corazón alaban y admiran tal clase de experiencias espirituales. Así, a la postre, ellos terminan pretendiendo haber pasado por una serie de experiencias, debido a que su corazón se siente sumamente atraído hacia esta clase de cosas.

Antes de que estos cristianos creyeran en el Señor y fueran regenerados, seguramente eran personas extrovertidas a quienes les atraía la popularidad, personas muy emocionales y que codiciaban la vanagloria. Después de haber sido salvos y regenerados, a estos cristianos los consume un gran deseo por avanzar rápidamente en la senda espiritual, a fin de llegar a ser conocidos como gigantes espirituales y, así, hacerse famosos y obtener gloria. No podríamos afirmar que únicamente desean fama y vanagloria. De hecho, procuran las cosas espirituales con gran empeño. Sin embargo, en lo profundo de su corazón, ya sea en mayor o menor medida, secretamente persiste como una de sus motivaciones el deseo de obtener gloria para ellos mismos. Es principalmente tal motivación la responsable de que posean tal anhelo y semejante vigor. Sin embargo, pocos de ellos llevan a cabo sus aspiraciones.

El progreso espiritual se consigue un paso a la vez. Es similar a emprender una travesía. Aquellos que progresan espiritualmente, simplemente sirven al Señor fielmente. Tales personas no toman el camino errado, no retroceden, no son obstinadas y su obediencia es absoluta. Por consiguiente, son capaces de concluir su larga travesía en un período muy corto de tiempo. Pero aquellos que desean avanzar rápidamente, tratan de duplicar la velocidad en la que progresan valiéndose para ello de sus propias fuerzas y de muchos métodos, ¡sin comprender que no existe atajo para el progreso espiritual! De hecho, tales creyentes tienen más dificultad en avanzar que aquellos creyentes que aparentemente progresan de forma más lenta. Tal pareciera que los creyentes que progresan más lentamente hubieran fallado en algo, mientras que los más apresurados parecen llevar cierta ventaja; pero en realidad, ninguno de ellos ha ganado nada. Un creyente que progresa lentamente está consciente de sus muchos fracasos y de lo activa que es su naturaleza pecaminosa. Cuando tales fracasos son frecuentes, dicho creyente se desanima y piensa que nunca llegará a madurar en su vida espiritual y que jamás podrá vencer. Sin embargo, esto no es del todo cierto. Es relativamente fácil para Dios lidiar con un creyente que progresa lentamente y hacer que éste avance; sin embargo, los creyentes apresurados son aquellos con los que más dificultad tiene Dios. En realidad, estos creyentes sufren la influencia de su carne en la misma medida que aquellos creyentes que progresan con lentitud. Y en muchos casos, la influencia de la carne en tales creyentes es más intensa que en el resto de los creyentes. Aunque ellos fracasan con frecuencia, su manera de ser no les permite admitir sus errores y fracasos delante de *los hombres*. Sus corazones vanidosos no carecen de fervor, pero sus fracasos diarios les impiden jactarse demasiado. Cuando fracasan, lamentan más la gloria que perdieron delante de los hombres, que el pecado cometido en sí. Si bien externamente nunca admitirían que codician la vanagloria, en su interior ciertamente se aferran a la vanagloria. Debido a que son personas que se vanaglorian, se concentran en la apariencia externa; y puesto que se concentran en la apariencia externa, caen en la hipocresía.

Su carne y su naturaleza pecaminosa se rebelan con frecuencia en contra de ellos mismos, lo cual causa que fracasen constantemente. Pero ni siquiera esto les hace ser personas humildes (excepto cuando sus fracasos son conocidos por los demás). Puesto que no poseen experiencias espirituales genuinas y sus motivos no son puros ni rectos, *toman prestadas* las experiencias espirituales de otros y las adoptan para sí. Secretamente, estudian los mensajes espirituales dados por otros y, en el momento oportuno, se valen de algunas frases contenidas en ellos a fin de ganar fama de ser elocuentes y de poseer profundidad espiritual. ¡Qué lejos están de percatarse que es evidente que todo lo que dicen no proviene de su propia manera de vivir! ¡Sus palabras y su manera de vivir son incompatibles entre sí! Ellos meramente imitan las conversaciones íntimas que otras personas sostienen con el Señor y las hacen suyas. No se dan cuenta que mientras hablan tales cosas, ¡su espíritu no concuerda con sus palabras! Además, poseen una numerosa colección de frases dichas por santos famosos, ya sea para comentar acerca del mundo así como de todos los temas imaginables. Y cuando se les presenta la oportunidad, citan tales frases, una tras otra. ¡Poco les importa que interiormente su corazón les acuse de hipocresía! Tales creyentes con frecuencia escuchan las experiencias de otros en cuanto a oraciones que les fueron contestadas, y entonces, ¡ellos procuran manufacturar la misma clase de experiencias a fin de ser admirados por los demás! Poco les importa que su propio corazón dude que Dios vaya a contestar sus oraciones. Además, escuchan a otros alabar a Dios y darle gracias en

medio de sus sufrimientos y, entonces, al enfrentar circunstancias similares, ellos alzan su voz imitando tales alabanzas. Sin embargo, solamente alaban con su boca, pero no con su corazón. Esto no puede ser aceptado por Dios. Con mucha frecuencia, adoptan terminología espiritual que escuchan en las oraciones de otros, así como toman para sí las expresiones afectuosas con que otros se dirigen al Señor y el entusiasmo ardiente por la salvación de las almas que otros manifiestan en su corazón. Su fracaso consiste en que, aun cuando oran con tales palabras, su corazón no corresponde a tales expresiones (excepto en ocasionales sentimientos y emociones), y ellos mismos no anhelan tales cosas.

A veces escuchamos a otros ministrar profundas enseñanzas de la vida espiritual. Debido a que el predicador explica tales cosas con suma claridad, las podemos comprender mentalmente. En tales ocasiones, existe el gran peligro de pensar que aquello que entendemos constituye nuestra experiencia. Qué lejos estamos de darnos cuenta de que en momentos cruciales, probablemente seamos hallados desleales en aplicar tales enseñanzas y no seamos fieles en laborar juntamente con el Señor. Todo aquello que no hayamos experimentado personalmente, aún no ha llegado a ser verdaderamente nuestro. Aquello que apenas hemos comprendido, pertenece solamente a otros. Pero en cuanto a nosotros, ¡aún no poseemos nada!

Las experiencias espirituales prestadas nos llevan a estar orgullosos de nosotros mismos y a ser altivos. Nos llevan a pensar que hemos alcanzado la más elevada de las esferas. Codiciaremos la vanagloria, lo cual sólo nos corromperá espiritualmente. Las experiencias espirituales prestadas no pueden ayudarnos a avanzar espiritualmente; al contrario, son un impedimento para nuestro avance espiritual. El orgullo y la vanagloria son suficientes para ocasionar un golpe mortal a los santos. Nada justifica que suframos tal pérdida. En el día en que comparezcamos ante el tribunal de Cristo, todas aquellas “cosas prestadas” serán traídas a la luz. Ni una sola falsedad permanecerá oculta ante Su tribunal. Quiera el Señor que estemos dispuestos a recibir instrucción, que seamos más humildes y que no pretendamos poseer algo que no conocemos. Más bien, seamos fieles en preguntarnos, con toda honestidad y en presencia del Señor: “¿He alcanzado yo esta etapa?”.

CAPITULO DIECISIETE

LO QUE ES ESENCIAL Y LO QUE NO LO ES

¿Cómo podemos distinguir lo que es esencial de aquello que no lo es? Con frecuencia escuchamos a los hijos de Dios afirmar que tal o cual enseñanza en la Biblia es esencial, mientras que ésta o aquella otra enseñanza no lo es. ¿Cómo diferenciamos entre ambas? ¿Cuáles son las enseñanzas esenciales? ¿Y cuáles enseñanzas son superfluas, es decir, no son esenciales?

Al examinar este asunto cuidadosamente, descubriremos que muchos consideran que los asuntos que tienen que ver con *su propia* salvación, son esenciales, mientras que aquellas cuestiones que no están relacionadas con la salvación, no son esenciales. Es por ello que frecuentemente escuchamos a la gente preguntar: “¿Tengo que obedecer al Señor en este asunto? No me parece que este asunto sea esencial, pues no tiene relación alguna con mi salvación”. Inclusive, los cristianos más insensatos preguntarán: “Este asunto, ¿tiene que ver con mi salvación? Si tiene que ver con mi salvación, seré obediente; pero si no, ¿qué importa si obedezco o no? ¡Ya soy salvo!”.

Permítanme preguntarles una vez más: “¿Qué es esencial y qué es superfluo?”. Algunos responderán: “Las enseñanzas esenciales son aquellas que guardan relación directa con la salvación de los creyentes; mientras que las enseñanzas que no son esenciales, ¡son aquellas cuestiones relacionadas con los mandamientos de Dios y Su gloria! Tanto los mandamientos de Dios como los asuntos relacionados con Su gloria, son asuntos secundarios debido a que no guardan relación alguna con el hecho de que los creyentes vayan al cielo y reciban vida eterna”. Es decir, que si algo es meramente un mandamiento de Dios y está meramente relacionado con la gloria de Dios, entonces, tales características no son razón suficiente para motivar a los santos a ser obedientes al respecto.

Es lamentable que ésta sea la condición en la que se encuentran muchos creyentes hoy en día. Los santos están dispuestos a sujetarse y ser obedientes, sólo si les parece que guardar los mandamientos divinos y obedecer plenamente la voluntad de Dios es necesario para asegurar su propia salvación. Dios ha dicho que aquellos que creen en el Señor Jesús tienen vida eterna; por tanto, puesto que estas personas han creído y han recibido la vida eterna, piensan que ya no se deben preocupar por los mandamientos de Dios ni por Su voluntad. A no ser que se trate de cuestiones que involucran ir al cielo o al infierno, ya nada conmueve el corazón de los santos. Incluso la gloria de Dios se ha convertido en un asunto secundario para muchos cristianos. A menos que Dios exija la obediencia a Sus mandamientos como requisito indispensable para ser salvos, El no podrá abrigar la expectativa de que los creyentes obedezcan tales mandamientos. Así pues, complacer a Dios y someterse a Su voluntad se han convertido en asuntos secundarios. ¡Cuán lamentable es esta situación!

Hoy en día, los santos son muy egoístas. Nada atrae su atención, excepto aquello que tiene que ver con su salvación. ¿Será ésta la norma establecida por Dios? El desea que le

obedezcamos voluntariamente y no a la fuerza. A El le ha placido concedernos gracia y otorgarnos la vida eterna una vez que hemos creído en Su Hijo. A diferencia de la era de la ley, en la era presente Dios no ha establecido la obediencia a Sus mandamientos como requisito indispensable para que seamos salvos. Pero lamentablemente, los creyentes no están dispuestos a ser hijos obedientes ni a conducirse en conformidad con la voluntad del Padre. Por el contrario, ellos se plantean la pregunta: “¿Es esto esencial o no lo es?”.

Reconocemos que, con respecto a las enseñanzas bíblicas, algunas de ellas son *más importantes*, mientras que otras son *menos importantes*. Pero no estamos de acuerdo con el concepto de que algunas enseñanzas bíblicas sean esenciales y otras no lo sean. ¿Sería Dios tan despilfarrador como para incluir enseñanzas, doctrinas y mandamientos superfluos en la Biblia? ¡El es mucho más sabio que nosotros! La pregunta que debemos hacernos no es si una enseñanza bíblica sea esencial o no, pues si está incluida en la Biblia, con toda seguridad es esencial; más bien, la pregunta es si los santos honrarán la gloria de Dios y Su voluntad. Si consideramos la conducta del Señor Jesús en la tierra, simplemente cerraremos nuestras bocas. El es el Hijo de Dios y, como tal, ¡El no necesitaba preguntarse acerca de Su propia salvación! Si seguimos el principio adoptado por los hombres actualmente, nada de lo que el Señor hizo habría sido esencial, puesto que El no necesitaba ser salvo. Sin embargo, ¡cuán fielmente obedeció El a Dios! Incluso en los asuntos más insignificantes, El cumplió toda justicia. El Señor Jesús no era como los hombres de hoy, que tan escrupulosamente negocian con Dios en los asuntos que no tienen que ver directamente con su salvación.

Además, podemos hacer otra distinción entre aquello que es esencial y lo que no lo es; se trata de una distinción más bien personal. Los asuntos en los cuales un creyente obedece a Dios, son aquellos asuntos que él considera esenciales; y aquellos en los que desobedece a Dios, son los asuntos que él considera superfluos o secundarios. Así pues, la distinción hecha entre lo que consideramos esencial o no, no se basa en la Biblia sino en nuestro propio punto de vista. Obedecemos en cierto asunto porque tenemos el concepto de que tal enseñanza es esencial, pero hacemos caso omiso de aquellas enseñanzas que no nos parecen esenciales.

He aquí, ha llegado el tiempo de que los hijos de Dios sean reavivados. Ahora es cuando debemos ser reavivados a fin de obedecer los mandamientos de Dios. Quiera Dios que le demos la debida importancia a la gloria de Dios, y que verdaderamente tomemos en cuenta Su voluntad, de la misma manera en que Pablo nos declaró “todo el consejo de Dios”. Quiera Dios que no dividamos la Biblia caprichosamente en partes esenciales y partes no esenciales, conforme a nuestra propia voluntad. Debemos comprender que nuestra obediencia a Dios implica obedecerle en asuntos que consideramos importantes, pero también significa obedecerle con respecto a asuntos menores. Ciertamente desobedecerle en asuntos importantes constituye una desobediencia, pero, ¿acaso desobedecerle en asuntos aparentemente insignificantes no constituye también una desobediencia? Quiera el Señor que andemos conforme a la enseñanza bíblica y que la gloria de Dios sea nuestro objetivo en todo cuanto hagamos en nuestra vida, ya sean cosas pequeñas o grandes.

No parecería que comer del árbol del conocimiento del bien y del mal constituyera un acto muy grave; sin embargo, puesto que Dios le prohibió al hombre que hiciera tal cosa, el acto

de comer de ese árbol llegó a constituir el origen del pecado. Un pecado tan pequeño hizo que Adán fuera echado del huerto del Edén. El pecado de Acán, ¿fue acaso un pecado muy grave? Lo hurtado por Acán probablemente no valía gran cosa, pero debido a que él desobedeció a Dios, fue castigado. ¿Por qué perdió Saúl su reinado? No cometió un pecado terrible; apenas desobedeció a Dios en una cuestión aparentemente insignificante. El pecado que Moisés cometió, a causa del cual se le impidió entrar en Canaán, ¿fue acaso un pecado muy grave? La Biblia afirma que en toda la tierra no había hombre tan manso como Moisés. ¿Por qué una persona así hubo de sufrir semejante castigo de parte de Dios? Tal castigo se debió a algo aparentemente insignificante. Dios le había dicho que *ordenase* a la roca que diera aguas; sin embargo, Moisés *golpeó* la roca dos veces. En términos humanos, ¿cómo clasificaríamos este pecado? A los ojos de los hombres, no se consideraría que semejante asunto fuera un asunto tan esencial. Pero *Dios* jamás considera que alguno de Sus mandamientos no sea esencial. ¡Quiera Dios que cada vez le obedezcamos más y más!

CAPITULO DIECIOCHO

SOBORNAR NUESTRA CONCIENCIA

La conciencia es la voz de Dios en el interior del hombre, la cual aboga por justicia. La conciencia forma parte del espíritu humano y tiene como función reprender todo aquello que no provenga de Dios y que sea contrario a la justicia. Así pues, la conciencia es un “fiscal”, y restringe al hombre para que éste se mantenga bajo su jurisdicción.

Con frecuencia, ¡los creyentes temen a su conciencia! Aquellos que son rectos de corazón, hacen caso a la corrección que les hace su conciencia y siguen la dirección de la misma; pero aquellos que no son rectos de corazón, procuran sobornar su conciencia y silenciar las acusaciones que ella les hace. ¿Pero acaso la conciencia puede ser sobornada? La conciencia en sí no puede ser sobornada. Una vez que los creyentes hayan intentado sobornar su conciencia, ellos llegan a pensar que ya no es necesario prestarle atención. Pero en realidad, lo que ha pasado es que la voz de su conciencia ha sido solamente confundida y sofocada por medio de otras voces.

Muchas veces, la conciencia nos dice claramente mediante la intuición cuál es la voluntad de Dios, en qué consiste y qué es lo que ella exige de nosotros. ¡Pero somos tan renuentes a someternos a ella! La voluntad de Dios es aquello que nuestra carne teme más. Incluso podríamos afirmar que la voluntad de Dios es a lo único que nuestra carne le teme. Debido a que la mente de la carne no se agrada en las decisiones hechas por Dios, es natural que no esté dispuesta a obedecerlas, lo cual hace que la conciencia tenga que urgirnos a obedecer. Si no hacemos caso a la conciencia, ésta nos reprenderá. ¡Esto es terrible! Si permitimos que nuestra conciencia opere, nuestro corazón estará inquieto y, por lo tanto ¡nos sentiremos muy mal! Esto es verdaderamente insoportable. Así que, para evitar las acusaciones de nuestra conciencia y, al mismo tiempo, seguir desobedeciendo la voluntad expresa de Dios, muchos intentamos sobornar nuestra conciencia.

Los errores que un creyente comete estriban en esto. Tal creyente, en lugar de buscar la solución que lo liberaría de la condenación proveniente de su conciencia, procura más bien confundir la voz de su conciencia mezclándola con otras voces, a fin de atenuar los remordimientos que ella le ocasiona. Pero la mejor manera de ser libres de la condenación de la conciencia, es simplemente eliminar aquello que nuestra conciencia condena y obedecer la voluntad de Dios en todo. Hacer cualquier otra cosa resultará en que el creyente ofenda al Señor aún más.

¡Cuán numerosas son las excusas! Pero, cuando los creyentes no obedecen la voluntad de Dios, su conciencia los condena. ¿Qué pueden hacer en tales casos? Lo único que pueden hacer es explicar, argumentar y dar diversas razones o causas de su desobediencia. Esto equivale a sobornar su conciencia. Los creyentes se comportan de este modo porque piensan que si pueden explicar las razones de su proceder, tanto ante los demás como ante sí mismos, entonces su desobediencia a la voluntad de Dios llegará a convertirse en la

voluntad de Dios para ellos. ¡Qué lejos están de darse cuenta que esto jamás podrá suceder! No obstante, al percatarse de que les resulta difícil soportar la condenación de su conciencia, procuran por todos los medios acallarla. Si no son capaces de sujetarse a la voluntad de Dios, se apaciguan a sí mismos presentando ante Dios las razones de su desobediencia, con la esperanza de reducir el filo del cuchillo y, así, reducir su propio dolor. Por un lado, su conciencia los condena; por otro, su carne no está dispuesta a obedecer. Por consiguiente, la única solución es dar muchas razones y explicaciones a fin de aplacar su conciencia, argumentando que han hecho lo correcto y que no hay motivo para que su conciencia los siga condenando.

Existen otras maneras de sobornar la conciencia. Una de ellas es por medio de nuestra labor. Si alguien no está dispuesto a obedecer a Dios, procurará sustituir la voluntad de Dios con trabajos más intensos y numerosos, como si una labor más intensa pudiese reemplazar la voluntad de Dios. Muchos creyentes tratan de reprimir la condenación de su conciencia participando intensamente en actividades. Temen pensar y temen escuchar quietamente aquello que su conciencia les dice. Si le prestan atención a la voz de su conciencia, se sentirán inquietos. Así que, prefieren sufrir, trabajar y laborar con sus cuerpos y sus mentes, participando en actividades ajenas a la voluntad revelada de Dios. Al laborar de este modo, no tienen tiempo y así les es posible hacer caso omiso tranquilamente de las correcciones de su conciencia. Aun si la conciencia es capaz de infiltrar algunos comentarios desagradables, ellos son capaces de responderle basándose en su labor, y “comprar” así el silencio de su conciencia. Ellos razonan de la siguiente manera: “¿Acaso estos trabajos no revisten la misma importancia? ¿Acaso no son igualmente buenos? ¿Acaso no son importantes? ¿Acaso no llevan fruto?”. Cuando la conciencia es sofocada repetidamente con otras voces, se vuelve muy difícil escuchar su voz nuevamente. De este modo, tales creyentes erigen un muro defensivo que les permite sentirse libres para desobedecer a Dios.

Es muy serio sobornar nuestra conciencia. Sin embargo, uno soborna su conciencia en muchas cosas pequeñas que ocurren en la vida diaria. El ejemplo más común de ello es en lo referente a la lectura de la Biblia cada mañana. Nuestra conciencia nos condena cada mañana que salimos a trabajar sin haber leído la Biblia primero. Sin embargo, muchos creyentes fracasan en esto. Si no leen la Biblia, no se sienten tranquilos. Pero, aun así, no están dispuestos a leerla ni tienen interés en hacerlo. Por este motivo, abren la Biblia descuidadamente y leen uno o dos versículos, con lo cual ellos consideran haber cumplido su obligación en cuanto a la lectura de la Biblia. Esto silencia la voz de su conciencia. Ellos “sobornan” su conciencia leyendo uno o dos versículos, y detienen así la condenación proveniente de la conciencia.

¿Acaso muchas de nuestras oraciones no son ofrecidas de este mismo modo? Esto es particularmente cierto con respecto a nuestra intercesión por otros. Si no oramos por los demás, nuestra conciencia nos condena. Así pues, con cierta renuencia, empezamos a rogar por los demás nombrándolos uno por uno, como quien toma la lista en un salón de clases. Esta clase de lectura o de intercesión no tiene como objetivo leer la Biblia ni interceder por los demás, sino que simplemente tiene como objetivo acallar las acusaciones de la conciencia. Si nuestra conciencia no hablara, esta clase de lectura y oración habría cesado hace mucho. Pero, debido a que la conciencia es diligente, uno se da cuenta de que no

puede abandonar tales prácticas por completo y, por lo tanto, uno se ve obligado a sobornar su conciencia con obras hechas a medias.

Lo mismo sucede con la labor de evangelización que llevan a cabo muchos obreros. Cuando algunos de ellos se sienten deprimidos emocionalmente y débiles físicamente, se vuelven perezosos en cuanto a la predicación del evangelio. Pero muchas veces, los pecadores están frente a ellos y manifiestan su necesidad de ser salvos inmediatamente. Si tales obreros permanecen callados por mucho tiempo, su conciencia les acusará. En tales circunstancias, y no sin cierta renuencia, tales obreros pronuncian ante los demás algunas palabras acerca de la salvación, procurando con ello sobornar sus propias conciencias. Ellos creen que por haber hablado, han cumplido con su obligación y que ya nada puede ser dicho en su contra. Si la conciencia de ellos los sigue acusando o no, ya es un asunto secundario. Lo grave del caso es que ellos puedan contemplar la posibilidad de responder a las acusaciones de su conciencia con acciones realizadas a medias. Una vez que ellos empiezan a actuar de manera tan descuidada, se sienten satisfechos de sí mismos y piensan que no han desatendido sus obligaciones. ¡Pero ay! ¡Muchos de esos pretendidos veredictos “de inocencia” son, en realidad, engañosos! Tales acciones, ¿cómo podrían contar con la bendición de Dios? Tales enseñanzas que no nos han conmovido ni a nosotros mismos, ¿cómo podrían afectar a los pecadores con quienes hablamos? Aquellos que nunca sembraron con lágrimas, ciertamente jamás podrán segar con regocijo.

¿Deberé mencionar algo más? En lo que respecta a las ofrendas, los creyentes sobornan su conciencia en muchas ocasiones. Quizás sean renuentes a ofrendar, pero su conciencia los acusará si no ofrendan al Señor. La mejor manera de resolver semejante dilema consiste en ofrecer apenas lo suficiente como para sobornar su conciencia, de tal manera que ésta sepa que algún dinero ha sido ofrecido. Puesto que lo que debía hacerse ha sido hecho, ya no hay motivo para que la conciencia siga fastidiando. En muchas ocasiones, se hacen ofrendas monetarias a los pobres, no porque se sienta amor hacia ellos, sino con el fin de silenciar y sobornar la conciencia. De hecho, a menos que una ofrenda le cause dolor a nuestro corazón —a menos que experimentemos una sensación de regocijo tal que nuestra carne llegue a sentir cierta punzada—, dicha ofrenda no puede considerarse como una verdadera ofrenda.

Sólo hemos mencionado unos cuantos ejemplos. En la vida diaria, un creyente puede sobornar su conciencia respecto a muchos otros asuntos. Tal creyente razona o argumenta con su conciencia, o se vale de otros medios, a fin de desplazar las exigencias que su conciencia le hace. ¡Tales actos ocurren con demasiada frecuencia! Esto explica el carácter superficial y degradado de la vida espiritual que puede llevar un creyente. Hermanos, no debemos suponer que nuestro conocimiento de la Biblia es muy reducido y que por eso no conocemos la voluntad de Dios con respecto a muchos asuntos. Yo soy el primero en admitir que no conocemos la Biblia lo suficiente. Pero si nuestro conocimiento de la Biblia todavía es superficial, con mayor razón deberíamos obedecer la “voz interna”. Ciertamente no conocemos con claridad la voluntad de Dios en muchas cosas, pero, ¿por qué entonces no actuamos de acuerdo con aquello que *ya sabemos* ? El hecho de sobornar la conciencia demuestra que sí sabemos lo que debemos hacer y que sí conocemos la voluntad de Dios, pero que no estamos dispuestos a hacerlo. Es por ello precisamente que sobornamos nuestra conciencia.

Hermanos, es importante que obedezcamos fielmente a Dios. Pero a fin de lograr esto, debemos estar sinceramente *dispuestos* a hacer la voluntad de Dios. Todo lo demás es en vano. No estamos procurando el éxito, ni ser elogiados por el mundo, ni siquiera tener nuestra conciencia en paz. Si nuestra meta es sólo tener la conciencia en paz, y por ello nos sujetamos a la voluntad de Dios, aún estamos sobornando nuestra conciencia. Debemos percatarnos de la grandeza y solemnidad de la voluntad de Dios. Tenemos que obedecer la voluntad de Dios por causa de la propia voluntad de Dios. La voz de nuestra conciencia nos muestra en qué momento abandonamos la senda de la voluntad de Dios. Si mientras vivimos en este mundo, no vivimos según la voluntad de Dios, ¡ciertamente somos egoístas! ¿Acaso tememos más la acusación de nuestra conciencia que ser desleales a Dios mismo? Deberíamos temer a actuar en contra de la voluntad de Dios. Lamentablemente, vivimos en este mundo procurando nuestra propia satisfacción. Incluso cuando obedecemos la voluntad de Dios, ¡lo hacemos a fin de sentirnos cómodos! Ya que desobedecer la voluntad de Dios resulta en que nuestra conciencia nos acuse, en que nuestro gozo y paz se desvanezcan y en que nuestro corazón se entristezca, entonces, incluso con renuencia, hacemos caso a la dirección de nuestra conciencia con la esperanza de que esto restaure nuestro gozo. ¡Oh, cuán egoístas somos! Esto es sobornar nuestra conciencia.

Tenemos que hacer una evaluación fresca de la voluntad de Dios. Tenemos que negarnos a nosotros mismos de una manera más profunda, aborrecer más profundamente todo engaño propio, y tomar medidas más severas contra todo lo que signifique engañarnos a nosotros mismos. Si abandonamos todo intento de sobornar nuestra conciencia y nos conducimos diariamente según la voluntad de Dios, ciertamente viviremos en una nueva esfera.

CAPITULO DIECINUEVE

LA CONDESCENDENCIA DEL SEÑOR JESUS

Únicamente el Altísimo puede condescender hasta la más baja de las posiciones. La vida entera de nuestro Señor sobre la tierra nos muestra que El condescendió de esta manera. Al leer los cuatro evangelios, vemos el desarrollo de una vida condescendiente. Esta es una de las razones por las que admiramos y adoramos al Señor Jesús. Su condescendencia tiene muchos aspectos, pero quizás el más hermoso sea que El laboró junto con Sus criaturas y se valió de ellas como instrumento para Su obra.

El es el Creador. El creó de la nada todas las cosas. En cuanto El dice algo, es llevado a cabo. Sus palabras son absolutas e infinitas. Respaldao Sus palabras está Su inmenso poder, con el cual El realiza todo cuanto dice. El no requiere de ninguna ayuda ni necesita que se le provea material alguno. Su autoridad es suficiente para realizarlo todo. El Creador no necesita de ningún colaborador ni de instrumento alguno.

Aún así, ¡cuán asombrosos son Sus actos en la tierra! El usó siete panes y unos cuantos peces que Sus discípulos le dieron, para alimentar a cuatro mil personas. Si con siete panes y unos cuantos peces pudo alimentar a cuatro mil, El también pudo haberlos alimentado sin necesidad de ello al crear los panes y peces directamente. Para El, ambos métodos hubiesen sido igualmente fáciles de ejecutar. El podía realizar milagros, toda clase de milagros. Para El, crear algo de la nada era tan fácil como hacer que algo se multiplicara. Pero El quiso condescender. El estaba contento de poder compartir Su gloria y Su obra con Sus discípulos. Deseaba hacer a Su pueblo partícipe de la obra que El estaba realizando. No quería estar solo, ni deseaba hacerlo todo por Sí mismo. El quería laborar juntamente con Su pueblo. Era Su deseo ver que Su pueblo participara en Su obra. Se sentía feliz de conducir a sus criaturas a participar de la obra del Creador. El quería que supieran que cuando se consagraran, le obedecieran y confiaran en Su operación, El habría de usarlos a ellos y a lo que ellos poseyeran con el fin de manifestar Su gloria. ¡Oh, qué gloria es ésta! El siempre deseó que Su pueblo se le uniera.

Cuando El tuvo que ir a Jerusalén, con Su poder creador le hubiera sido fácil crear un pollino de la misma manera en que creó muchos animales cuando llenó la tierra. Aún así, El estuvo contento de que los discípulos se lo trajeran. El, incluso, llegó a decir que: “El Señor los necesita” (Mt. 21:3); esta expresión también podría traducirse como: “Al Señor le hace falta” o “El Señor tiene necesidad de ello”. ¿En verdad le podía hacer falta algo al Creador? ¿Tenía El necesidad de alguna cosa? No. Sin embargo, El mismo afirmó esto. El sabía de antemano que en la aldea vecina había una asna con un pollino atado a ella. El también sabía que ningún hombre había montado ese pollino. Y sabía lo que el dueño habría de preguntar a los discípulos cuando ellos desataran al pollino, y sabía además lo que los discípulos debían responder al dueño a fin de conseguir que éste se los entregara. Esto ciertamente es un milagro. Pero Su condescendencia estriba en el hecho de que El estaba feliz de poder realizar esta clase de milagro y no prescindió del pollino y de los trámites

que los discípulos habían de hacer, aunque El pudo haber creado milagrosamente un pollino. El pudo haber creado un pollino cien veces mejor que cualquier otro con tan sólo pronunciar unas palabras. Aún así, y digo esto con suma reverencia, a El le agradó ser ayudado por los hombres. A El le alegraba ver que otros hombres hicieran contribuciones a Su travesía terrenal. Estaba feliz de tener como compañeros a otros hombres, y estaba dispuesto a recibir ayuda de aquellos que El amaba a fin de realizar Su labor. El pudo haber proseguido sin necesidad de valerse de hombre alguno; no obstante, no quiso hacer esto. El quiso condescender y recibir la consagración de los hombres. Quiso elevar a los hombres y darles una parte en la obra de Dios.

El dijo: “Tengo necesidad de ellos”, “Me hacen falta”. Parecía estar diciendo que le faltaría algo si el dueño del pollino se hubiese negado a darle el pollino. El tenía una necesidad y deseaba que fuese satisfecha por los hombres. Prefería recibir lo que necesitaba de manos de Su pueblo, antes que obtenerlo mediante Sus propios milagros. Si Su pueblo cumplía en dar fielmente, El montaría el pollino y entraría a Jerusalén para recibir los hosannas de los hombres. Pero si los creyentes eran perezosos o retraídos, El prefería esperar y permitir que tal necesidad no fuese satisfecha. No estaba dispuesto a ejercer Su poder divino y laborar solo. El no tenía prisa. Esta es Su voluntad; El quiere hacer las cosas de esta manera. No sabemos por qué, pero sabemos que esto es lo que El desea hacer. Todos aquellos que conocen el corazón del Señor deberán descubrir en qué estriba su propia responsabilidad respecto a esto.

Por un lado, el Señor condesciende; por otro, nos eleva. ¿Merecemos ser elevados? Si las criaturas no son elevadas al tener la oportunidad de preocuparse por las necesidades del Creador, ¿qué más podría significar esto? Si meditamos al respecto, murmuraríamos menos cuando el Espíritu Santo nos inste a consagrarnos. Es completamente erróneo pensar que cuando ofrecemos a Dios nuestro propio ser y todo lo que tenemos, le estamos haciendo un favor a Dios o merecemos algo de parte de El. Nuestra consagración y la correspondiente aceptación divina de nuestra consagración, equivalen a que seamos elevados por Dios y a que Su gloria nos sea concedida. El es el Dios Altísimo. Todos los ángeles en los cielos son Sus siervos; todo el ganado y los rebaños del campo son Suyos. El es dueño de todo el oro y la plata, y miles de planetas le pertenecen. ¿Tendrá El carencia de algo? ¿Acaso necesita del poder y el suministro material de la gente pobre y humilde? ¿Está El desvalido y en busca de nuestra ayuda? O más bien, ¿estará El elevándonos por medio de tales necesidades y ayudándonos a comprender que hombres indigentes, pobres y humildes como nosotros, podemos ser considerados dignos de suministrar para las necesidades de Dios y de llegar a serle de alguna utilidad? ¡Esto es verdaderamente maravilloso!

¿Acaso no es asombroso que Dios anhele recibir nuestro suministro material? ¿No es acaso asombroso que un rey desee recibir las posesiones de un mendigo? ¿No existe nadie más, aparte de los mendigos, que pueda suplirle lo que El necesita? ¿Será acaso que El hace esto con otro propósito? Un mendigo al cual se le da el privilegio de ayudar a Su rey, ¿debiera sentirse honrado o autosuficiente? ¡Ofrendarle a nuestro Rey es realmente un extraordinario privilegio para nosotros!

Los creyentes deberían comprender que no puede considerarse un sacrificio el que criaturas insignificantes como nosotros ofrezcan algo a Dios. Es un gran privilegio y un derecho

especial para nosotros el hacer semejante cosa. El hecho de que El esté dispuesto a aceptar nuestra ofrenda, constituye suficiente honor para nosotros. Y que El requiera algo de nosotros, es un honor muchísimo más elevado. Pero debido a que nuestros corazones son demasiado necios e ignorantes del honor que reviste nuestra consagración, en ocasiones llegamos a jactarnos de nuestros sufrimientos, sacrificios y consagración al Señor, ¡como si hubiésemos logrado algún mérito ante El! ¡Oh, cuán poco valoran los creyentes ser elevados por el Señor! Si aquellos que sirven al Señor se dieran cuenta de esta realidad, no serían tan retraídos ni calculadores. No habrían de guardar tesoros para sí mismos, ni considerarían que el hecho de ofrendar un poco de dinero es un favor que le hacen al Señor.

Las palabras dichas por Mardoqueo son muy apropiadas. El le dijo a la reina Ester: “Porque si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos ... ¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?” (Est. 4:14). Queridos hermanos y hermanas, hoy en día el pueblo de Dios tiene muchas necesidades. Dios considera tales necesidades como las Suyas propias. Así que, El habrá de satisfacerlas. Sin embargo, El no desea librar a Su pueblo realizando milagros por Sí mismo, sino que El desea valerse de ustedes. ¿Están dispuestos para ello? El podría enviar mensajeros desde el cielo a fin de anunciar Su llamamiento y reavivar a Su pueblo. El podría realizar muchas obras y señales asombrosas a fin de despertar a muchos pecadores. Podría enviar nuevamente maná del cielo a fin de alimentar a Sus siervos y siervas que viven por El. Pero si hiciera esto, ustedes perderían su gloria y su parte en la obra de Dios. Ciertamente El puede realizar milagros y ejecutar gran liberación, pero desea hacerlo a través de ustedes. El no quiere hacerlo por Sí solo. La pregunta es si somos dignos o no de que El nos eleve de esta manera.

El está dispuesto a condescender y está feliz de poder elevarnos. El se goza de que nosotros tomemos parte en todas Sus obras. El es lo suficientemente humilde como para afirmar que tiene ciertas necesidades, a fin de abrirnos una puerta para que le ayudemos y obtengamos así Su gloria. Si éste es el caso, ¿por qué no habríamos de consagrarnos al Señor? ¿Por qué no habríamos de ofrecerle nuestros bienes? Aquellos que pierden tales oportunidades, son necios.

En resumen, Dios necesita del hombre para llevar a cabo Su obra, la cual consiste en salvar al mundo. Si ustedes no han de ayudar, Dios levantará otras personas que tomen el lugar de ustedes. La labor de ayudar a otros creyentes a seguir adelante requiere de la cooperación del hombre. Si ustedes retroceden, Dios levantará a otros para que tomen dicho lugar. Dios les ha dado dinero a fin de que ustedes cubran las necesidades que tiene Su obra. Si ustedes le fallan, Dios levantará a otras personas. Las necesidades de Dios tienen que ser satisfechas, pero, ¿quién habrá de satisfacerlas? ¿Quién dará un paso adelante para predicar Su palabra, y quién laborará a fin de que la gloria de Dios sea consumada? Si ustedes no toman la iniciativa, no piensen que a Dios le faltará quién lo haga. Ciertamente El levantará a otros. Pero sería una pena que *usted* no pueda ser partícipe de tal gloria. “Porque si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá *de alguna otra parte* para los judíos...” (Est. 4:14). Por lo tanto, hermanos, “que *ninguno* tome *tu* corona” (Ap. 3:11).

Las necesidades de Dios hoy en día son mayores que en cualquier otra época anterior. El está concediendo gloria especial a los creyentes en esta era. El todavía está dispuesto a

condescender. Pero, ¿habrá creyentes que, maravillados y agradecidos ante semejante gracia, estén dispuestos a satisfacer las necesidades de Dios sin sentirse por ello satisfechos consigo mismos, puesto que tomaron conciencia del gran honor que esto significa?

CAPITULO VEINTE

LOS DOS ASPECTOS DE LA VERDAD: EL SUBJETIVO Y EL OBJETIVO

Lectura bíblica: Jn. 3:16; 14:16; 15:4-5; 14:17; 6:47; 4:14; 1 Jn. 2:8; Fil. 1:20-21; 1 Co. 1:30; Col. 1:27

Con cierta frecuencia hemos tratado el tema de las verdades subjetivas y las verdades objetivas. En realidad, todas las verdades contenidas en el Nuevo Testamento se clasifican en estas dos categorías, y algo similar sucede con las verdades del Antiguo Testamento. A fin de que entendamos claramente este asunto, quisiera explicar primero el sentido que aquí le doy a las palabras *objetivo* y *subjetivo*. En el idioma chino, la palabra *objetivo* literalmente significa “desde el punto de vista del visitante” y la palabra *subjetivo* significa “desde el punto de vista del anfitrión”. Así pues, ser objetivos es simplemente ver las cosas desde la posición de visitante o desde afuera; mientras que ser subjetivos es observar las cosas desde la posición de anfitrión o desde adentro. Ver las cosas desde afuera es ser objetivos, y observar las cosas desde adentro, es ser subjetivos. Todo lo que ocurre en los demás, es algo objetivo; y todo lo que ocurre en mí, es algo subjetivo. Todas aquellas verdades que no están en mí, es decir, que aún no he experimentado, son verdades objetivas; mientras que todas aquellas verdades que están dentro de mí, es decir, que experimento subjetivamente, son verdades subjetivas. Todas las verdades que están fuera de mí, son verdades objetivas para mí; siguen siendo verdades, aun cuando están fuera de mí. Pero aquello que experimentamos en nuestro interior es subjetivo para nosotros, y también constituye una verdad. La Biblia le da la misma importancia a ambos aspectos de la verdad. Ahora quisiera darles algunos ejemplos.

Juan 3:16 dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito...”. Y Juan 14:16 dice: “Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador...”. Es lamentable que muchos de los que recitan Juan 3:16 con tanto ánimo, no puedan recitar Juan 14:16, pues, en realidad, estos dos versículos son igual de valiosos. En ellos vemos que Dios realiza dos “entregas”. Según Juan 3:16, Dios nos dio a Su Hijo, y de acuerdo con Juan 14:16, El nos dio el Espíritu Santo. Dios dio Su Hijo a los pecadores y dio el Espíritu Santo a aquellos que creen en Su Hijo. Dios dio Su Hijo al mundo para que éste fuera salvo por medio de El, y dio el Espíritu Santo a aquellos que creen en Su Hijo a fin de que ellos fuesen fortalecidos para vencer. Una cosa es dar el Hijo, y otra, dar el Espíritu Santo. Todo lo que fue realizado por el Hijo, es una verdad objetiva para nosotros; y todo cuanto es realizado en nosotros mediante la operación del Espíritu Santo, constituye una verdad subjetiva para nosotros, una verdad que experimentamos subjetivamente. Cuando el Señor fue crucificado en la cruz, nosotros fuimos crucificados juntamente con El; ésta es una realidad objetiva para nosotros. Si escudriñamos dentro de nosotros mismos procurando descubrir si en realidad hemos muerto, ciertamente no sentiremos haber muerto. Asimismo, si le predicamos el evangelio a un pecador, diciéndole que es un pecador y que Cristo murió por él, tal persona, ¿podrá percatarse de que ha muerto con Cristo? No hay nada que

esté en Cristo que sea subjetivo para nosotros. Todo lo que está en Cristo es objetivo para nosotros, y todo lo que el Espíritu Santo realiza en nuestro ser es subjetivo para nosotros. El Espíritu Santo no opera sobre Sí mismo, sino que toda la obra del Espíritu Santo se realiza en nuestro interior. Lo que Cristo ha realizado está en El mismo, y lo que el Espíritu Santo realiza tiene lugar en nosotros. Siempre y cuando una obra haya sido realizada en Cristo, es objetiva para nosotros; y siempre que algo sea llevado a cabo por el Espíritu Santo, se trata de algo subjetivo para nosotros. Recordemos esto: lo que es objetivo para nosotros está en Cristo, y lo que experimentamos subjetivamente se realiza en nuestro interior.

En Juan 15:4, el Señor repite: “Permaneced en Mí” y “permanecéis en Mí”. ¿Qué es *permanecer en El* ? Simplemente se refiere a permanecer en el Señor. Permanecer en el Señor es algo objetivo para nosotros. Primero tenemos que asirnos de este aspecto objetivo antes de que la frase “Yo [permanezco] en vosotros” se convierta en nuestra experiencia, pues esta frase se refiere al aspecto subjetivo de dicha realidad. No olvidemos que las palabras: “...Yo [permanezco] en vosotros”, están precedidas de las palabras: “Permaneced en Mí”. Toda experiencia subjetiva está basada en un hecho objetivo. Nadie puede ser salvo únicamente mediante la operación del Espíritu Santo, prescindiendo de lo que Cristo ha realizado. Tampoco se pueden salvar las personas únicamente en virtud de lo realizado por Cristo, prescindiendo de la operación del Espíritu Santo. Como dije anteriormente, un hombre debe tener dos pies para estar firmemente parado y debe tener dos ojos para ver claramente. Los pájaros necesitan de dos alas para volar. Asimismo, primero tenemos que estar en el Señor, y entonces, El podrá estar en nosotros.

En Juan 6:47 dice: “El que cree, tiene vida eterna”. Este versículo es conocido por todos los creyentes. Es verdad que hemos creído, y es verdad que aquel que cree tiene vida eterna. Sin embargo, nadie puede localizar la vida eterna. ¿Qué es lo que dice Juan 4:14? Dice: “Mas el que beba del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que Yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”. El agua que El nos dará es el agua de vida, y ella brotará de nuestro interior una y otra vez, para que la saboreemos. Por un lado, el Señor habla acerca de la vida eterna; y por otro, habla acerca de la fuente de agua viva que salta en nosotros, la cual nos permite probar el sabor de la vida eterna. Juan 6:47 se refiere al aspecto objetivo, mientras que Juan 4:14 se refiere al aspecto subjetivo. En 1 Juan 2:8 dice: “...Lo cual es verdadero en El y en vosotros”. Las verdades están en El, y algunas verdades ya están en nosotros. Todas éstas son verdades, y debemos prestar atención a todas ellas. Juan 15 nos dice cómo llevar fruto: “El que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto” (v. 5). En otras palabras, cuando la verdad objetiva se halla en equilibrio con la verdad que experimentamos subjetivamente, entonces llevaremos mucho fruto. Juan 14:17 dice: “El Espíritu de realidad ... permanece con vosotros, y estará en vosotros”. La expresión *permanece con vosotros* se refiere a un hecho objetivo; esta frase denota el hecho de que, por medio de la persona de Cristo, el Espíritu Santo estaba con los discípulos. La expresión *estará en vosotros* se refiere a nuestra experiencia subjetiva; esta frase denota el hecho de que Cristo moraría en Sus discípulos por medio del Espíritu Santo. En determinado momento, estas palabras se referían a una realidad que era objetiva para los discípulos, una realidad externa a ellos; pero, una vez que el Espíritu Santo vino a morar en ellos, aquella realidad objetiva llegó a ser la experiencia subjetiva de los discípulos.

Por un lado, en 1 Corintios 1:30, Pablo dijo: “Mas por El estáis vosotros en Cristo Jesús”. Por otro, en Colosenses 1:27, él declaró: “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”. Estar en Cristo constituye el aspecto objetivo de esta verdad, mientras que tener a Cristo en nosotros constituye el aspecto subjetivo de dicha verdad.

Si quisiéramos detectar estos dos aspectos de la verdad en la Biblia, hallaríamos cientos de versículos que nos muestran tanto el aspecto subjetivo de una verdad como el aspecto objetivo de la misma. Si podemos captar ambos aspectos, seremos capaces de percatarnos de los dos rieles por donde corre toda la Biblia. Un tren requiere de dos carriles para poder correr. Si sólo cuenta con un riel, el tren se descarrilará. Pero si cuenta con ambos rieles, el tren podrá avanzar. Debemos tomar en cuenta tanto el aspecto objetivo de la verdad como el aspecto subjetivo de la misma. Nos será de mucha ayuda recalcar ambos aspectos por igual. No pretendo predicar teología aquí. Más bien, quisiera hablar un poco con respecto al aspecto práctico. Por ahora, me limitaré a mencionar brevemente los principales logros de Cristo en cuanto al aspecto objetivo, así como a mencionar la obra del Espíritu Santo en cuanto al aspecto subjetivo.

En primer lugar, la muerte de Cristo en la cruz por nuestros pecados y en nuestro lugar constituye el meollo mismo de las verdades objetivas contenidas en la Biblia. Cuando una persona lee la Biblia, de inmediato verá la muerte de Cristo, la redención efectuada por El, y cómo Cristo fue hecho el sacrificio expiatorio por nuestros pecados. Una vez que usted abra la Biblia, verá estas cosas, a menos que no la esté leyendo realmente. Cristo mismo colgó sobre un madero a fin de llevar sobre Sí nuestros pecados. Esto fue realizado en la cruz. Cristo llevó sobre Sí los pecados de usted, los míos y los de todas las personas. Estos son los hechos objetivos que El efectuó.

Si el Señor Jesús llevó sobre Sí los pecados de usted, los míos y los de todos los hombres, entonces, ¿por qué no son salvos todos los hombres? ¿Y por qué algunos de los que han creído en el Señor, y que nos consta que son salvos, no disfrutan del gozo de la salvación? ¿Por qué muchos de ellos siguen apenados por sus pecados? Ellos siguen lamentándose porque sólo toman en cuenta el aspecto subjetivo respecto a cuán pecaminosos, repugnantes e impuros ellos son por dentro. Por consiguiente, les parece imposible ser salvos de todo lo pecaminoso. Lo que debemos saber es que todo lo que Cristo ha logrado se encuentra en el lado objetivo, y no en el lado subjetivo. Si una lámpara está en este lado, ¿cómo habríamos de hallarla en el otro lado? Lo que el Señor realizó en el Gólgota, no lo realizó en nuestro ser. Si lo buscamos en nuestro interior, nunca lo hallaremos. Aunque me es imposible detectar en mi interior que Cristo murió por mí, ¿podré localizarlo en la cruz? Si el acto de morir en nuestro lugar fue realizado por el Señor en la cruz, y lo detectamos allí, podremos exclamar: “¡Aleluya! Cristo llevó mis pecados a la cruz. Yo soy salvo”. Todas las veces que nuestra fe se aferre a los hechos objetivos, el Espíritu Santo infundirá poder en nuestro ser interior y hará que disfrutemos la paz de haber sido perdonados y el gozo de haber sido salvos. Pero jamás podremos detectar la muerte de Cristo en el “lado” subjetivo, pues no es ésta la manera dispuesta por Dios. Primero, Dios dio Su Hijo a los hombres, y después les dio el Espíritu Santo. El acto de dar el Espíritu Santo viene después de haber dado al Hijo de Dios. Cristo vino primero, después el Espíritu Santo. Lo que el Espíritu Santo está haciendo es completar en nosotros aquello que el Señor realizó en Sí mismo.

El libro de Hebreos dice que la fe es como un ancla, segura y firme, la cual nos lleva al interior del velo (He. 6:19). Supongamos que nos encontramos en un barco inmenso que tiene un ancla muy grande. Si el ancla es mantenida siempre dentro del barco, ¿qué utilidad tendría? El ancla debe ser lanzada al agua a fin de evitar que el barco vaya a la deriva; el ancla jamás podrá cumplir su función si es mantenida en la nave. Es así como opera nuestra fe. La fe nunca surge a causa de creer en nosotros mismos; más bien, la fe nace cuando nuestra ancla es fijada en el Señor Jesús, cuando la lanzamos de nuestro lado al Suyo. Siempre que nos aferramos al aspecto objetivo, esto le da estabilidad al aspecto subjetivo en nosotros. Supongamos que una nave, con su ancla a bordo, está siendo sacudida por el mar incesantemente. ¿Acaso podremos darle estabilidad a la nave poniendo más anclas a bordo y asegurando las mismas? Aun si el barco estuviera lleno de anclas grandes y pesadas, continuaría siendo sacudido por las aguas. Dicha nave logrará estabilizarse sólo cuando su ancla sea lanzada al mar. Cuanto más nos veamos a nosotros mismos, más decepcionados nos sentiremos. Pero si depositamos nuestra fe en la cruz del Señor, obtendremos paz. Primero tenemos que estar afianzados en el otro lado, antes de sentirnos seguros en nuestro propio lado; este orden no puede ser invertido. La manera apropiada consiste en empezar asiéndonos del aspecto objetivo, para entonces experimentar como resultado el aspecto subjetivo. Si sólo enfatizamos lo realizado por Cristo en la cruz, prescindiendo de lo que el Espíritu Santo desea realizar en nuestro ser, jamás podremos alcanzar la experiencia subjetiva. De igual modo, si únicamente nos centramos en la operación del Espíritu Santo en nuestro ser, prescindiendo de lo que Cristo realizó en la cruz, el resultado será vano.

Por ejemplo, en lo que concierne a ser crucificados con Cristo, ¿somos acaso nosotros los que nos crucificamos a nosotros mismos? No. En Romanos 6:6 dice: “Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El para que el cuerpo de pecado sea anulado, a fin de que no sirvamos más al pecado como esclavos”. No somos nosotros los que realizamos la crucifixión, sino que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo cuando El fue clavado en la cruz. Esta es una verdad objetiva. Nuestros ojos deben estar puestos en el Señor. Sería terrible si nos crucificáramos a nosotros mismos. Aun cuando estemos conscientes de nuestra miseria, no podemos crucificarla. El mayor error que los creyentes pueden cometer es decir: “Aunque la Biblia dice que yo he muerto juntamente con Cristo, cuando me miro a mí mismo, me doy cuenta de que todavía soy impío, pues sigo enojándome fácilmente y sigo siendo muy malo en lugar de bueno”. Fuimos crucificados con Cristo, pero cuanto más nos esforzamos por morir, menos morimos. Erramos porque estamos empezando por nuestro lado. Debemos recordar que Cristo es el verdadero comienzo de todas las cosas. La muerte verdadera no consiste en vernos muertos a nosotros mismos; cuando Cristo murió, nosotros también morimos con El. El ancla es eficaz sólo después de haber sido lanzada. Asimismo, nuestra fe es eficaz únicamente cuando la depositamos en Cristo. Si siempre nos estamos mirando a nosotros mismos, no podremos ser crucificados. Nuestra pretensión de estar muertos constituye una muerte fingida, pues jamás podremos darnos muerte a nosotros mismos. Hemos muerto juntamente con Cristo en la cruz; esto fue logrado por El. Por el lado objetivo, Cristo murió, y nosotros también morimos juntamente con El.

En Romanos 8:13 dice: “Porque si vivís conforme a la carne, habréis de morir; mas si por el Espíritu hacéis morir los hábitos del cuerpo, viviréis”. Este versículo corre paralelo a

Romanos 6:6, que habla acerca de ser crucificados con Cristo; Romanos 8:13 habla acerca de hacer morir los hábitos del cuerpo por el Espíritu. La crucifixión es algo que Cristo realizó, mientras que es el Espíritu el que nos aniquila. Yo creo firmemente que fui crucificado juntamente con Cristo. Por ello puedo exclamar: “¡Aleluya!”. Cuando Cristo murió, mi viejo hombre fue crucificado con El. Ahora, por el lado subjetivo, el Espíritu señalará en nosotros algún asunto específico y nos dirá que dicha cuestión ya ha sido clavada en la cruz. ¿Haremos caso a las palabras del Espíritu? Si estamos dispuestos a obedecer, ese aspecto negativo en nosotros podrá ser aniquilado. Luego, al día siguiente, el Espíritu tocará otro asunto, y nos dirá que dicha cuestión también fue puesta en la cruz. ¿Estaremos de nuevo dispuestos a hacer caso a Sus palabras? Si estamos de acuerdo, El podrá darle fin a dicho asunto en nosotros. Quizás el Espíritu nos diga: “Tu mal genio ha sido crucificado en la cruz. Ya no es necesario que sufras arrebatos de ira”. Si nosotros declaramos: “Estoy dispuesto a dejar de enojarme”, entonces el Espíritu nos dará el poder para superar nuestro mal genio. Posteriormente, el Espíritu nos dirá que nuestro orgullo ha sido crucificado y que, por tanto, podemos ser liberados del mismo. Si estamos de acuerdo en renunciar a nuestro orgullo, el Espíritu nos dará el poder necesario para dejar de ser personas orgullosas. Si estamos dispuestos a hacerle caso al Espíritu en estos asuntos específicos, uno tras otro, el Espíritu podrá llevar a cabo Su obra en nosotros. Pero si dependemos de nuestros propios esfuerzos para suprimir nuestro enojo, descubriremos que no nos será posible hacerlo, aun cuando nos mordamos la lengua. Tenemos que ver primero los logros de la muerte de Cristo en cuanto al aspecto objetivo, antes de que el Espíritu pueda aplicar tal muerte en nosotros.

Durante los primeros dos siglos, los creyentes solían saludarse diciendo: “El Señor viene pronto” o “en Cristo”. Ciertamente, una vez que hemos visto que estamos en Cristo, todo se vuelve dulce y precioso. Al mismo tiempo, el Espíritu en nosotros hará morir los hábitos del cuerpo. Hoy en día, los cristianos ponen demasiada atención a uno de los dos aspectos de la verdad, ya sea al objetivo o al subjetivo. Si le damos excesiva importancia al aspecto subjetivo de la verdad, nos estaremos oprimiendo a nosotros mismos; esto es tan inútil como mantener el ancla a bordo y nunca lanzarla al agua. Otros piensan que puesto que Cristo ha sido crucificado, ya nada les debe preocupar; esto también es erróneo. Ciertamente Cristo ha sido crucificado, pero aún es necesario que el hombre crea en ello, de lo contrario perecerá. Sin embargo, usted será salvo si cree que Cristo fue crucificado y está dispuesto a recibirle. Del mismo modo, cuando el Espíritu nos dice que nuestro mal genio, nuestro orgullo y nuestra envidia han sido crucificados, entonces, si estamos dispuestos a aceptarlo, el Espíritu nos impartirá el poder necesario para vencer. Si creemos en el aspecto objetivo de la verdad, simultáneamente el Espíritu hará que tal verdad llegue a ser nuestra experiencia subjetiva. El Espíritu hará que dicha verdad objetiva en la que hayamos creído, se cumpla en nosotros. El Espíritu llevará a cabo en nosotros aquello que fue cumplido en la cruz y en lo cual hayamos creído.

Esto no sólo es cierto en cuanto a la verdad de nuestra muerte con Cristo, sino que también se cumple en cuanto a la verdad de la resurrección. Efesios 2:6 afirma: “Y juntamente con El nos resucitó ... en Cristo Jesús”. ¿Cómo somos resucitados? Somos resucitados juntamente con El. Esto proviene de Cristo, y es una verdad objetiva. No sólo el libro de Efesios habla acerca de la resurrección, sino que también Pedro dijo: “Dios ... nos ha regenerado para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los

muestrados” (1 P. 1:3). En otras palabras, un cristiano es regenerado cuando es resucitado juntamente con Cristo. En realidad, todo cristiano que ha sido regenerado, ha resucitado con el Señor, y todo cristiano que ha resucitado juntamente con el Señor, ha sido regenerado. Nosotros fuimos resucitados juntamente con El, y por ende, El nos ha levantado de entre los muertos.

¿Cuál es el significado de la resurrección? El Señor Jesús sufrió la muerte en Su cuerpo físico; toda la sangre de Su cuerpo fue derramada; El sufrió numerosas heridas en Su cabeza a causa de la corona de espinas; también le fueron infligidas heridas en Sus pies y manos, y Su costado fue horadado por una lanza. Todo ello representa el poder de la muerte que tomó posesión de Su cuerpo físico. Pero cuando la vida divina fue infundida a Su cuerpo, El fue vivificado. Esto es lo que significa la resurrección. La vida divina venció todos los efectos causados por la muerte en el cuerpo de Jesús, sanó todas las heridas y eliminó el dolor. Esto es la resurrección. Anteriormente, los ojos no podían ver, ni los oídos oír, ni las manos podían moverse; pero ahora, todos los órganos vuelven a ejercer su función. Según la Biblia, estar muertos equivale a estar completamente desvalidos y sumamente débiles. Así pues, la muerte es impotencia e incapacidad espirituales. El cuerpo del Señor fue atado por los numerosos lienzos con que lo envolvieron, pero, ¿qué sucedió en el momento de Su resurrección? La resurrección del Señor fue muy diferente a la experimentada por Lázaro. Cuando Lázaro salió del sepulcro, sus manos y sus pies estaban atados con vendas y su rostro estaba envuelto en un sudario, por lo cual necesitó que otros lo liberaran. En cambio, con respecto a la resurrección del Señor, la Biblia narra lo siguiente: “...Y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino doblado en un lugar aparte” (Jn. 20:6-7). El Señor no tuvo que cortar los lienzos poco a poco. Más bien, el poder y la vida de Dios intervinieron, de modo que toda atadura legítima e ilegítima fue soltada. Lo que había sido un cadáver, se convirtió en un ser libre que tenía movimiento. Así fue la resurrección del Señor.

Recuerdo que cuando recién empecé a servir al Señor, solía orar rogándole que me resucitara juntamente con El. Pensaba que si el Señor me resucitaba juntamente con El, yo tendría el poder para hacer Su voluntad. Pero estaba errado al orar de esa manera, porque se trataba de algo iniciado por mí. La Biblia afirma que yo fui resucitado juntamente con Cristo. Este es un hecho consumado. No se olviden de que cuanto más nos centremos en nosotros mismos, peor nos sentiremos. No digo que no debemos tener experiencias subjetivas, pero primero debemos creer en las verdades objetivas. Ahora puedo declarar: “¡Señor, gracias! Tú has resucitado y yo he sido resucitado juntamente contigo”. Primero tenemos que creer en el hecho de que hemos sido resucitados. ¿Cómo fuimos resucitados? ¿Realmente sentimos que hemos resucitado? No, es Cristo quien nos resucitó. Podríamos preguntarnos cómo fuimos salvos. Cuando aún éramos pecadores escuchamos el evangelio de que el Señor Jesús murió por nosotros y lavó nuestros pecados con Su sangre. Nosotros creímos, y de inmediato fuimos salvos. En ese momento, no nos examinamos para determinar si merecíamos ser salvos, sino que simplemente pusimos los ojos en lo que el Señor efectuó en la cruz. Una vez que asimilemos este hecho, estaremos en paz.

Sin embargo, si sólo nos fijamos en el aspecto objetivo de la verdad y no en su aspecto subjetivo, somos como pájaros que procuran volar con una sola ala. No debemos centrarnos en un aspecto y descuidar el otro. Efesios 2:6 declara que fuimos resucitados juntamente

con Cristo Jesús. Por otro lado, Efesios 1:19-20 dice: “Y cuál la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de Su fuerza, que hizo operar en Cristo, resucitándole de los muertos”. Si bien los creyentes efesios fueron resucitados juntamente con Cristo, el apóstol Pablo todavía deseaba que ellos conocieran la supereminente grandeza de Su poder. El versículo 19 menciona la grandeza de este poder, y el versículo 20 dice que dicho poder es el poder de la resurrección. En otras palabras, aun cuando ya hemos sido resucitados, todavía necesitamos conocer el poder de la resurrección. Uno no puede decir: “Mi mal genio ya ha sido crucificado, pero todavía puedo enojarme cuando quiera”. Objetivamente, nuestro mal genio ya ha sido crucificado; pero subjetivamente, todavía tenemos que hacerlo morir por medio del Espíritu. Por lo tanto, desde un punto de vista subjetivo, todavía necesitamos ser fortalecidos por el Espíritu para rechazar el mundo y obedecer la voluntad de Dios. Junto a la realidad del aspecto objetivo, aún necesitamos las experiencias subjetivas. Lo que sucede con algunas personas, y que es muy negativo, es que no creen en los hechos objetivos sino que sólo se esfuerzan por tener experiencias subjetivas; sin embargo, hay otros que sólo creen en los hechos objetivos, pero ignoran por completo toda experiencia subjetiva. Según la Biblia, si uno carece de fe, nunca podrá experimentar liberación espiritual; y si uno no obedece, tampoco experimentará liberación espiritual. La fe debe estar puesta en lo que Cristo ha realizado, mientras que la obediencia debe centrarse en aquello que el Espíritu ha de llevar a cabo. La fe debe estar orientada hacia la persona de Cristo, mientras que la obediencia debe centrarse en el Espíritu. Por tanto, es crucial creer y obedecer.

Filipenses 3:10 dice: “A fin de conocerle, y el poder de Su resurrección”. Pablo afirmó que él estimaba todas las cosas como pérdida con el fin de conocer el poder de la resurrección. No dijo que quería conocer la resurrección, pues cuando uno cree, ya ha sido resucitado. Pero en cuanto al aspecto subjetivo de esta realidad, Pablo aún necesitaba estimar todo como basura a fin de conocer el poder de Su resurrección.

Entre las grandes verdades del Nuevo Testamento, la última en cumplirse fue la ascensión. Algunas de las grandes verdades bíblicas son la encarnación, la crucifixión, la resurrección y la ascensión del Señor. Con respecto a la ascensión del Señor, no se imaginan cuánto tiempo pasé, poco después de haber sido salvo, considerando cuán bueno sería poder sentarme diariamente en los lugares celestiales teniendo mis pecados bajo mis pies. Yo era semejante a un avión que volaba por los cielos pero que no podía permanecer siempre allí. A menudo le suplicaba al Señor que un día yo pudiera estar sentado en los lugares celestiales permanentemente, para así romper el ciclo de mis frecuentes ascensiones. Hasta que un día leí Efesios 2:6: “Y juntamente con El nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús”. Entonces me di cuenta de que cuando los creyentes fueron resucitados juntamente con Cristo, también fueron sentados en los lugares celestiales juntamente con El. Esto no sucedió por la diligencia de ellos ni por sus oraciones, sino porque Cristo les llevó consigo a los lugares celestiales cuando El ascendió. Puesto que El ya está en los lugares celestiales, yo también estoy juntamente con El en los lugares celestiales. Sin embargo, aún tengo que permitir que el poder de la ascensión del Señor se manifieste en mí.

Por otro lado, Colosenses 3:1-3 dice: “Si, pues, fuisteis resucitados juntamente con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Fijad la mente en

las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. Esto es algo que experimentamos subjetivamente. La ascensión significa que nuestra vida ha sido escondida con Cristo en Dios. Debido a que nosotros hemos muerto, resucitado y ascendido, debemos buscar las cosas de arriba y diariamente fijar nuestra mente en dichas cosas. Supongamos que un pecador escucha que el Señor Jesús ha muerto por él y deduce que, puesto que el Señor ya murió en su lugar, él puede continuar pecando. Todos sabemos que esto no es correcto. Ciertamente, la ascensión es nuestra posición; sin embargo, si continuamente fijamos nuestra mente en las cosas terrenales, dicha posición no nos servirá de nada. Si creemos en la ascensión de Cristo y, al mismo tiempo, continuamente fijamos nuestra mente en las cosas de arriba y no en las de la tierra, el hecho de que estamos en los lugares celestiales no sólo será una realidad objetiva, sino que también será nuestra experiencia subjetiva.

Hermanos, la simple aprehensión de los hechos objetivos, despojada de las correspondientes experiencias subjetivas, es algo demasiado teórico y nunca habrá de hacernos gustar nada celestial. Con respecto a las realidades objetivas, es imprescindible creer en todo lo que Cristo ha llevado a cabo. Además, en cuanto al aspecto subjetivo, es igualmente necesario obedecer todo aquello que el Espíritu desee hacer en nosotros. Todas las experiencias espirituales, primeramente, son el producto de creer en lo que Cristo ha realizado y, luego, de obedecer la dirección del Espíritu en nosotros. Lo que Cristo ha logrado hace posible que alcancemos la posición que nos corresponde, mientras que la dirección del Espíritu nos permite obtener las debidas experiencias. Lo realizado por Cristo son hechos en los cuales debemos creer, y la dirección del Espíritu es el principio gobernante que debemos obedecer. Todas las experiencias espirituales comienzan con el aspecto objetivo, sin excepción alguna. Nuestra ancla debe estar firmemente asida de la muerte de Cristo, de Su resurrección y de Su ascensión.

Juan 15:4-5 dice: “Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de Mí nada podéis hacer”. La secuencia reflejada en este pasaje es de suma importancia. Primero viene estar “en Mí”. En este versículo, el pronombre “Mí” se refiere al Señor. Primero debemos estar en Cristo. Esto alude al aspecto objetivo. Después dice: “Yo en vosotros”. La frase “Yo en vosotros” se refiere al Cristo que mora en nosotros. Esto denota el aspecto subjetivo. Primero requerimos del aspecto objetivo y después, del aspecto subjetivo. Lo que sigue después es la promesa de que habremos de llevar mucho fruto. Estar en el Señor corresponde al aspecto objetivo; una vez que nos hemos asido de tal aspecto, experimentaremos el aspecto subjetivo de tal realidad, a saber, que el Señor permanece en nosotros. Si creemos en el hecho objetivo, todo cuanto corresponde al aspecto objetivo se hará realidad en nuestro ser. El resultado de lo objetivo sumado a lo subjetivo, es que llevamos fruto. No llevaremos fruto si sólo poseemos lo objetivo; y tampoco llevaremos fruto si únicamente poseemos lo que es subjetivo. Siempre y cuando lo objetivo esté unido a lo subjetivo, llevaremos fruto.

Cuando la iglesia comenzó en Jerusalén, había tanto mujeres como varones orando en el aposento alto. Según la tipología, los hombres representan las verdades objetivas, mientras que las mujeres representan las verdades subjetivas. Así pues, la presencia de los varones

tipificaba la presencia de las verdades o doctrinas que son objetivas para nosotros, y la presencia de las mujeres tipificaba la presencia de las experiencias que son subjetivas para nosotros. El resultado de ello fue que primero tres mil almas, y luego cinco mil, fueron salvas. Es así como la iglesia comenzó. En el futuro, cuando Cristo venga por segunda vez, con respecto al lado objetivo estará el Cordero de Dios; y en cuanto al lado subjetivo, estará la novia del Cordero, vestida “de lino fino, resplandeciente y limpio; porque el lino fino es las acciones justas de los santos” (Ap. 19:8). Ella representa el aspecto subjetivo.

Que el Señor se agrade o no de la vida que lleve un creyente, dependerá de cuán equilibrado sea él en cuanto a estos dos aspectos. Actualmente en la iglesia, algunos predicán únicamente las verdades subjetivas. Un ejemplo de esto son los así llamados grupos de santidad; ellos únicamente poseen el aspecto femenino. Sin embargo, otros únicamente enseñan las verdades objetivas. Un ejemplo de esto es la Asamblea de los Hermanos, quienes sólo poseen el aspecto masculino. Los santos que elijan cualquiera de estos dos extremos sufrirán pérdida. Al darle importancia únicamente al aspecto subjetivo, no sólo dejamos de adquirir la experiencia correspondiente, sino que, además, sufrimos diariamente. Por otro lado, aquellos que únicamente prestan atención al aspecto objetivo y eligen vivir despreocupadamente, pensando que ya han muerto, resucitado y ascendido con Cristo y que, por ende, ya no necesitan preocuparse por nada más, carecerán de toda experiencia. La manera estipulada por Dios consiste en prestar atención tanto al aspecto objetivo como al subjetivo. El principio que nos muestra la Biblia consiste en que primero debemos poseer el aspecto objetivo, y luego, experimentaremos el aspecto subjetivo. Primero nos asimos de los hechos consumados por Cristo, y después obedecemos la correspondiente dirección del Espíritu Santo. El resultado será que llevaremos mucho fruto. Quiera Dios enseñarnos a obedecerle más y a servirle más conforme a Su manera.

